

**Carlos Antonio Aguirre Rojas**

# LA HISTORIOGRAFÍA EN EL SIGLO XX

HISTORIA E HISTORIADORES  
ENTRE 1848 Y ¿2025?

MONTESINOS  
ENSAYO

T CULTURALES, PROHIBIDA SU VENTA O REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL CON  
FINES DE LUCRO, AL QUE INFRINIA ESTA DISPOSICIÓN SE LE APLICARÁN LAS  
SANCIONES PREVISTAS EN LOS ARTÍCULOS 367, 368 BIS, 368 TER Y DEMÁS  
APLICABLES DEL CÓDIGO PENAL PARA EL DISTRITO FEDERAL EN MATERIA COMÚN,  
Y PARA TODA LA REPÚBLICA EN MATERIA FEDERAL.

© *Carlos Antonio Aguirre Rojas, 2004*

Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural

Diseño: Elisa N. Cabot

ISBN: 84-96356-03-5

Depósito legal: B-30701-2004

Imprime Novagràfik, S. A.

Impreso en España

*Printed in Spain*

*“...vieja bajo la forma embrionaria del relato, por mucho tiempo saturada de ficciones, y por mucho más tiempo atada a los acontecimientos más inmediatamente aprehensibles, [la historia] sigue siendo muy joven como empresa razonada de análisis. Porque ella se esfuerza para ser capaz de penetrar más allá de los hechos superficiales, y para rechazar las seducciones de la leyenda y de la retórica, junto a los venenos, hoy todavía más peligrosos, de la rutina erudita y del empirismo disfrazado de sentido común. Y ella no ha superado aún, respecto de algunos de los problemas esenciales de su propio método, la etapa de los primeros intentos.”*

Marc Bloch, *Apología para la Historia u Oficio de Historiador*, (1941-1943)



## INTRODUCCIÓN

Abordar el complejo tema de la historia de la historiografía del siglo XX, vista como una unidad global, y analizada desde un punto de vista genuinamente *crítico*, implica asumir con plena conciencia tanto los desafíos importantes que esta empresa conlleva, como también los necesarios límites a los que deberá someterse dicho abordaje crítico. Porque si de lo que se trata es de intentar mirar de manera *totalizante* y abarcadora lo que ha sido el periplo completo de esta historiografía del siglo XX, está claro que dicha mirada y análisis sólo serán posibles a partir de ese emplazamiento determinado que, hace ya casi medio siglo, fue definido por Fernand Braudel como la perspectiva analítica de *la larga duración histórica*.

Es decir que para ser capaces de aprehender realmente lo que han sido los *itinerarios esenciales* de esta curva general recorrida por los estudios históricos del siglo XX, habrá que mirar estos procesos de una manera vasta y amplia, que sea capaz de ubicar, en primer lugar, lo que esta historiografía del siglo XX ha representado, en relación a la curva más general de lo que ha sido la propia historia de la disciplina histórica, e incluso del campo del saber que ha sido ocupado por las *muy diversas formas de conocimiento* que, a lo largo de los siglos y milenios se han designado con ese mismo término de "historia". Y en consecuencia,

que sea capaz de explicarnos el salto específico y la modalidad singular que representa la historiografía más contemporánea respecto de esas formas anteriores de ejercicio de la propia práctica histórica.

Porque en contra de la idea simplista de muchos manuales al uso, lo que *hoy* entendemos por historia es algo *muy distinto* de lo que Herodoto, Tucídides, San Agustín o aún Vico comprendían bajo este mismo término. E igualmente ha cambiado de un modo radical, tanto el estatuto de nuestra disciplina dentro del universo global de los saberes humanos actuales, o la definición misma del objeto general de estudio de nuestra ciencia, como los modelos globales de explicación, las teorías, los conceptos, los métodos, los paradigmas, y hasta las técnicas y herramientas más elementales de nuestro oficio. Lo que entonces nos remite justamente a esa explicación del rol *particular* que esta misma historiografía del siglo XX ha jugado y juega, dentro de dicha historia global de ese saber humano que desde tiempos lejanos fue bautizado con el nombre de “historia”.

Pero también, si hablamos de la historia de la historiografía del “siglo XX” tenemos que comenzar por asumir muy claramente que dicho siglo XX *no coincide* ni mucho menos con el simple y elemental siglo XX *cronológico*, que corre desde 1901 hasta el año 2000, sino que se refiere al verdadero siglo XX *histórico*, es decir a ese siglo que, como todos los siglos de los historiadores, define su temporalidad específica a partir de los procesos esenciales que dentro de su seno se han desplegado. Lo que, para el caso particular de dicha historia de la historiografía, nos entrega claramente una temporalidad que comienza aproximadamente hacia 1848, con el nacimiento del proyecto crítico del marxismo original y con los profundos efectos revolucionarios que dicho proyecto implica para el entero universo de los estudios históricos de aquella época, para cerrarse sólo en una fecha que aún *no ha acontecido*, en virtud de que el conjunto de líneas evolutivas y de procesos esenciales que comenzaron con ese

mismo vuelco radical provocado por el marxismo dentro de la historiografía, siguen todavía desplegando, hasta el mismo día de hoy, sus diferentes efectos y expresiones de vigencia fundamentales.

Abarcando entonces un lapso temporal que ahora cubre ya más de 150 años, esa historiografía del siglo XX que aquí pretendemos investigar, quizá concluya hacia el año 2025 o hasta el 2050, constituyéndose claramente como un evidente *largo siglo XX historiográfico*, cuyas estructuras y perfiles esenciales son los que definen ahora mismo el paisaje general de lo que es la historiografía mundial más actual. Razón adicional por la cual resulta importante acometer este esfuerzo de reconstrucción de esa misma historia general de la historiografía de dicho largo siglo XX historiográfico.

Lo que nos introduce de lleno dentro de esa rama fundamental de los estudios históricos que es la rama de la *historia de la historiografía*. Una rama que, a lo largo y ancho del planeta se cultiva de una manera muy desigual y con también muy diferentes resultados. Pues mientras que hay países como Italia, que cuentan con una ya larga tradición de trabajos y de reflexiones importantes en torno a este campo de estudios, existen también otros en los que dicha historia de la historiografía, si bien presente, ocupa no obstante un rol mucho más secundario o marginal, junto a naciones que simplemente ignoran en general la existencia de esta área de la historia, y otras que han desarrollado versiones muy limitadamente descriptivas y sólo monográficas de esta rama de los estudios históricos actuales.

Porque no es extraño encontrar a veces, en México, en España, en América Latina o en Francia, trabajos que pretenden insertarse dentro de esta rama de la historia de la historiografía, y que en verdad constituyen solamente simples *enumeraciones puramente descriptivas* de autores, de trabajos, de artículos o de supuestas corrientes, grupos, o tendencias historiográficas que se limitan a darnos unos cuantos magros datos biográficos del autor

supuestamente estudiado, o también algunas fechas de la edición de un libro o de un ensayo importante, o una supuesta lista de los "representantes" o miembros de dicha corriente o tendencia historiográfica, pero sin reconstruir para nosotros, de manera creativa e inteligente, los múltiples *contextos* específicos, sociales, culturales, políticos, económicos y generales que enmarcan la producción de esas obras o ensayos, lo mismo que los diversos itinerarios intelectuales de esos autores analizados.

Lo que quiere decir que también en el seno de esta rama de los estudios históricos que es la historia de la historiografía, se ha desarrollado ampliamente una versión *positivista* de la misma, que temerosa de interpretar audazmente su propio objeto de estudio, se limita en cambio a solo inventariarlo y describirlo de manera monográfica y empobrecida. Y con ello, a darnos esos recuentos aburridos de autores, obras o tendencias, que además de no agregar absolutamente nada a nuestro previo conocimiento de ese fundamental acervo de la historiografía que nos ha antecedido, banalizan frecuentemente la caracterización de los distintos autores y de sus obras más importantes, al reducirlos a etiquetas desgastadas y poco explicativas, y a clasificaciones simplistas y esquemáticas de los en verdad complejos periplos historiográficos recorridos por las distintas historiografías nacionales de todo el mundo.

Muy lejos de esta versión positivista, este libro intenta en cambio partir de una concepción mucho más compleja y elaborada de lo que debe ser esa historia de la historiografía, agregando no solamente su necesaria dimensión *crítica*, sino también los diversos aportes que la misma historiografía del siglo XX ha desarrollado respecto del modo de estudiar e interpretar cualquier libro u obra impresa, junto a la sofisticación y teorización en torno al género de la biografía en general y de la biografía intelectual en particular, pero también a partir de las contribuciones de la historia literaria respecto a, por ejemplo, la misma noción de "autor". Pero igualmente, a partir de los desarrollos de

la lingüística respecto a los distintos niveles de mensaje contenidos en cada estrato o elemento del habla, o los de la historia cultural en torno a la relación de las culturas hegemónicas y las culturas subalternas, o los de la filosofía relativos a las “epistemes” subyacentes a la producción cultural de toda una época, o los de la sociología de los grupos y de las redes de sociabilidad intelectual, o los de la historia de las ciencias y de los saberes en general, con su énfasis en los problemas de la transmisión intelectual y la generación de los nuevos paradigmas, desde el seno mismo de las tradiciones a las que niegan o subvierten, por mencionar solo algunos pocos ejemplos posibles, de este vasto universo de coordenadas que sobredeterminan y definen ahora a esta empresa de los estudios actuales de la historia de la historiografía. Es decir, a partir de todas las herramientas intelectuales que el mismo siglo XX ha desarrollado, no solo dentro de la historia, sino también de todas las ciencias sociales en general. Una concepción de la historia de la historiografía, que bien podría partir de la definición que hace ya casi cien años fue dada por Benedetto Croce, al afirmar que esta historia de la historiografía era precisamente el *análisis crítico de la evolución del pensamiento histórico*, es decir el estudio comprensivo de la manera en que se van transformando las concepciones, los horizontes, las perspectivas, los métodos y también los resultados historiográficos de los propios historiadores. Definición acertada aunque parcial, a la que ahora podemos agregar que dicha investigación de esos cambios y permanencias que ha sufrido el pensamiento y la obra de los seguidores de la Musa Clásica, debería también ir acompañada de un estudio más detenido que ubique dichas obras y aportes de los historiadores en sus diferentes y correspondientes *contextos* historiográficos, intelectuales, sociales, políticos y generales, con el objetivo de establecer *periodizaciones* referenciales de la curva de la historiografía que se estudia, a la vez que determina una *clasificación* comprensiva que establezca de modo claro y coherente las diversas tendencias, escuelas y

corrientes de esa historiografía, junto a aquellos autores originales e inclasificables que componen ese universo historiográfico bajo examen. Y que también sea capaz de reconstruir, cuidadosa y pacientemente, las principales líneas de encuentro, las filiaciones, las influencias, los préstamos, y las redes de circulación y de funcionamiento que caracterizan y determinan a las diversas dinámicas de los sucesivos periplos recorridos por esa historiografía analizada.

Una historia de la historiografía diferente, que lejos de limitarse a la simple enunciación y mal resumen de autores y de obras, intenta en cambio proponer audaces y novedosas *periodizaciones* de las curvas particulares de cada historiografía, a la vez que acomete la tarea de establecer *clasificaciones comprehensivas*, que nos expliquen de manera adecuada y convincente las filiaciones intelectuales de los diversos autores dentro de una determinada tendencia o corriente, junto a las raíces internas y externas de sus diferentes obras, además de los procesos de intercambio, aclimatación o transferencia culturales de perspectivas y horizontes que impactan a estas mismas filiaciones y adscripciones diversas.

Tratando entonces de explicar, como proponía Walter Benjamin, la época a través de la obra y del individuo autor de esa obra, pero también a ese individuo y su obra como expresiones complejas y mediadas de su época, esta idea de lo que debe ser una verdadera historia crítica de la historiografía trata de reconstruir las sucesivas coyunturas intelectuales que atraviesa la biografía de cada historiador o autor, y también el destino a lo largo del tiempo de la recepción cultural de cada obra, los que naturalmente cambian de sentido, a veces incluso radicalmente, a partir de un giro importante que nos lleva de una coyuntura intelectual determinada a la subsecuente. Y es por eso que obras que han podido pasar inadvertidas en un cierto momento o clima cultural, van en cambio a tener un impacto profundo veinte, o treinta, o cien años después, como lo ilustran por ejemplo los trabajos juveniles escritos por Carlos Marx, o tam-

bién el bello libro de Norbert Elías sobre *El proceso de la civilización*.

Una historia entonces que, además de ser capaz de situar de manera creativa y sistemática a estas obras, a estos autores, y a estas corrientes o tendencias de historiadores, dentro de los múltiples y complejos contextos en que ellas se despliegan, pueda igualmente establecer con cuidado y precisión los vínculos sutiles de mediación que conectan a estos varios elementos. Y que también tenga la capacidad de identificar y discernir a aquellos autores *inclasificables* o excepcionales de esta historiografía, como por ejemplo Michel Foucault, autores que si bien han recibido una multiplicidad enorme de influencias y de impactos culturales específicos, resultan imposibles de encuadrar dentro de las "escuelas" o corrientes más generales del pensamiento historiográfico de su tiempo. Autores que separándose entonces de los paradigmas dominantes o de las grandes líneas de fuerza de la evolución cultural del momento en el que viven y escriben, se convierten así en los verdaderos fundadores de un nuevo sistema de pensamiento y de una cosmovisión que siendo al principio totalmente personales, pueden en ocasiones transformarse después en un horizonte o perspectiva más sociales y colectivas.

Lo que quiere decir que es todavía amplio el camino por recorrer, dentro de este sendero particular de la construcción de una historia realmente crítica de la historiografía, de una historia que sea esa *reconstrucción crítica, comprehensiva y clasificatoria* de los varios y complejos itinerarios que han seguido los estudios históricos en el mundo, o en China, o en Francia, México, España o Argentina, por mencionar algunos ejemplos posibles. Una renovada historia de la historiografía, ni positivista ni puramente enunciativa y monográfica, que sea capaz de elaborar los diversos *modelos explicativos* que requiere el abordaje de este complejo campo de investigación de lo que ha sido la historiografía de las distintas partes del mundo en los diferentes periodos a considerar.

Una historiografía novedosa y diferente de los itinerarios del pensamiento de los historiadores y de sus principales obras, durante el largo siglo veinte historiográfico todavía en curso, que enmarcada desde la perspectiva braudeliana de la larga duración histórica, y sostenida en todos los aportes mencionados de los desarrollos de las ciencias sociales de los últimos 150 años transcurridos, intenta proponer un diagnóstico realmente *crítico* de la contribución que ha sido generada en estas últimas quince décadas por aquellos que, en el esfuerzo de entender el presente, para poder participar en la construcción de un futuro mejor y diferente, han decidido acudir también al estudio del pasado, autobautizándose precisamente con el noble término de *historiadores*.

## EL ROL DE LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA DENTRO DE LOS DISCURSOS HISTÓRICOS Y LOS SABERES SOCIALES DE LA MODERNIDAD

“Hace falta ver las cosas en grande, porque si no,  
¿para qué sirve entonces la historia?”

FERNAND BRAUDEL, *Carta enviada desde la ciudad de Maguncia*,  
15 de febrero de 1941.

Antes de abordar, el complejo tema de la caracterización de las curvas esenciales de la historiografía del siglo XX, parece pertinente hacer el esfuerzo de situar a esta última dentro de un horizonte más vasto, que es el de la evolución y el carácter que han tenido los *discursos históricos* dentro de la más amplia línea evolutiva de lo que ha sido la modernidad capitalista todavía vigente. Y ello, no para confortarse de manera autocomplaciente con los “enormes progresos” que habría hecho nuestra disciplina histórica en el último siglo y medio transcurrido, como suelen plantear muchos autores, sino más bien para situar dicho periplo y dichos desarrollos de esa historiografía del siglo XX, tanto desde la actual crisis radical que hoy atraviesan las ciencias sociales e incluso todos los saberes humanos en general, como para ubicar con más densidad temporal y de una manera realmente crítica esos desarrollos y ese periplo en general.

Porque es claro que después de 1968 y hasta la actualidad, resulta evidente el hecho de que el entero “sistema de los saberes” sobre los distintos temas de lo social, que tuvo su periodo de desarrollo y vigencia entre aproximadamente 1870 y esa misma fecha de 1968, ha entrado en una crisis total e irreversible. Ya que luego de haberse constituido en el último tercio del siglo

XIX, y de haber desplegado su vigencia durante toda la primera mitad del siglo XX, esa “episteme” particular sobre lo social —que concibió este último como una suma o agregado de espacios segmentados, distintos y hasta autónomos entre sí, espacios que a su vez correspondían a las distintas e igualmente autónomas ciencias o disciplinas sociales—, comenzó a ser cuestionado progresivamente y a mostrar sus límites epistemológicos generales, para precipitarse definitivamente en una crisis insuperable bajo los impactos fundamentales de la revolución cultural de 1968<sup>1</sup>.

Una crisis general del sistema de los saberes sobre lo social que se ha expresado, en los últimos treinta años, tanto en la proliferación y multiplicación de los *limitados* proyectos de defender y promover una “multi”, “pluri”, “trans” o “inter” disciplinariedad —donde, sin embargo, se deja intocado el fundamento mismo de la división del conocimiento social en “disciplinas”, fundamento que es el que realmente habría que impugnar y desconstruir radicalmente—, como en las incesantes búsquedas y debates metodológicos que intentan preguntarse acerca de las raíces y la génesis histórica de este peculiar sistema de saberes sociales hoy todavía dominante<sup>2</sup>.

1. Al respecto, cfr. de Immanuel Wallerstein y otros, *Abrir las ciencias sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1996, y también Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein: Crítica del sistema-mundo capitalista*, Ed. Era, México, 2003.

2. Como ejemplos representativos de estas búsquedas véase Boaventura De Sousa Santos, *Introdução a uma ciência posmoderna*, Ed. Afrontamento, Porto, 1990, *Um discurso sobre as ciencias*, Ed. Afrontamento, Porto, 1990 y *Toward a new common sense*, Ed. Routledge, Nueva York, 1995, Pauline Rosenau, “Modern and post-modern science: some contrasts” en *Review*, vol. XV, num. 1, Winter 1992, Isabelle Stengers, *L'invention des sciences modernes*, Ed. La Découverte, Paris, 1993 y “Les ‘nouvelles sciences’, modèles ou défi?”, en *Review*, vol. XV, num. 1, winter 1992, Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1998, “The Annales school: the war on two fronts” en *Annales of Scholarship*, 1, 3, summer 1980, “The challenge of maturity: whiter social science?” en *Review*, vol. XV, num. 1, Winter 1992 y “History in search of science” en *Review*, vol. XIX, num. 1, Winter 1996, y Carlos Antonio Aguirre

Búsquedas y debates que, por lo demás, desbordan ampliamente el ámbito de ese “sistema de los saberes” sobre lo social, para abarcar también el dominio entero del sistema global de los conocimientos y de las ciencias en general, las que también desde hace ya tres décadas han comenzado a revisar tanto las estrategias generales de aproximación hacia el mundo, la naturaleza o la sociedad que las constituyeron, como la organización misma de sus diferenciaciones y especificaciones sucesivas, bajo el régimen de lo que se ha llamado las “dos” y luego las “tres” culturas diversas<sup>3</sup>.

Crisis entonces global de lo que podríamos llamar la “episteme” del conocimiento vigente durante los últimos ciento treinta años, que abre entonces el espacio para el debate en torno a la necesaria y urgente reorganización general de nuestras ciencias y de nuestros conocimientos actuales, debate que en el campo de las ciencias sociales se presenta entonces como la revisión radical de ese fundamento que se construyó en la segunda mitad del siglo XIX, y que cuadriculando y autonomizando las distintas esferas, actividades o espacios de lo social-humano, fue atribuyendo esas distintas partes de la cuadrícula a las entonces emergentes o renovadas ciencias de la historia, la psicología, la economía, la antropología, la ciencia política, la geografía, el derecho, la sociología o la lingüística, entre varias otras.

Rojas, “La larga duración: in illo tempore et nunc” en el libro *Segundas Jornadas Braudelianas*, Ed. Instituto Mora, México, 1995.

3. Sobre este punto véase el libro ya clásico de Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Ed. Alianza editorial, Madrid, 1997. También pueden verse, Ilya Prigogine, *El fin de las certidumbres*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996, *Temps à devenir. À propos de l'histoire du temps*, Ed. Fides, Quebec, 1994, y “The laws of chaos” en *Review*, vol. XIX, núm. 1, winter 1996, Isabelle Stengers, *L'invention des sciences modernes*, op. cit., Wolf Lepenies, *Las tres culturas*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1994 y Georges Balandier, *El desorden, la teoría del caos y las ciencias sociales*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1993.

Revisión que por lo demás no sólo se interroga acerca de las raíces y del proceso mismo de esa progresiva segmentación de lo social-humano en distintos “objetos” autónomos, correspondientes a las diversas ciencias sociales contemporáneas, sino también y más allá, acerca de las condiciones generales y las causas más profundas que explican el surgimiento de esta estrategia segmentada y cuadrículada de aproximación a lo social, dentro de la cual aún se encuentra aprisionada nuestra reflexión actual.

Debate y revisión radicales de las “premisas no explicitadas” de nuestros modos de construcción de esas mismas ciencias sociales, que para ser adecuados se ven entonces obligados a remontarse al examen de la relación más general que ha existido y existe entre dichas ciencias sociales y su fundamento general último, es decir, el proyecto mismo de la modernidad burguesa capitalista, de esa modernidad que se despliega desde hace cinco siglos como el marco más general y determinante de esa misma actividad de la ciencia social cuyas modalidades históricas sucesivas intentamos comprender y explicar.

En esta línea, parece pertinente la idea de tratar de revisar cómo es que se han constituido y evolucionado los distintos *discursos históricos* fundamentales que ha conocido esta misma modernidad, discursos dentro de la historia que al acompañar y expresar en alguna medida la curva vital misma de esa modernidad burguesa nos proporcionan también claves más generales para comprender las correspondientes curvas evolutivas tanto del sistema de los saberes sobre lo social, como del sistema de las ciencias y los conocimientos en general. Con lo cual, tendremos también algunos nuevos elementos para repensar las ciencias sociales actuales y las posibles alternativas de su inmediata futura reorganización.

\* \* \*

Es sabido que existe un amplio debate en torno al momento en

que debe ser ubicado el nacimiento mismo de la modernidad<sup>4</sup>. En nuestra opinión, y siguiendo en este punto la concepción de Marx al respecto, podemos datar su origen en el siglo XVI, aunque concibiendo este último, como explicara Braudel, como un "largo siglo XVI" que se prolonga aproximadamente desde 1450 hasta 1650<sup>5</sup>. Pues es justamente a partir de la amplia difusión del sistema manufacturero capitalista que se da en Europa durante este largo siglo XVI, que comienza a afirmarse también en los varios planos del tejido social general, tanto las primeras formas características del modo de producción capitalista como las distintas expresiones de la moderna sociedad burguesa en los campos de la sociedad civil, de la política y de la cultura en general.

Y con todo ello, también en el plano de la construcción de los distintos discursos históricos. Ya que si analizamos, desde una perspectiva más vasta de larga duración, la evolución de estos discursos historiográficos, no nos será difícil reconocer la profunda mutación que ellos han sufrido precisamente después de este largo siglo XVI, y que constituye, frente a los discursos históricos medievales anteriores, la doble vertiente de indagación

4. Al respecto Marx es muy claro al afirmar en su obra *El Capital*, que "la era del capital data del siglo XVI". Coincidimos con esta posición, que es también la de Immanuel Wallerstein en su libro *El moderno sistema mundial*, Tomo I, Ed. Siglo XXI, México, 1979. Sobre este debate, véase también de Immanuel Wallerstein, "The West, the Capitalism and the Modern World-System" en *Review*, vol. XV, núm. 4, fall 1992. Para una postura distinta, cfr. Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, Ed. Alianza editorial, Madrid, 1984. Hemos tratado de explicitar esta postura braudeliiana en Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Braudel y las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996 y en "La vision braudelienne du capitalisme antérieur à la Revolution Industrielle" en *Review*, vol XXI, núm. 1, winter 1999.

5. Sobre este punto cfr. Fernand Braudel, "Expansion européenne et capitalisme (1450-1650)" en el libro *Les écrits de Fernand Braudel. Les ambitions de l'histoire*, Editions de Fallois, Paris, 1997.

de la historia y de elaboración de los resultados historiográficos que va a caracterizar a la modernidad durante toda su primera etapa de vida, desplegada desde el siglo XVII y hasta la primera mitad del siglo XIX.

Así, es al comenzar a afirmarse la nueva sociedad y la nueva cultura *burguesas* cuando se afirman las dos modalidades principales del discurso historiográfico moderno burgués: en primer lugar la vertiente de las diversas *filosofías de la historia*, que desde Vico y hasta Hegel, y pasando por Condorcet, Herder o Kant entre otros, se constituirá en una de las formas recurrentes de aproximación discursiva a los hechos históricos. Y en segundo término, la figura de las diferentes *historias empiristas y objetivistas*, que desde Mabillon y hasta el positivismo de Leopold von Ranke, va a desplegarse también de modo constante como esquema organizador de los resultados historiográficos.

Dos variantes del discurso histórico, características de esta primera larga etapa de la modernidad, que expresan a su vez dos de los trazos centrales que singularizan la moderna sociedad burguesa capitalista, distinguiéndola de todas las etapas históricas anteriores de la larga cadena de mundos y sociedades precapitalistas. Pues es bien sabido que, frente a todas estas “sociedades que preceden la existencia de la era capitalista” y que se caracterizan por el predominio de proyectos, historias e itinerarios siempre *locales, específicos y particulares*, el capitalismo ha afirmado, por primera vez en la historia humana, un *universalismo abstracto y homogeneizador*, que corresponde en el plano general al universalismo también nivelador y genérico que en la órbita económica se afirma con la vigencia general del principio del valor y de su autoreproducción.

Ya que es justamente el hecho de que la moderna sociedad capitalista se construye en torno al objetivo de la incesante valorización del valor, a través del proceso de acumulación de capital, el que hace posible y hasta necesaria la ilimitada expan-

sión geográfica planetaria de esta sociedad capitalista<sup>6</sup>. Porque dado que el valor es siempre compatible con cualquier valor de uso *posible*, entonces su afirmación concreta no conoce límites, y la misma puede extenderse a todo lo largo y ancho del mundo, englobando bajo su lógica abstracta y homogeneizante todos los bienes y valores de uso producidos en las más diversas circunstancias, y por ende, a todas las civilizaciones, a todos los pueblos y a todos los grupos y sociedades humanas imaginables.

Con lo cual, es sin duda una conquista histórica de ese capitalismo la construcción de la verdadera red del mercado mundial moderno, y con ella de la base material de una genuina e inicial *universalización* orgánica de la propia historia humana.

Una universalización necesariamente *antitética y desgarrada*, que en la práctica se impone como el intento de nivelación y subsunción de todos los pueblos a un único y particular proyecto civilizatorio<sup>7</sup> —que es sin duda el proyecto europeo occidental en su variante nórdica—, que sin embargo se afirma como un gigantesco paso adelante frente al localismo y limitación de todas las historias precapitalistas antecedentes, historias marcadas por los particularismos religiosos, de sangre, territoriales, de vínculos de dependencia personal o de jerarquías diversas.

6. Algo que Marx ha explicado claramente en varios de sus textos, por ejemplo en *El Capital. Crítica de la economía política*, 8 tomos, Ed. Siglo XXI, México, 1975–1981 o en sus *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse*, 3 volúmenes, Ed. Siglo XXI, México, 1971–1976. Véase también el libro de Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1988 y *El moderno sistema mundial*, tomo I, recién citado.

7. Carácter antitético y limitado que ha sido muy agudamente captado por los autores de la Escuela de Frankfurt. A modo de simples ejemplos, cfr. el ensayo de Theodor Adorno, "Progreso" en el libro *Consignas*, Ed. Amorrortu editores, Buenos Aires, s.d. y el libro de Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1969.

De este modo y apoyados en este cosmopolitismo y universalidad abstractos propios de la modernidad capitalista, es que van a edificarse esas distintas filosofías de la historia antes referidas, las que intentando englobar en un solo panorama a todo ese conjunto de historias locales previas, van a concebir por vez primera a la historia humana como *unidad*, y por lo tanto, como orgánica y verdadera *historia universal*. Historia de la *humanidad* que será vista también como un *proceso*, y por lo tanto como un conjunto de líneas, de desarrollos y de esfuerzos que aun siendo locales y diversos se encuentran sin embargo, desde esta visión mencionada, como procesos interconectados de una manera teleológica, procesos que marchando de una forma que es quizá inconsciente se despliegan sin embargo, de una manera casi obligada, hacia figuras cada vez más complejas, bajo una lógica que los ubica siempre como partes específicas de ese mismo proceso global del devenir humano universal.

Filosofías de la historia igualmente universalistas, y recurrentemente abstractas, que en el intento de construir sistemas globales y coherentes para la explicación de ese periplo universal, van a establecer diferentes esquemas, esbozos o frescos generales del itinerario global del género humano. Esquemas que siempre se organizan en torno de uno o de unos cuantos principios globales integradores —la lucha entre la razón y el oscurantismo, la enajenación y reconciliación progresiva de la idea absoluta, la lucha constante entre los principios eternos de la libertad y del autoritarismo, la combinación siempre cambiante de los principios religioso, monárquico o liberal, la recurrencia repetida de los ciclos ya vividos, etc.— cuyo objetivo es el de dar sentido a esas historias precapitalistas anteriores, en función de una idea particular del progreso, que es concebido como algo lineal, siempre ascendente, general e irrefrenable, progreso que culmina en todos los casos con el advenimiento y afirmación de esa

misma sociedad burguesa moderna<sup>8</sup>.

Y del mismo modo que el valor engloba bajo su dominio todo el complejo y diverso mundo de los valores de uso, y que la historia universal capitalista se construye entrecruzando y subsumiendo a su lógica a todas esas historias de pueblos, imperios, razas, grupos y sociedades locales precapitalistas, así las distintas filosofías de la historia de los siglos XVII, XVIII y XIX se presentan también como otros tantos esfuerzos de ordenar todas las historias humanas previamente vividas, en función de ese celebrado y confesamente admirado proyecto histórico específico de la modernidad.

Entonces, si el fundamento último de los discursos historio-gráficos desplegados bajo esas filosofías de la historia es el carácter *universal abstracto* de la lógica del valor-capital en movimiento, el fundamento último de la segunda variante de las estrategias histórico discursivas modernas lo constituye, en cambio, una de las principales consecuencias de la propia *actualización concreta* de ese movimiento y acción del mismo capital: la del dominio *limitado* de la naturaleza a través del desarrollo y explotación productiva de la nueva *ciencia experimental*. Porque si bien el valor *puede* combinarse con cualquier valor de uso, para convertirlo en su propio portador, esa potencialidad sólo se actualiza si se logra romper y superar la herencia de la terrible marca de la *escasez natural* que caracteriza a todas las sociedades precapitalistas<sup>9</sup>. Pues la sociedad del capital, centrada en la progresiva valorización del valor, presupone necesariamente que los productores y las sociedades en su conjunto hayan

8. Una crítica radical a esa idea simplista del progreso puede verse en Walter Benjamin, "Tesis de filosofía de la historia", en el libro *Discursos interrumpidos*, Ed. Planeta De Agostini, Barcelona, 1994.

9. Quien mejor ha estudiado este problema y sus implicaciones es Jean-Paul Sartre, en su *Crítica de la razón dialéctica*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1970. Véase también Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Economía, escasez y sesgo productivista", en el *Boletín de Antropología Americana*, núm. 21, México, 1990.

rebasado ya ampliamente el nivel de la autosubsistencia y el autoconsumo elemental, lo que sólo es posible sobre la base de un cierto desarrollo importante de la productividad del trabajo social.

Por su parte, dicha productividad sólo ha podido alcanzarse a partir de que el hombre ha *invertido* la milenaria y transecular dominación de la naturaleza sobre la sociedad, domesticando a las principales fuerzas naturales y obligándolas a servir como fuerzas productivas del propio capital. Y dicha domesticación tiene precisamente como su estrategia fundamental y palanca de apoyo esencial a la nueva ciencia *experimental*, que se desarrolla también de modo paralelo con el crecimiento y afirmación progresivas de la modernidad.

Ciencia experimental que aproximándose a la naturaleza de un modo claramente *instrumental*<sup>10</sup>, va a desarrollar el tipo de conocimiento fuertemente orientado por fines esencialmente *prácticos* que las ciencias naturales han conocido durante los últimos cuatro o cinco siglos de su existencia, conocimiento que intenta construir verdades basadas en la experiencia previa y la experimentación, y que sometiendo siempre a la prueba de los hechos dichas verdades, construye esa noción específica del saber como algo objetivo, empírico, verificable, instrumental y útil en términos pragmáticos y productivos.

Noción nueva del conocimiento científico que no sólo ha hecho posible conocer y dominar una porción cada día creciente de la naturaleza, sino también y sobre todo emancipar al mundo de lo social de su sometimiento y subsunción dentro de lo natural. Pues una vez más, como explica Marx, la sociedad burguesa es la primera, en toda la historia humana, en la que el elemento *social e histórico* es *dominante* sobre el elemento natural, lo que se manifiesta en el hecho de que la ciudad domina por primera vez

10. Cfr. el libro de Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *La nueva alianza*, antes mencionado.

al campo y la industria a la agricultura, pero también en el proceso radical de desacralización del mundo, en la invención de un marco temporal de carácter básicamente social, en la ruptura total de los límites antropocéntricos de los procesos de trabajo, o en la progresiva domesticación y regulación de los comportamientos instintivos y de la expresión directa y brutal de las emociones y pasiones inmediatas, entre tantos otros<sup>11</sup>. Promoción del elemento *social-histórico* al rol de elemento dominante, que explica también la posibilidad de pensar *separadamente* a lo social respecto de lo natural, estableciendo el espacio para la ulterior división entre las dos "culturas", la del ámbito de las ciencias "exactas", o "naturales", o "duras", y la de las ciencias sociales o humanas.

Estrategia de la ciencia *experimental* que, con sus diversas consecuencias, también va a reflejarse en el plano de la historiografía. Con lo cual, la segunda variante de los discursos históricos que se afirman a lo largo de esa primera etapa de la modernidad, va a ser la de una historia *empirista y objetivista*, que intentando reproducir en el ámbito de lo social a ese modelo propio de las mismas ciencias naturales experimentales, va a tratar de elaborar una historia también útil e instrumental, que apoyada en la crítica de las fuentes y en la criba rigurosa de los documentos escritos y los testimonios diversos, vaya estableciendo las verdades incontestables del acontecer histórico, verdades datadas finamente y ordenadas cronológicamente, que sometidas a la prueba

11. Son pocos los autores que han teorizado sobre estas consecuencias principales de esa mutación de larga duración. Al respecto cfr. Norbert Elías, *El proceso de la civilización*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1989, y *Sobre el tiempo*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1989, Lewis Mumford, *Técnica y civilización*, Ed. Alianza editorial, Madrid, 1982, Mircea Eliade, *Lo sagrado y lo profano*, Ed. Labor, Barcelona, 1992, Bolívar Echeverría, "Modernidad y capitalismo: quince tesis" en *Review*, vol. XIV, núm. 4, fall, 1991, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Between Marx and Braudel: making history, knowing history" en *Review*, vol. XV, num. 2, spring, 1992.

de la crítica interna y externa de los documentos, puedan ser utilizadas para la reafirmación de los valores y la identidad nacionales, para la formación cívica de los ciudadanos y también para la justificación y legitimación de los poderes dominantes existentes.

Una historia objetiva y empirista que aproxima el trabajo del historiador a las tareas del juez —en la medida en que ambos, a partir de la confrontación, de la crítica y del trabajo sobre los testimonios, intentan establecer la verdad objetiva e irrefutable de los hechos—<sup>12</sup> y que va a desembocar en la progresiva disolución de las antiguas historias legendarias, míticas y religiosas, historias que poco a poco van a ser completamente abandonadas en beneficio de esa historia “real”, basada en verdades firmemente comprobadas y empíricamente establecidas.

Historia que al discriminar y separar las fuentes o los elementos literarios o de ficción, frente a las fuentes o elementos estrictamente históricos y “objetivos”, va también a intentar superar el *anacronismo* histórico, prohibiendo la mixtura de elementos de diversas épocas y afirmando la vigencia absoluta, también dentro de la historia, de la nueva noción newtoniana del tiempo moderno burgués, tiempo de un sólo sentido, único, irreversible, continuo y progresivo que establece la precisa cronología, el orden, la sucesión y la progresión de los distintos acontecimientos, fenómenos, épocas y realidades históricas diversas<sup>13</sup>.

Dos modelos entonces de elaboración de los discursos historio-

12. Esta interesante línea de comparación ha sido desarrollada por Carlo Ginzburg, en varios de sus trabajos, por ejemplo en *El juez y el historiador*, Ed. Anaya-Muchnik, Barcelona, 1993, “Provas e possibilidades à margem de ‘Il ritorno de Martin Guerre’ de Natalie Zemon Davis”, y “O inquisidor como antropólogo: uma analogia e as suas implicações”, ambos en el libro *A Micro-história e outros ensayos*, Ed. DIFEL, Lisboa, 1991 y “Aristotele, la storia, la prova”, en *Quaderni Storici*, núm. 85, año 29, fascículo 1, abril de 1994.

13. Para un interesante desarrollo de estos problemas, cfr. Reinhart Koselleck, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Ed. Paidós, Barcelona, 1993.

gráficos correspondientes a esta primera etapa de vida de la modernidad, —que por lo demás, muy probablemente se reproducen en otros campos y dominios de la reflexión sobre lo social de estos mismos siglos XVII, XVIII y XIX—, que correspondiendo a su vez a dos de los fundamentos esenciales del proyecto mismo de la modernidad, van a acompañarla a lo largo de estos tres siglos que constituyen la rama *ascendente* de su específica curva de vida global.

\* \* \*

Si analizamos ahora, desde este mismo punto de vista, la suerte de estas dos variantes modernas del discurso sobre la historia, podemos observar que el siglo XIX representa para ambas, dentro del ámbito de la cultura *européa*, una clara suerte de momento de máximo auge y de *culminación*. Porque es bien sabido que con la filosofía hegeliana de la historia, el pensamiento moderno-burgués llega a la más alta, compleja y sutil elaboración de la que es capaz dentro de este mismo camino de edificación de modelos *globales* y *omnicomprensivos* del conjunto diverso de la masa enorme de hechos y procesos humanos históricos. Con lo cual, las célebres *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*<sup>14</sup> van a representar el más logrado y el más rico de esos modelos de filosofía de la historia, que concebidos siempre como construcciones *a priori*, fruto de la genialidad de un gran pensador, van a “utilizar” los hechos históricos como simple base factual de legitimación de su validez, y como simple “ilustración” de la vigencia de los principios generales que organizan dichas filosofías, principios siempre supuestamente universales, eternos y atemporales sobre los que se organiza el correspondiente sistema de explicación universal.

14. Cfr. de G. W. F. Hegel, las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1974.

Filosofía hegeliana de la historia que estará sin duda muy por encima de los posteriores y ya muy limitados intentos realizados por autores como Oswald Spengler o Arnold Toynbee. Porque es claro que a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la filosofía de la historia entró en un proceso creciente de descrédito y de evidente decadencia en tanto modalidad de explicación de las realidades históricas, refugiándose a partir de estas fechas, sea como línea *marginal* y muy poco frecuentada del propio campo más vasto de la filosofía en general, sea como reminiscencia sobreviviente, con cierta extraña perdurabilidad en algún ámbito cultural nacional específico, como por ejemplo el ámbito inglés.

Por otra parte, y de modo paralelo a esta máxima expansión y luego decadencia del discurso filosófico-histórico moderno, acontecida en el siglo XIX, se ha dado también la culminación y luego estancamiento del género de la historia objetivista y empirista antes referida. Y aquí, el rol fundamental lo ha tenido la Revolución Francesa. Pues es justamente esta última la que, al eliminar el poder real y monárquico del antiguo régimen, ha provocado también una verdadera revolución en cuanto al acceso de la información por parte de los historiadores eruditos, al convertir los antiguos archivos de la realeza y de las monarquías en toda Europa, en archivos *públicos* y no privados, democratizando el acceso a los documentos y proveyendo a los historiadores objetivistas y empiristas de una masa realmente monumental de nuevas fuentes primarias disponibles para su consulta y utilización.

Con lo cual, no es una casualidad que esta historia erudita promueva, a lo largo de ese siglo XIX, proyectos como el de Agustín Thierry de compilar absolutamente todos los documentos sobre los orígenes, la formación y la evolución del "Tercer estado", o también como el proyecto de los *Monumentae Germaniae Historicae*, a la vez que codifica también la forma más acabada y lograda de esta historia objetiva, rigurosa, em-

pirista y erudita con el proyecto del positivismo rankeano que se convertirá en ampliamente *dominante* a nivel del conjunto de las universidades europeas justamente durante el último tercio de ese mismo siglo XIX.

Un proceso que, desplegado en ese siglo XIX que no casualmente fue llamado “el siglo de la historia”<sup>15</sup>, puede considerarse también para esta historia erudita y objetivista, como una verdadera *culminación* de su curva de desarrollo general. Pues es claro que si bien esta historia erudita y positivista ha sobrevivido hasta el presente, atravesando todo el siglo XX, también es fácil comprobar que durante los últimos cien años *no* ha conocido prácticamente *ni un solo progreso cualitativo* digno de mención, reproduciéndose casi sin cambios bajo el mismo modelo y bajo los mismos cánones que alcanzó con ese proyecto del positivismo germano de la segunda mitad del siglo XIX.

Doble culminación, tanto del discurso filosófico como del discurso erudito sobre la historia, cumplida en el siglo XIX, que a su vez expresa también de modo mediado y complejo pero igualmente claro y sintomático, el subyacente movimiento también de llegada a su punto histórico de clímax de la propia modernidad capitalista, dentro de los límites del pequeño continente europeo. Ya que recorriendo una vez más con las botas de siete leguas de la larga duración la historia de esta modernidad es posible registrar el hecho de que, *dentro de Europa* —pero sólo *dentro* de este espacio europeo, y *no* a nivel planetario—, dicha modernidad ha alcanzado igualmente su punto de culminación y de más alto desarrollo precisamente durante ese rico y complejo siglo XIX de su historia.

15. Véase sobre este punto el ensayo de Henri Pirenne, “What are historians trying to do?” en el libro *Methods in Social Science*, Ed. University of Chicago Press, Chicago, 1937, y también Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Tesis sobre el itinerario de la historiografía del siglo XX. Una visión desde la larga duración”, en *El Correo del Maestro*, núm. 22, México, marzo de 1998.

Culminación que abarca tanto el plano geográfico, cuando el mercado mundial capitalista logra envolver en su red al planeta entero, como el plano cultural, cuando con la *Enciclopedia* y el iluminismo, el sistema entero de los conocimientos, de los saberes y de las ciencias en general, es recodificado según los parámetros y la lógica de la razón burguesa moderna<sup>16</sup>, y pasando sin duda por el plano económico, que consolida el modo de producción capitalista con la revolución industrial, por el plano social que constituye a la estructura definitiva de las clases de la sociedad moderna, y al mundo diverso y multifacético de la moderna sociedad civil, y por el plano político, que con la Revolución Francesa crea finalmente la figura acabada del Estado moderno y el espacio global de las relaciones políticas que le corresponden. Y todo ello, justamente, durante ese siglo XIX, que también y no por casualidad, será a su vez el siglo del nacimiento y afirmación inicial del pensamiento crítico y de la concepción global de Karl Marx.

Nacimiento del marxismo en la segunda mitad del siglo XIX, y con él de todo el horizonte de la vasta familia de expresiones del *pensamiento crítico contemporáneo*, que como bien ha apuntado ya Friedrich Engels<sup>17</sup>, sólo podía surgir en el momento en que la modernidad burguesa y capitalista hubiese *agotado* su ciclo *ascendente*, desplegando todo el conjunto de aportes, elementos y contribuciones que constituyen su herencia histórico-civilizatoria. Y dicho agotamiento se ha cumplido, con los aportes rápidamente enunciados más arriba, justamente hacia esa primera mitad del

16. Cfr. el brillante ensayo de Carlo Ginzburg, "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales" en el libro *Mitos, emblemas, indicios*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1994, el libro de Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*, antes citado y de Michel Foucault, "¿Qué es la crítica? Crítica y *Aufklärung*" en *Daimon. Revista de Filosofía*, núm. 11, 1995.

17. En su texto célebre *Socialismo utópico y Socialismo científico*, Ed. Progreso, Moscú, 1970.

siglo XIX que constituye entonces el punto de clímax de la curva vital general de esa misma modernidad.

Marxismo que entonces va a constituirse en la expresión intelectual principal del lado “malo” o negativo de esa misma modernidad, en la expresión de la negación intrínseca y más profunda que esa modernidad lleva dentro de sus propias entrañas, y que está llamada a desconstruirla y a disolverla desde su propio interior, para luego superarla y trascenderla radicalmente.

Con lo cual, y puesto que el marxismo es necesariamente esa crítica destructora de todos los discursos positivos de la modernidad burguesa, es lógico que en el campo de la historia se haya constituido también como una doble crítica y desconstrucción frontal y radical tanto del discurso moderno erudito como del discurso filosófico moderno sobre la historia que le han antecedido<sup>18</sup>. Doble crítica que se explicita ya desde el temprano texto de *La Ideología Alemana*, para reivindicar frente a esa historia erudita y objetivista que es “sólo una colección de hechos muertos”, una historia necesariamente *interpretativa y explicativa* de los complejos hechos humanos, historia que se pregunta por las *causas* de los hechos históricos y por el *sentido general* mismo del largo periplo de la historia de los hombres. Pero también y frente a la filosofía hegeliana de la historia, o frente a cualquier posible filosofía de la historia, que se constituyen como construcciones siempre *a priori*, y que sólo “dan rienda suelta al potro de la especulación”, Marx va a defender en cambio un análisis crítico y riguroso de los “hechos empíricos comprobables”, análisis que mediante un proceso complejo de comparación, de generalización epistemológica y de síntesis dialéctica vaya elaborando

18. Sobre este punto véanse los trabajos de Bolívar Echeverría, “Discurso de la revolución, discurso crítico” en *Cuadernos Políticos*, núm. 10, México, 1976, *Las ilusiones de la modernidad*, Coedición UNAM – El Equilibrista, México, 1995 y *Valor de Uso y Utopía*, Ed. Siglo XXI, México, 1998.

justamente esas “abstracciones generales” o modelos globales de explicación y de interpretación de dicha historia social de los hombres.

Y mientras que este discurso marxista sobre la historia se ha desarrollado, reciclado, profundizado, debatido y también deformado, vulgarizado y simplificado durante los últimos ciento cincuenta años, pero manteniéndose siempre *vivo y presente* dentro de los más diversos y heterogéneos paisajes de las historiografías nacionales de todo el planeta hasta el día de hoy, los dos tipos de discursos historiográficos que la modernidad creó e impulsó a partir del siglo XVII y hasta el siglo XIX, en cambio, o han entrado en un claro proceso de decadencia y marginación, como en el caso del discurso filosófico, o simplemente se han estancado, limitándose a reproducirse sin ninguna innovación o modificación esencial, como en la variante erudita y positivista de ese mismo discurso<sup>19</sup>.

\* \* \*

Este proceso que hemos registrado claramente en el ámbito de los discursos históricos modernos, y que para su explicación nos ha remitido a la curva más general de la propia modernidad, se ha proyectado también en todo el ámbito de la “cultura” o del sistema de los saberes sobre lo social del cual forman parte esos mismos discursos historiográficos. Y es dicho proceso más general, el que en nuestra opinión, *abre el espacio* para la configuración de la “episteme” segmentada y autonomizada de las ciencias sociales contemporáneas, desarrollada a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

19. Sobre este punto, véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Between Marx and Braudel: making history, knowing history”, ya citado, y también *Los Annales y la historiografía francesa*, Ed. Quinto Sol, México, 1996 y *Braudel a Debate*, Coedición Fondo Editorial Tropykos – Fondo Editorial Burfa, Caracas, 1998.

Porque lo que las diversas filosofías de la historia expresaron, fue justamente el lado “universalista-abstracto” de la modernidad, lado que apoyado en la lógica y naturaleza igualmente universales y abstractas del valor, se hizo valer como progreso histórico-civilizador frente al localismo, particularidad y aislamiento de las distintas historias de los pueblos y sociedades precapitalistas. Pero con el siglo XIX, la colonización y conquista de todo el planeta por parte del capital, cuya resultante principal es la creación del mercado mundial capitalista llegó a su fin. Y con ellas, también ese proceso histórico-progresivo de universalización histórica cumplido por la modernidad.

Por eso, a partir del último tercio del siglo XIX ya *no* existen más “Américas por descubrir” para el capital, y entonces lo único que queda es una lucha puramente material y hasta descarnada por la redistribución de los espacios ya conocidos de ese mismo y ahora terriblemente *finito* planeta tierra. Y es aquí donde se acaba la “función histórico progresiva” de la modernidad, cerrando el ciclo de su curva *ascendente* de desarrollo y abriendo la rama *descendente* de su decadencia, en la cual hemos vivido durante los últimos ciento cincuenta años.

Pero entonces, si se acaba el proceso de universalización histórica y la tarea civilizatoria de la modernidad alcanza su punto de culminación, entonces la burguesía deja de poder reivindicar ese “universalismo” —aún bajo su figura abstracta y antitética que fue vigente durante varios siglos— que la caracterizó en su etapa ascendente de desarrollo, universalismo que a partir de ese momento se traslada, necesariamente, al campo del pensamiento negativo o pensamiento *crítico* de esa misma modernidad.

Y es eso justamente lo que explica el nacimiento y desarrollo de las ciencias sociales contemporáneas, ciencias que relegando a un plano siempre secundario y a veces hasta inexistente ese universalismo antiguamente reivindicado, van a construirse ahora como el simple cultivo virtuoso de la *especialización* del objeto de estudio claramente acotado, de los métodos exclusivos e in-

transferibles, de las técnicas únicas y particulares, y hasta del lenguaje, los términos, los conceptos y las teorías *sólo* correspondientes a tal o cual ámbito bien delimitado de lo social.

Proceso de segmentación, especialización, particularización y autonomización de las diferentes ciencias sociales, que al mismo tiempo que vuelve la espalda a las visiones más universalistas, vastas y globales sobre lo social, continúa cultivando y reproduciendo el segundo trazo que caracteriza la modernidad y que antes hemos evocado como el fundamento general del proyecto de la ciencia experimental. Porque a diferencia del “universalismo burgués” que se vincula a la tarea progresista de la modernidad, el proyecto de dominio y explotación de la naturaleza a través de los resultados de la aproximación científico-experimental se conecta más bien con la necesidad reiterada y creciente de su propia y más elemental autoreproducción. Lo que significa que este proyecto *no* puede ser abandonado por la modernidad, ni siquiera durante la fase *descendente* de su ciclo vital, la cual por el contrario lo acentúa y reactualiza permanentemente.

Y entonces, es tal vez esta reactualización permanente de esa aproximación experimental a la naturaleza y al mundo, lo que explica el hecho de que todas las “nuevas” ciencias sociales de los últimos ciento treinta años hayan “soñado”, en algún momento, con ser tan “rigurosas”, “objetivas”, “exactas” y “precisas”, es decir tan “científicas” como las propias ciencias naturales, o duras, o exactas, cuyo modelo constituye el paradigma más o menos confeso de todo el conjunto de nuevas disciplinas o ciencias sociales hoy existentes. Un paradigma que nunca fue alcanzado, ni podía serlo, y que ahora se revela como completamente ilusorio, sobre la base del replanteamiento mismo de esas ciencias equívocamente llamadas “exactas”<sup>20</sup>.

20. Sobre este problema véanse los trabajos de Ilya Prigogine y de Isabelle Stengers citados anteriormente.

Reordenación entonces de la reflexión sobre lo social, desarrollada durante la segunda mitad del siglo XIX, que a la vez que marginaba y reducía cada vez más el universalismo abstracto antes cultivado, y que acentuaba el carácter más “experimental” y empírico-erudito ya conocido también anteriormente, iba edificando entonces esa “episteme” segmentada y autonomizada que fue la línea *dominante* dentro de las ciencias sociales de los últimos ciento treinta años.

Línea dominante que como sabemos, coexistió sin embargo todo el tiempo con varias y muy diversas expresiones de resistencia o de abierta crítica y rechazo a su sentido más general. Por ejemplo, y en primer lugar, en los múltiples autores y en las múltiples corrientes intelectuales que, más allá de esa “episteme disciplinar” fragmentada y especializada, defendieron, promovieron e incluso implementaron visiones siempre más globales, más abarcativas y más “unidisciplinarias” de lo social. Así, desde Freud hasta Carlo Ginzburg y desde Wittgenstein hasta Immanuel Wallerstein, y pasando por Claude Levi-Strauss, Norbert Elías, Marc Bloch, Walter Benjamin, Fernand Braudel o Michel Foucault, entre tantos y tantos otros pensadores, siempre existieron autores —y con ello, a veces, hasta enteras corrientes intelectuales— que *no* han respetado dicha episteme, transitando libre y críticamente por las diversas disciplinas de lo social-histórico humano.

O también, en el doble movimiento que desplegaron esas distintas ciencias sociales “sectorializadas”, las que según la naturaleza de su particular “objeto de estudio” configuraron actitudes, o “imperialistas”, o en otro caso “deterministas”, respecto de las restantes ciencias sociales. Así, las ciencias sociales sectorializadas, que a pesar de esta especialización y fragmentación generales se veían obligadas a investigar objetos más “vastos” —como la historia, la sociología o la antropología, ocupadas respectivamente del estudio del pasado humano, de las sociedades o del propio hombre— desplegaron siempre vocaciones

“imperialistas” que intentaban englobar bajo *su* dominio o campo el conjunto de las ciencias sociales, pero siempre sin renunciar a su “espacio” definido de lo social y a su óptica “especializada” singular, que en todos los casos era reivindicada como articuladora del conjunto y como dominante de todas las demás ciencias sociales, concebidas necesariamente, dentro de este esquema, como simples ciencias “auxiliares”.

Por otra parte, las ciencias sociales segmentadas y ocupadas de objetos más acotados —como la economía, la psicología, el derecho, la ciencia política o la lingüística, entre otras—, reivindicaron siempre diversos y múltiples “determinismos”, donde el factor dominante, o motor, o determinante, o esencial de los procesos humanos era siempre *su* particular objeto de estudio. Y así, expresando por estas dos vías una inconsciente y muy deformada vocación de “globalidad” —sea imperialista, sea determinista—, las ciencias sociales parceladas mantuvieron sin embargo un mínimo resabio de la antigua y ahora casi eliminada vocación universalista.

Finalmente y como una tercera forma de rebelión contra esta episteme parcelada se desarrollaron las múltiples y muy heterogéneas versiones de lo que podríamos llamar los varios y variados marxismos del siglo XX. Y aunque algunos de estos “marxistas” o “marxismos” sucumbieron a la vigencia de esa episteme, autocalificándose de “sociólogos” o “historiadores”, o “filósofos”, o “economistas”, o “geógrafos”, o etcétera “marxistas”, también muchos de ellos, y desde las más distintas posiciones, reivindicaron la perspectiva profundamente *globalizante, universalista y crítica* que caracterizó al pensamiento y a la herencia más genuina del marxismo original.

De este modo esa línea dominante de la episteme fragmentada-especializada del saber sobre lo social, sólo se afirmó en medio de todas estas líneas convergentes de oposición, a las que sin duda logró subordinar y controlar, pero sin poder nunca eliminarlas completamente. Lo que define entonces una permanente tensión

dentro de este desarrollo de las ciencias sociales de las últimas trece décadas, tensión que aflorará y se liberará con todas sus consecuencias, a raíz de la revolución cultural de 1968<sup>21</sup>.

\* \* \*

Estamos ahora, y desde hace treinta años, en un complejo proceso de reorganización del entero sistema de los saberes y de los conocimientos científicos, tanto de las llamadas ciencias naturales como de las ciencias sociales y de las humanidades. Para llevar adelante dicho proceso, tal vez sea útil tratar de *recuperar* y al mismo tiempo de *trascender* en una nueva síntesis, y dentro de una inédita configuración, tanto los aspectos positivos del universalismo abstracto como los del particularismo experimental, realizando una verdadera *superación* o *aufhebung* de ambas aproximaciones en el sentido hegeliano. ¿Será posible intentar esa síntesis, que recogiendo las visiones vastas, globales y universalistas de los últimos cuatro o cinco siglos, trate a la vez de dotarlas del fundamento derivado de la experiencia concreta de ese reconocimiento detallado y minucioso de lo múltiple, de la diferencia y la singularidad, y de la coexistencia posible de muchas lógicas y de la diversidad, para avanzar entonces en la construcción de una nueva *universalidad concreta* de un también necesariamente distinto y renovado sistema de los saberes y de los conocimientos humanos?

21. Cfr. Immanuel Wallerstein "1968: Revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes", en *Estudios Sociológicos*, núm. 20, México, 1989, Fernand Braudel, "Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración" en *La Jornada Semanal*, núm. 226, México, octubre de 1993, Francois Dosse, "Mai 68: les effets de l'histoire sur l'Histoire" en *Cahiers de l'IHTP*, núm. 11, Paris, 1989 y Carlos Antonio Aguirre Rojas, "1968: la gran ruptura" en *La Jornada Semanal*, núm. 225, octubre de 1993 y "Los efectos de 1968 sobre la historiografía occidental" en revista *La Vasija*, núm. 3, México, 1998.

En nuestra opinión es justamente esta línea de una original y hasta ahora desconocida perspectiva de una *ciencia universal concreta* la que se dibuja y esboza claramente en el acto mismo del propio nacimiento del pensamiento crítico contemporáneo, en el surgimiento del marxismo original, que es al mismo tiempo y a través de la figura de Karl Marx, un proyecto que representa el “último de los enciclopedismos universales”, pero a la vez el más riguroso y erudito de los esfuerzos intelectuales, para una comprensión realmente matizada y concreta de la realidad. Proyecto marxista crítico que, tras la muerte de su propio artesano fundador, va a recorrer múltiples y complejos caminos, agazapado siempre en los intersticios de las líneas *no dominantes* del pensamiento social de los últimos ciento cincuenta años, y sobreviviendo dentro de esas obras ricas, innovadoras y heréticas de los autores genuinamente críticos que antes hemos mencionado.

Se trata en todo caso, en nuestra opinión, de una línea de exploración intelectual que, más allá de sus filiaciones culturales específicas, valdría la pena que fuese desarrollada y profundizada por aquellos investigadores y científicos sociales que, cada vez más insatisfechos y descontentos con el actual sistema de los saberes y de los conocimientos en general que es todavía dominante, tratan de buscar la transformación radical de nuestra actual “episteme” del saber, para edificar en su lugar una distinta y novedosa manera de aprehender, saber y conocer nuestro complejo mundo humano y nuestro inmenso universo natural.

Y es precisamente dentro de este marco general, de agotamiento del universalismo abstracto del pensamiento burgués y de reafirmación de su lógica práctica empirista y experimental, junto al nacimiento del horizonte global todavía vigente del *pensamiento crítico* actual, representado por el proyecto crítico de Marx, el marco dentro del cual van a desplegarse los diversos periplos esenciales de la curva general de la historiografía

del siglo veinte histórico, curva cuyas etapas principales vale la pena revisar ahora con más detenimiento.

LA PERIODIZACIÓN DEL ITINERARIO DE LA  
HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA EN EL “LARGO  
SIGLO XX HISTORIOGRÁFICO”:  
1848-¿2025?

“El río de los tiempos corre sin interrupción.  
Sin embargo, también aquí es necesario que  
nuestro análisis establezca ciertos cortes (...)  
¿cómo fijar, dentro de esa línea larga del  
tiempo, las etapas de la historia?”

MARC BLOCH, *Apología para la Historia u Oficio  
de Historiador*, 1941-1943

Si intentamos explicar el enorme problema de los perfiles que ha tenido la historia de la propia historiografía del siglo veinte, desde una perspectiva de larga duración, deberemos entonces atender, como propone Fernand Braudel<sup>22</sup>, a las grandes curvas evolutivas, a las grandes líneas que dibujan el conjunto de los progresos que los estudios históricos han ido concretando a lo largo de esta vigésima centuria no cronológica sino estrictamente *histórica*. Lo cual, nos lleva también al hecho de centrar la

22. Sobre esta perspectiva braudeliana de la larga duración histórica, cfr. Fernand Braudel, “Historia y ciencias sociales. La larga duración” en el libro *Escritos sobre Historia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1991. También pueden verse nuestros ensayos y libros, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Die ‘longue durée’ im Spiegel” en la revista *Comparativ*, año 6, núm. 1, Leipzig, ene-feb 1996, “A longa duração: in illo tempore et nunc” en *Revista de História das Ideias*, núm. 18, Coimbra, 1996, y el libro *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996, capítulo 2 (hay una edición alemana de esta misma obra, con bibliografía actualizada, bajo el título *Fernand Braudel und die Modernen Sozialwissenschaften*, Ed. Leipziger Universitätsverlag, Leipzig, 1999).

atención sobre todo en las grandes transformaciones, en las modificaciones verdaderamente profundas que han ido redefiniendo de manera radical el quehacer historiográfico en este mismo período de dicho siglo veinte histórico.

Para introducirnos en este problema, resulta entonces pertinente preguntarnos qué es lo que ha acontecido con la historiografía mundial en los últimos ciento cincuenta años. Y si el lapso temporal considerado es el de un periodo de ciento cincuenta años y no de cien, es porque asumimos, como ya lo hemos mencionado antes, que es completamente válida la perspectiva de la historiografía francesa, que afirma que los siglos *históricos* no coinciden *nunca* con los simples siglos *cronológicos*<sup>23</sup>. Y así, en nuestra opinión, la historiografía actual no parecería haber comenzado a definir sus perfiles en 1968, ni en 1945, ni tampoco en 1900. Más bien, y cuando miramos con atención ese periplo complejo que constituye las raíces últimas del actual panorama vigente de los estudios históricos mundiales, se dibujan un conjunto de curvas que nos llevarían a afirmar el hecho de que esta historiografía más contemporánea comenzó en realidad a definir sus perfiles fundamentales, justamente en esa coyuntura crítica privilegiada de la historia europea que es la coyuntura de 1848 a 1870.

23. Solo algunos ejemplos de esta postura de los historiadores franceses: Fernand Braudel va a hablar de un "largo siglo XVI" que iría desde 1450 hasta 1650, en varios de sus textos, por ejemplo en su ensayo "European expansion and capitalism. 1450-1650", en el libro *Chapters in Western Civilization*, Columbia University Press, Nueva York, 1961, mientras Emmanuel Le Roy Ladurie habla de un "largo siglo XIII" en su libro *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Ed. Taurus, Madrid, 1988. En esta misma perspectiva, los autores modernos han discutido sobre la posible existencia de un "breve siglo XX", como en el caso de Eric Hobsbawm, o de un "largo siglo XX", como en la postura de Immanuel Wallerstein. Sobre este debate, cfr. nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Balance crítico del siglo veinte histórico: ¿breve, largo o muy largo siglo XX?" en la revista *Sociología*, núm. 26, Medellín, Colombia, 2003.

Y no se trata, como es evidente, de fechas inocentes, ya que 1848 ha sido la fecha simbólica representativa de toda la importante época de las grandes revoluciones europeas, mientras que 1870 es la fecha fundamental del experimento de la Comuna de París. Es decir, al inicio, una fecha que también simbólicamente representa el momento en el que el proyecto de la modernidad burguesa capitalista alcanza su punto de clímax dentro del territorio de la "pequeña Europa", y al final, esa fecha de 1870 que acarrea consigo tantos reacomodos esenciales, económicos, geopolíticos, nacionales, culturales y por ende también historiográficos, dentro del rol específico que cumplen cada una de las naciones europeas dentro del concierto global de esa misma Europa.

De modo que si nos preguntamos más precisamente, cuándo empezó a construirse lo que hoy podríamos calificar, con todo rigor, como la *historiografía contemporánea*, la respuesta más pertinente sería a partir de ese mismo año crucial de 1848. Porque es a partir de esta última fecha que, como ya hemos afirmado, los elementos que todavía *hoy están vigentes dentro del paisaje historiográfico*, han comenzado a definirse<sup>24</sup>. Entonces, obser-

24. Existen hasta el momento muy pocos estudios de conjunto de lo que ha sido esta compleja y muy interesante curva de la evolución de la historiografía del siglo veinte, a pesar de la enorme relevancia del tema. Sobre esta historiografía cfr. Georg G. Iggers, *New directions in European historiography*, (versión revisada), Wesleyan University Press, Hanover, 1984 e *Historiography in the Twentieth Century*, Wesleyan University Press, Hanover, 1997, Francisco Vázquez García, *Estudios de teoría y metodología del saber histórico*, Ed. Universidad de Cádiz, Cádiz, 1989, Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Ed. Crítica, Barcelona, 1982, Jurandir Malerba (coord.), *A velha historia*, Ed. Papirus, Sao Paulo, 1996, Guy Bordé & Hervé Martin, *Les écoles historiques*, Ed. du Seuil, Paris, 1997, Elizabeth Fonseca, *Historia. Teoría y métodos*, Ed. Educa, Costa Rica, 1989, Elena Hernández Sandoica, *Los caminos de la historia*, Ed. Síntesis, Madrid, 1995, Varios autores, *La historia y el oficio de historiador*, Ed. Imagen Contemporánea, La Habana, 1996 y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La Escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1999 (hay edición en

vando con más detalle la historiografía de estos últimos ciento cincuenta años, de 1848 a la fecha, podríamos reconocer dentro de la línea que dibuja su itinerario global cuatro grandes momentos o etapas, que en su conjunto parecerían estar claramente asociados a los diversos elementos que hoy componen el complejo mapa de las piezas constitutivas esenciales de lo que ahora son los estudios históricos mundiales contemporáneos.

Cuatro etapas distintas que la historiografía contemporánea habría ido recorriendo a lo largo de su complejo periplo reciente, y que nos darían, vistas en su conjunto, la totalidad de las “herencias”, y de las tradiciones y formas de ejercer el oficio de historiador que hoy es posible encontrar dentro de los diferentes ámbitos de las historiografías nacionales de todo el planeta. Es decir, el conjunto de perspectivas, autores, corrientes y temas centrales que hoy habitan todavía dentro de los diferentes espacios que la disciplina de la historia ocupa, a lo largo y ancho de las historiografías de todo el mundo.

De este modo, y recorriendo con “botas de siete leguas” ese itinerario de la historiografía contemporánea, resulta claro que dicho recorrido ha comenzado con una coyuntura o momento de ruptura *fundacional*, la coyuntura que va de 1848 a 1870, y que siendo una etapa también muy importante de la propia historia general de Europa, ha dado nacimiento al primer esbozo o intento sistemático y orgánico de fundar, a través del proyecto crítico del *marxismo original*, una *verdadera ciencia de la historia*. Una primera etapa o ciclo de la historiografía contemporánea, que será seguido por un segundo momento, el que abarcando desde 1870 hasta 1929 aproximadamente, ha sido el momento de la constitución de una *primera hegemonía historiográfica*, que

francés, con bibliografía actualizada, bajo el título *L'histoire conquérante. Un regard sur l'historiographie française*, Ed. L'Harmattan, Paris, 2000), *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, Ed. Centro Juan Marinello, La Habana, 1999, y *Antimanual del mal historiador*, Ediciones desde Abajo, Bogotá, 2003.

va a ubicar su centro de irradiación fundamental en el espacio germano parlante de la Europa occidental, para llegar a funcionar como una suerte de "modelo" general para el conjunto de las restantes historiografías de Europa y del mundo de aquellos tiempos.

Pero con la crisis terrible desatada dentro de la cultura germana por el trágico ascenso del nazismo, va a finalizar este segundo ciclo o momento de la historiografía reciente, dando paso a una tercera etapa, que estará caracterizada por la emergencia de una *segunda hegemonía historiográfica*, ahora ubicada, en términos generales, dentro del espacio del hexágono francés. Una segunda hegemonía o segundo modelo general historiográfico, que ha servido de inspiración y de referente obligado para todos los ámbitos historiográficos de aquella época, para terminarse a su vez con esa profunda *revolución cultural*, de alcance planetario y de consecuencias civilizatorias mayores, que ha sido la revolución de 1968.

Finalmente, y coronando todo este complejo recorrido de los estudios históricos contemporáneos, se ha desplegado una cuarta y última etapa, hija directa de las grandes y profundas transformaciones que 1968 ha traído en todos los *mecanismos de la reproducción cultural de la vida social moderna* y en la cual no existe más ninguna hegemonía historiográfica, sino por el contrario, una nueva e inédita situación de policentrismo en la innovación y en el descubrimiento de las nuevas líneas de progreso de la historiografía, situación que se prolonga hasta nuestros días.

Porque si definimos muy brevemente los rasgos que caracterizan estas cuatro etapas principales, veremos que se trata a la vez de la definición de aquellos *elementos fundamentales* que permiten entender los distintos tipos de historia que hoy comparten el panorama historiográfico, los distintos tipos de historia que actualmente se desarrollan no solamente en Alemania, Italia o Francia, sino también y claramente en toda Europa, pero igualmente en México, en Perú o en toda América Latina, e incluso

también en Rusia, China o India, es decir en el mundo entero. Distintos modos de ejercitar el cada vez más complejo aunque también cada vez más apasionante oficio de historiador, que en sus confrontaciones diversas pero también en sus complejas imbricaciones o espacios de coincidencia, se disputan permanentemente las preferencias de todos aquellos que nos dedicamos a la difícil empresa de la *musa Clío*. Intentemos entonces acercarnos, con más cuidado, a estos cuatro momentos fundamentales del itinerario contemporáneo de la historiografía reciente<sup>25</sup>.

\* \* \*

El punto de partida de la historiografía que genuinamente podemos llamar *contemporánea*, se ubica entonces en esa coyuntura de 1848 a 1870, que es la coyuntura del nacimiento y primera afirmación del marxismo. El marxismo nace entre 1848 y 1870 y se define, como alguna vez dijo un importante marxista francés de la época del auge del estructuralismo, como el momento del nacimiento del continente "Historia" dentro del espectro de las ciencias humanas, como el inicio del moderno proyecto de fundación y apertura de una verdadera ciencia de la historia<sup>26</sup>. Lo que significa, respecto al problema que aquí

25. Somos conscientes de que se trata solamente de una primera esquematización muy general, pero que, a pesar de su generalidad, intenta no obstante atender a las principales líneas de evolución de esta historiografía de los últimos ciento cincuenta años, considerada en su conjunto y de manera global. Para una fundamentación mayor de esta periodización, que se irá justificando a lo largo de los capítulos siguientes, el lector puede remitirse también a nuestros ensayos, Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Rethinking Current Social Sciences: the Case of Historical Discourses in the History of Modernity" en *Journal of World-System Research*, vol. VI, núm. 3, fall-winter 2000, en el sitio: <http://csf.colorado.edu/jwsr>, "El 1968 e la storiografia occidentale" en *Storiografia*, núm. 2, Roma, 1998, y "La storiografia occidentale nel Duemila" en *Storiografia*, núm. 4, Roma, 2000.

26. Sobre esta idea, cfr. Luis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, Ed. Siglo

abordamos, en torno a los orígenes de los perfiles actuales de los estudios históricos del siglo veinte, que el proyecto crítico de Marx y Engels es en verdad el momento en el cual la historia sale de esa larguísima etapa dentro de la cual había vivido durante siglos y hasta milenios, y en la cual se confundía sin demasiado conflicto con el mito, la leyenda y el mundo de la ficción y de la literatura, para pasar por fin al esfuerzo de intentar constituirse en una verdadera “empresa razonada de análisis”<sup>27</sup>.

Es decir que es de esta fecha simbólica de 1848, y del concomitante desarrollo del proyecto crítico de Marx, que data también la constitución de una real *ciencia de la historia*, cuyo objeto de estudio será entonces el de la reconstrucción crítica de las distintas curvas evolutivas recorridas por las sociedades humanas, dentro del vastísimo arco temporal en el que las mismas se han desplegado. Un momento de fundación de una nueva ciencia, o de apertura de un nuevo espacio dentro del sistema de los saberes científicos contemporáneos, que inaugura al mismo tiempo esta historia particular de lo que es la historiografía en ese “largo siglo veinte historiográfico” que corre desde 1848 hasta hoy, es decir de la historiografía que de manera más precisa y rigurosa podemos llamar realmente la historiografía *contemporánea*<sup>28</sup>.

Y no hay duda de que sin la consideración del marxismo, difi-

XXI, México, 1975. También el ensayo de Reinhart Koselleck, “Le concept d’histoire” incluido en su libro *L’expérience de l’histoire*, Coedición Gallimard-Le Seuil, Paris, 1997, y “Uma história dos conceitos: problemas teóricos e práticos” en *Estudos Históricos*, vol. 5, núm. 10, 1992.

27. Tal y como la define Marc Bloch, en su bello libro inconcluso *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Coedición Fondo de Cultura Económica - Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1996.

28. Sobre la vigencia del marxismo actualmente, y sobre su historia durante el siglo veinte cfr. Immanuel Wallerstein, “El marxismo después de la caída del comunismo”, en *La Jornada Semanal*, núm. 294, México, enero de 1995 y Bolívar Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad*, Coedición UNAM-El Equilibrista, México, 1995.

cilmente podríamos comprender lo que son los estudios históricos del siglo XX y de la actualidad. Pues a pesar de las visiones desencantadas postmodernas, y a pesar del viraje de la sensibilidad de la opinión pública, e incluso, del viraje de la sensibilidad de amplios sectores de la intelectualidad antaño crítica en todo el mundo, viraje desde las posiciones de izquierda que tuvieron tanta fuerza y arraigo en los años sesenta y setenta, hacia las posiciones más bien conservadoras y de renuncia que fueron características de los años ochenta y noventa, resulta claro que es imposible entender los estudios históricos hoy, si no tomamos en cuenta la influencia y los ecos que tuvo el marxismo en toda la historia de la historiografía desde 1848 y hasta la fecha<sup>29</sup>.

Lo cual resulta evidente si pensamos, por ejemplo, en todas las corrientes historiográficas declaradamente *marxistas*, que son hoy fundamentales en los estudios históricos, como la corriente de la revista *Past and Present* de Eric Hobsbawm y todo su grupo de marxistas tradicionales, o también en la obra de E. P. Thompson y de Perry Anderson, y en las contribuciones de su revista *New Left Review*, lo mismo que en la historiografía socialista y crítica de Raphael Samuel y de su *History Workshop*. Y sucede lo mismo con autores como Pierre Vilar o Immanuel Wallerstein<sup>30</sup>, que son declaradamente marxistas aunque al mismo tiempo sean capaces

29. Sobre esta importancia del marxismo para la historia cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, "El problema de la historia en la concepción de Marx y Engels" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLV, núm. 4, México, 1983, "Economía, escasez y sesgo productivista" en *Boletín de Antropología Americana*, num. 21, México, 1991, "Feudalismo" en el libro *Historisch-Kritisches Wörterbuch des Marxismus*, Band 4, Ed. Argument, 1999 y "Marx e a História" en el libro *Grandes Nomes da História Intelectual*, Ed. Contexto, Sao Paulo, 2003.

30. Resulta interesante comprobar de qué modo ciertos autores, como los mencionados Pierre Vilar o Immanuel Wallerstein, han logrado combinar de una manera muy creativa y singular los aportes de esta perspectiva crítica del marxismo, con las contribuciones esenciales de, por ejemplo, la corriente francesa

de incorporar, dentro de sus distintas contribuciones históricas e historiográficas, los más interesantes aportes y desarrollos de otras perspectivas u horizontes intelectuales. O también, es el caso complejo pero muy interesante de ciertos historiadores que en el origen de su formación tuvieron una fuerte impronta marxista, que después pudo evolucionar y mezclarse con otros elementos para producir obras y resultados historiográficos tan originales e interesantes como en el caso de los trabajos históricos y los ensayos metodológicos de los principales representantes de la hoy célebre *microstoria italiana*, es decir de los agudos e innovadores textos de Carlo Ginzburg o de Giovanni Levi, entre otros<sup>31</sup>.

Y es también el caso de toda esa vasta gama de historias y de corrientes historiográficas que alguna vez pretendieron desarrollarse bajo el nombre del marxismo, como fue el caso de las historiografías soviética, o polaca, o húngara, o rumana, pero también china, o albanesa, o cubana, y vietnamita, es decir de todo

de los Annales. Hasta el punto de que podemos hablar de todo un grupo de “marxistas–annalistas” que, después del giro radical que vivieron dichos Annales franceses como consecuencia de la revolución de 1968, fueron los que realmente mantuvieron viva la herencia crítica fundamental de Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel. Sobre este punto, cfr. nuestros libros, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Os Annales e a Historiografia Francesa. Tradições críticas de Marc Bloch a Michel Foucault*, Editora de la Universidade Estadual de Maringá, Maringá, 2000, y *La Escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*, antes citado y nuestro artículo “Annalii i Marksism. Diesit Tesisov a metodologuicheskij paradigmatj” en el libro *Sporii a glavnom. Diskusii a nactoyashiem u budushiem istoricheskoj nauki vokrug frantsuskoi shkologii “Annalov”*, Ed. Nauka, Moscú, 1993.

31. Esta fuerte vinculación intelectual de la microhistoria italiana con el marxismo nos recuerda de inmediato la interesante tesis defendida por Jean-Paul Sartre, quien ha definido al marxismo como “el horizonte insuperable de nuestra propia época” en su ensayo de “Cuestiones de Método”, incluido en su *Crítica de la razón dialéctica*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1970. Sobre ese fundamental vínculo de la microhistoria italiana con el marxismo, cfr. nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Contribución a la historia de la microhistoria italiana”, en la revista *Contrahistorias*, núm. 1, México, 2003.

ese conjunto diverso y multifacético de las distintas historiografías de todos los países del llamado mundo “socialista”, que se afirmaron y desplegaron a lo largo de todo ese “breve o pequeño siglo veinte” histórico, que corre desde 1914-17 hasta 1989.

Finalmente, hay que considerar también dentro de este vasto espectro de herencias y presencias del marxismo en el seno de la historiografía contemporánea, los resultados que produjo el enorme impacto que la cosmovisión marxista tuvo en la historiografía de México y de América Latina en los años setenta y ochenta, y que viene a sumarse a todos los distintos núcleos que, a lo largo y ancho del mundo capitalista y durante todos los periodos que hemos mencionado anteriormente, mantuvo distintos proyectos y esfuerzos historiográficos igualmente alumbrados por la perspectiva de Marx y de sus diferentes epígonos. Pues aunque después de 1989 este impacto pareció debilitarse y hacerse un poco más lejano, para comenzar a resurgir de nuevo durante el último lustro recién transcurrido, es claro que hoy, en este año de 2004, la presencia de Marx y del marxismo dentro de los estudios históricos más contemporáneos sigue siendo un componente fundamental e imprescindible del paisaje mundial global de esta misma historiografía actual<sup>32</sup>.

El marxismo impregnó entonces, profunda y radicalmente también, toda la historiografía latinoamericana posterior a

32. Vale la pena insistir en el hecho de que varias de las corrientes historiográficas más importantes hoy en día son, o declaradamente marxistas, como es el caso de los historiadores marxistas británicos tanto de *Past and Present* como de la *New Left Review*, o de un claro origen marxista, como en el caso de la microhistoria italiana o de la historia radical norteamericana. Y es también el caso de perspectivas que, provenientes de otras disciplinas sociales, como la sociología, tienen una presencia e impacto centrales dentro de la historiografía mundial actual, como es el caso de la perspectiva del “world-system analysis” de Immanuel Wallerstein. Sobre esta última, cfr. nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein. Crítica del sistema-mundo capitalista*, Ed. Era, México, 2003.

1968<sup>33</sup>, y es por ello que sin una consideración de ese componente marxista y de las múltiples tradiciones y escuelas que el mismo ayudó a crear, y que derivan todas de ese *momento fundacional* del moderno proyecto de construcción de una ciencia en la historia, no es posible entender adecuadamente el rostro complejo del panorama historiográfico más contemporáneo.

Por lo demás, es claro que la fecha de este arranque del moderno proyecto de constitución de una ciencia histórica, y en consecuencia de los perfiles de la historiografía hoy vigente, fecha asociada a las revoluciones europeas de 1848 y al nacimiento del marxismo no tiene nada de casual. Porque, como ya hemos referido anteriormente, 1848 es la fecha que simboliza ese *punto histórico* crucial en el que *cambió el sentido* de la curva global y secular de la modernidad, el momento en que se agota la larga fase *ascendente* de esa modernidad, comenzada en el siglo XVI, para dar paso a la rama *descendente* de esa misma modernidad, que se despliega desde esa coyuntura de 1848/70 hasta hoy. Lo que significa, entonces, que toda la historiografía contemporánea se ha desarrollado en sus distintos momentos dentro del horizonte de esa *rama descendente* de la modernidad, y en consecuencia, dentro de un espacio marcado por la posibilidad de avanzar en un sentido *crítico*, en una dirección opuesta a la concepción tradicional que fue dominante durante la fase ascendente de esa misma modernidad burguesa y capitalista<sup>34</sup>.

Y es precisamente este viraje fundamental del largo ciclo vital de la modernidad, que alcanza su punto de clímax en esa coyun-

33. Sobre este punto cfr. nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, "El 'largo siglo XX' de la historiografía latinoamericana contemporánea: 1870 - ¿2025?" en nuestro libro *América Latina: Historia y Presente*, Ed. Jitanjáfora, Morelia, 2001.

34. Hemos desarrollado más ampliamente esta idea en nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Convergencias y divergencias entre los Annales de 1929 a 1968 y el Marxismo. Ensayo de balance global" en la revista *Historia Social*, num. 16, Valencia, 1993.

tura de 1848-1870, el que va explicar doblemente, tanto ese proceso complejo del *nacimiento* del marxismo —a expresión *negativo-crítica* de esa misma modernidad—, como también el proyecto de superación crítica de los discursos históricos anteriormente dominantes, que ya hemos caracterizado antes, junto a las correspondientes formas de concebir la historia que a esos discursos acompañan. Y a partir de todo esto, el esfuerzo de la edificación inicial y simultánea de ese proyecto hoy todavía vigente y todavía en curso de construcción de una verdadera perspectiva *científica* para los estudios históricos.

Y es en este exacto sentido que debe entenderse la crítica sistemática de las principales variantes del antiguo modo de abordaje sobre la historia; es decir, tanto de toda posible filosofía de la historia, crítica que encontró su primer exponente sistemático, y no casualmente, en el propio marxismo, como de todos los discursos históricos antes ampliamente difundidos, sea como discursos narrativos y empiristas, o también como discursos míticos o legendarios sobre la historia, igualmente desconstruidos y trascendidos por ese mismo marxismo. Porque es justamente desde este punto de vista, que el marxismo pone los cimientos de *todos los ulteriores proyectos* modernos de construcción de una ciencia de la historia.

Lo que explica, en nuestra opinión, el hecho claro pero que no se subraya siempre suficientemente, de que muchas de las contribuciones esenciales de ese marxismo original de la segunda mitad del siglo XIX se hayan convertido hoy en una suerte de “lugares comunes” ampliamente aceptados por casi todo el gremio de los seguidores y cultores de Clío, pasando a formar parte de una especie de consenso implícito asumido por la inmensa mayoría de las corrientes historiográficas actuales, con la única excepción, quizá, de la vieja y atrasada historia *positivista*. Porque afirmar que la historia es una ciencia y no solo un simple arte, y distinguir netamente su estatuto como ciencia *social* frente a las muy diversas ciencias naturales, son dos contribuciones mayores

que nos remiten directamente a esos aportes de Karl Marx.

Como también la idea de que la historia debe dar primacía a los hechos reales sobre las concepciones y fantasías de sus actores y protagonistas, es decir que debe ser una historia *materialista*, junto a la tesis de que la historia la hacen los grandes grupos y clases sociales, y no los grandes caudillos y “héroes” por importantes que estos últimos sean, es decir que la historia es siempre una historia profundamente *social*, son dos horizontes que igualmente derivan de esa contribución original del marxismo fundador o inicial.

Pero también la idea de que la historia debe ser un ejercicio permanente de la conciencia *crítica*, o la centralidad que en la vida social en general tienen los distintos hechos y dimensiones *económicos*, junto a la reivindicación de la historia como historia *total o global*, vista además como un proceso generado a partir de las contradicciones del proceso humano, y en consecuencia también de una manera *dialéctica*, son todas perspectivas que han sido originalmente desarrolladas y postuladas por Marx hace más de cien años, y que ahora son ampliamente aceptadas, aplicadas, asumidas y hasta reivindicadas por las más diferentes y hasta heterogéneas posturas y corrientes de la historiografía más contemporánea.

Y del mismo modo que el marxismo en general, como cosmovisión del mundo y como doctrina que ha alumbrado diversos movimientos políticos y sociales, pero también distintas corrientes y tendencias intelectuales en todo el vasto campo de las ciencias sociales, ha sufrido un complejo proceso de *pluralización* y de *readaptación* a las más heterogéneas y disímiles experiencias y circunstancias —que van desde su conversión en ideología dominante y su reducción a un conjunto de apotegmas simplificados, hasta su real recuperación crítica y su profundización creativa e innovadora, así también las historiografías que se han reclamado como “marxistas” a lo largo de este periplo de la historiografía del siglo veinte, han cubierto igualmente un

muy variado y diversificado abanico de posibilidades, que cubren desde ejercicios muy sofisticados e intelectualmente muy elaborados (como por ejemplo en el caso de la Escuela de Frankfurt) o esfuerzos de muy buen nivel que alimentan siempre las líneas y las perspectivas críticas y marginales de la historiografía (como en los trabajos ya mencionados de Immanuel Wallerstein), hasta muy elementales aplicaciones de un marxismo más bien simplificado y hasta “vulgar”, que reduciendo la compleja visión del marxismo a un conjunto de fórmulas de “manual” han producido más bien trabajos muy esquemáticos y poco originales<sup>35</sup>.

Pasemos ahora al segundo momento, a ese momento que se constituye después de 1870, en torno a la progresiva afirmación de una primera hegemonía historiográfica, la hegemonía del universo germano parlante. Una hegemonía que sintetizando en una propuesta historiográfica coherente todos los progresos que los estudios históricos habían realizado, entre la revolución francesa de 1789 y esa coyuntura de 1848-1870, va a representar, en una cierta medida, una especie de clara *regresión* respecto del momento fundador explicado hasta ahora.

\* \* \*

Con la derrota de la Comuna de París, en 1871, se ha cerrado esa coyuntura revolucionaria que había dado nacimiento al marxismo, iniciándose dentro de la historia europea una nueva etapa que estará marcada por la exacerbación de los nacionalismos y por la emergencia de una cierta “contraofensiva”

35. Sobre estos múltiples marxismos del siglo veinte cfr. Immanuel Wallerstein, “Braudel, los Annales y la historiografía contemporánea” en *Historias*, núm. 3, México, 1983, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Marxismo, liberalismo y expansión de la economía-mundo europea”, en el libro *Para comprender el mundo actual. Una gramática de larga duración*, Ed. Centro Juan Marinelo, La Habana, 2003.

intelectual en contra de los movimientos críticos y de las posturas intelectuales de impugnación. Y a tono con todo esto, la nueva hegemonía historiográfica que va a constituirse dentro del espacio de la cultura germana, va a alimentar una visión de los hechos históricos que pretende ser exageradamente “objetivista”, a la vez que se vuelca hacia funciones de educación cívica y nacionalista, y se olvida un poco de los aportes principales que habían sido descubiertos y conquistados durante la coyuntura anterior<sup>36</sup>. Y ello, junto al hecho de que el marxismo, durante estas épocas, no ha penetrado jamás dentro de la academia ni dentro de los ámbitos universitarios, permaneciendo más bien vinculado a los movimientos sociales y políticos revolucionarios de la Europa de aquellos tiempos.

Y entonces, y dentro de este clima intelectual, de signo inverso al de la coyuntura anterior de 1848-1870, es que va a prosperar ese segundo ciclo de la historiografía contemporánea, ahora marcado por la emergencia de un sistema en el que una nación, o un espacio, o un área intelectual funciona como *centro* principal de la innovación historiográfica, y el resto de las historiografías lo imitan o lo siguen de más cerca o de más lejos, para constituirse como distintas periferias o semiperiferias de ese mismo centro. Ya que cuando observamos desde una perspectiva más amplia, resulta claro que entre 1870 y 1930, aproximadamente, ha sido casi siempre el mundo germano parlante el que ha jugado ese rol de dominio hegemónico dentro de la historiografía europea y mundial. Porque es claro que es este espacio intelectual de habla alemana el que nueve de cada diez veces va a generar las investi-

36. Una buena síntesis de los rasgos de este modelo germano de historiografía puede verse en el libro de Francisco Vázquez García, *Estudios de Teoría y Metodología del saber histórico*, antes citado. Véase también Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, Ed. Crítica, Barcelona, 1997, Gonzalo Pasamar, *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*, Ed. Síntesis, Madrid, 2000, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Itinerarios de la Historiografía del siglo XX*, antes citado.

gaciones, los temas, los debates y la historiografía que podemos considerar como la historiografía de vanguardia, durante estas últimas décadas del siglo XIX cronológico y los comienzos del siglo XX. Ya que es en el seno de estas culturas alemana o austríaca de estas mismas épocas mencionadas, que van a formarse, a desarrollarse, y a producir sus aportes principales aquellos que serán los autores más importantes de la historiografía mundial en vísperas de la primera guerra mundial, e inmediatamente después de ella.

Por eso, es completamente lógico que sea en el interior de esta historiografía germano parlante, que va a detentar la hegemonía o dominio historiográficos dentro de los estudios históricos entre 1870 y 1930, donde va a desarrollarse la conocida e importante polémica sobre la *Methodenstreit* y en la cual se va a escenificar también toda la discusión sobre las diferencias entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu. Y es también en este universo cultural de matriz germana en donde va a prosperar el proyecto de la *Kulturgeschichte* y de otras diversas líneas de la entonces innovadora historia *social* alemana y austríaca<sup>37</sup>. Pero también es en el seno de esta historiografía de Alemania y de Austria donde va a afirmarse y a convertirse en el *modelo historiográfico dominante* la historiografía que ha sido caracterizada con el término de *historia positivista*, historia que desplegándose como la forma entonces más difundida de ejercer los menesteres de Clío, va a imponerse progresivamente desde ese universo germano, primero hacia toda Europa y después hacia todo el mundo.

Y aunque resulta ahora claro que este término de historiografía positivista no es completamente adecuado, en virtud del amplio abuso que se ha hecho del mismo, y dada la muy diversa cantidad de heterogéneas significaciones que se han hecho pasar bajo esta denominación, es sin embargo cierto que dicha conno-

37. Sobre este punto cfr. el artículo de Gerhard Oestreich, "Le origini della storia sociale in Germania" en *Anali del Istituto Storico-tedesco di Trento*, núm. 1, 1977.

tación de historiografía positivista ha adquirido en todo el mundo un sentido importante que podemos y debemos conservar, si asumimos claramente que ese sentido alude a ese tipo de historiografía originalmente alemana que se convirtió en la *forma dominante de la práctica histórica* dentro de las Universidades europeas y de todo el planeta del periodo ya referido de 1870 a 1930 aproximadamente. Forma dominante que, ignorando los avances y aportes que había representado el marxismo para la posible construcción de una verdadera ciencia histórica, volvió a la absurda idea de equiparar la historia con las ciencias naturales, para buscar una imposible “objetividad” absoluta de sus resultados cognoscitivos, mediante la reducción de su práctica a la simple dimensión *erudita* del trabajo del historiador<sup>38</sup>.

Esta historiografía germana dominante, que bien podemos denominar entonces como rankeana o positivista —aunque reconociendo que el mismo Ranke, que formuló su “lema de batalla” de “narrar las cosas tal y como han acontecido”, no se ajusta totalmente en su obra a lo que esta denominación implica—, y que se despliega esencialmente entre 1870 y 1929, era de alguna manera el resultado condensado o la síntesis de ciertos procesos importantes que acontecieron en la historiografía europea entre 1789 y 1870. Porque es bien sabido que fue por primera vez en 1789 cuando la revolución francesa *democratizó* de una manera sorprendente el acceso a una enorme cantidad de información que antes era considerada como “secretos de Estado”, y que en cambio a partir de esta fecha, va a constituirse en una de las fuentes principales y habituales de los historiadores, en una de las materias primas básicas en las que se apoya

38. Para una caracterización de los límites enormes de esta historia positivista alemana y de las confrontaciones que tuvo con el proyecto de la *Kulturgeschichte*, cfr. el interesante artículo de Henri Pirenne, “Una polémica histórica en Alemania”, en la revista *ContraHistorias*, núm. 2, México, 2004.

una parte de los trabajos de la historiografía contemporánea.

Pues si antes de 1789, los Archivos de todos los Estados europeos son prácticamente inaccesibles a los historiadores y a todos los ciudadanos, después de esta misma fecha los practicantes de la historia tienen a su disposición casi todo lo que tiene que ver con la evolución y la información relativa a esos Estados, y también con los departamentos y hasta con las parroquias. La revolución francesa de 1789, entre sus muchas y benéficas consecuencias, implicó también la apertura inmensa de un caudal realmente importante de nueva información, ahora accesible a la mirada y sobre todo al trabajo de los historiadores, hecho que explica que sea precisamente en el siglo XIX cuando se desarrolla, en ese mundo germano parlante que antes hemos referido, el interesante proyecto de las *Monumenta Germaniae Historicae*, a la vez que en Francia prospera una empresa historiográfica como la de Augustin Thierry, quien dedicó su vida entera a compilar los documentos y a hacer la historia del Tercer Estado.

La historiografía positivista, que va a caracterizarse como es bien sabido, entre otros de sus rasgos importantes, por un culto fetichista y exagerado respecto al texto<sup>39</sup>, es una historia empo-

39. Como bien ha señalado Lucien Febvre en sus *Combats pour l'histoire*, Ed. Armand Colin, Paris, 1992. Y por ello, no es una casualidad que *todas* las corrientes importantes de la historiografía de los últimos cien años hayan criticado, desde muy diversos ángulos y horizontes, a esta limitada historia positivista, y también a su variante específicamente historicista, crítica que también encontramos en Walter Benjamin, Norbert Elías o Michel Foucault, en los diversos representantes de la corriente de los Annales, en las múltiples versiones del marxismo crítico, o en las perspectivas más recientes de la microhistoria italiana, el "análisis de los sistemas-mundo" o la historia de los conceptos alemana, entre muchos otros. Sobre esta crítica de esos diversos autores y corrientes, cfr. nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Corrientes, temas y autores de la historiografía del siglo XX*, Ed. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2002.

brecida y que reduce el trabajo del historiador a la simple labor del *erudito* o del *anticuario*, al considerar dichos documentos escritos como la *única y exclusiva* fuente *legítima* del trabajo histórico, proyectando de este modo como definición y concepción de lo que es y de lo que debe ser la disciplina histórica, esa visión resultante, efectivamente, de un siglo entero de compilación de documentos, de un siglo de clasificación, verificación de la autenticidad, y puesta al día de esa información que antes *no* era accesible para los historiadores.

Y es claro que esta historiografía positivista, que condensa a la vez los grandes progresos que la *erudición histórica* alcanzó en ese siglo XIX posterior a la revolución francesa, pero que retrocede respecto de la enorme revolución que había implicado el marxismo dentro del campo de la historia, va a poseer ciertas virtudes importantes, vinculadas al hecho de que insiste en la importancia de aprender el trabajo paciente de la búsqueda de fuentes, y la distinción entre fuente histórica y fuente literaria, enseñándonos también los procedimientos habituales de la crítica externa y la crítica interna de los documentos y de los textos, y mostrándonos cómo distinguir un documento verdadero de uno falso. Aleccionándonos, en suma, en torno a todo lo que tiene que ver con la dimensión *erudita* de la historia, esta historia positivista rankeana ha alimentado también, a veces en exceso y con una fuerza y tenacidad sorprendentes, el conjunto de los ámbitos historiográficos y de las historiografías nacionales de las más diversas partes del mundo<sup>40</sup>

40. El manual que va a condensar estos aportes, dentro del horizonte francés, será el libro de C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, Ed. La Pléyade, Buenos Aires, 1972. Sin duda alguna, una de las razones importantes de la larga sobrevivencia y de la tenaz difusión mediante los aparatos escolares de todo el mundo, de este tipo de historia positivista decimonónica, estriba en su claro carácter inofensivo y acrítico frente a los poderes dominantes, que la ha hecho funcionar siempre como la generadora principal de las historias *oficiales*, siempre gloriosas y siempre mentirosas y falsas. Un ejemplo de crítica de

Pero, como ha sido señalado ya por múltiples autores, el límite de esta historiografía positivista, que fue dominante en términos generales en el periodo de 1870-1930, estriba en el hecho de que es una historiografía que se basa en un solo tipo de fuente. Y también, en el hecho de que, en el fondo, ella es más una expresión resumida de los principales progresos que la historia logro conquistar durante ese siglo XIX que fue llamado el “siglo de la historia”, y en consecuencia, que es más un tipo de historiografía *estrictamente decimonónica*, que sin embargo se ha sobrevivido a sí misma para integrarse como un componente absolutamente anacrónico pero aún presente dentro de la historiografía del siglo veinte.

Y así como el marxismo, desarrollado en el siglo XIX cronológico, es en verdad una *anticipación* clara de muchos de los rasgos más profundos de esta historiografía del siglo veinte, así la historia positivista va a funcionar como esa especie de “anacronismo” aún viviente a lo largo de toda esta última centuria cronológica de vida de los estudios históricos contemporáneos. Lo cual explica también que esa historia positivista, en su afanosa búsqueda de una muy estricta y finalmente imposible “objetividad” absoluta frente a los hechos históricos, haya desembocado en una clara renuncia a toda la dimensión *interpretativa* y *explicativa* de la ciencia histórica, dimensión que en cambio había sido subrayada como central por el proyecto marxista de la coyuntura anterior ya analizada, para convertirse después en uno de los trazos más característicos de *todas* las diversas corrientes historiográficas del último siglo vivido.

Y fueron éstas, entre muchas otras, las limitaciones que ya dentro de la misma etapa de 1870-1930 suscitaron las más ra-

los mitos falsos y de los “olvidos estratégicos” que construye y alimenta esta historia positivista, luego transfigurada en historia oficial, puede verse en nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Mitos y olvidos de la historia oficial de México*, Ed. Quinto Sol, México, 2004.

dicales críticas a esa versión positivista de la historia, tanto dentro del mismo universo germano parlante, como fuera de él. Pues es bien conocida, por ejemplo, la dura crítica que Lucien Febvre, y con él todo el grupo de los “primeros Annales”, van a realizar en contra de la célebre afirmación que aparece dentro del tan difundido manual francés de Langlois y Seignobos, publicado en 1898 y titulado *Introducción a los Estudios Históricos*, cuando enuncia lapidariamente: “La historia se hace sólo con textos, y un historiador serio jamás se atrevería a afirmar aquello que no pueda respaldar con un documento escrito”. Y esta sentencia, y la idea que ella resume, y que hoy nos parece bastante infundada y absurda, fue sin embargo tomada tan seriamente durante la segunda mitad del siglo XIX, que la misma se encuentra en el origen de una distinción que hoy cualquiera puede reconocer como completamente *obsoleta*, pero que continúa aún siendo vigente y aplicada dentro de nuestras habituales concepciones y enseñanzas históricas, y que es la tradicional distinción entre la *historia* y la *prehistoria*.

Porque es bien sabido que el hecho que distingue a la historia de la prehistoria, y que marca el inicio de la primera, es justamente el de la invención de la escritura. Lo que implica que, al carecer de la escritura, y por ende de esos textos y documentos escritos que según esta atrasada concepción positivista son la materia imprescindible del historiador, entonces esas sociedades anteriores a dicha invención de lo escrito *no pueden* ser investigadas sólidamente por estos seguidores de Clfo, quedando reservado su estudio para los antropólogos, los arqueólogos o los etnólogos. Y por ello, esas sociedades *no* serían parte de la verdadera historia, sino solo de esa etapa previa y aún poco desarrollada que de manera despreciativa y condescendiente se ha calificado entonces como la de la “prehistoria” humana.

Y nuestros autores franceses positivistas antes mencionados asumen tan radicalmente el valor de esta afirmación de que la historia se hace exclusivamente con textos, que han llegado a

plantearse seriamente la cuestión de saber qué va a pasar cuando los historiadores hayan agotado e interpretado *todos* los documentos escritos que hay disponibles, para responder enfáticamente y sin titubeos que entonces se debería acabar por completo el oficio del historiador. Aunque para tranquilizar inmediatamente a sus lectores y a los historiadores, afirmando que, felizmente, aún quedan todavía miles de documentos y de textos y materiales en los archivos de todo el mundo, como para sostener durante algunos cientos de años más ese trabajo histórico paciente y meticuloso en torno a dichos documentos.

E igualmente, será esta historia positivista la que consagrará esa absurda y ridícula idea, todavía ampliamente difundida dentro de la corporación de historiadores, de que el objeto de estudio de nuestra disciplina es "el estudio del pasado humano". Una idea que hoy nos parece completamente carente de sentido, pero que en su momento fue tenazmente defendida por esos historiadores positivistas, que en la búsqueda de una supuesta objetividad absoluta del conocimiento histórico rechazaban totalmente el estudio del "presente", dado que por su ineludible cercanía con todos nosotros, impediría a dichos historiadores una visión serena, reposada, alejada, neutral, y en consecuencia "fría y objetiva" de los hechos sociales y humanos bajo estudio. Visión que ya el mismo Marx había criticado, y que criticarán también prácticamente todas las corrientes importantes de la historiografía del siglo veinte, y que sin embargo todavía sigue siendo en ocasiones defendida por algunos de los modernos cultores de nuestro oficio de historiadores.

Esta historiografía positivista es entonces la historia que, basándose en una sola fuente, va también a concentrarse, limitadamente, en el estudio y examen de solo ciertas dimensiones del tejido social, en los hechos biográficos, políticos, diplomáticos y militares del acontecer histórico humano. Y también va a ser, como ha sido varias veces señalado, una historia que va a tener una función muy memorística, muy nacionalista y hasta chovinista,

vinculándose muy de cerca con los intereses del Estado y con sus visiones y objetivos generales, para apuntalar la función de las historias *oficiales* de preparar “buenos ciudadanos” y de reforzar en ellos la conciencia nacional y patriótica.

Finalmente, esta misma historia que ha dominado la enseñanza de la disciplina histórica en las principales Universidades europeas y del mundo entero, durante esas últimas décadas del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX, ha sido también una historia muy descriptiva, narrativa, erudita, y encerrada dentro de sus propias y limitadas visiones de los problemas sociales e históricos<sup>41</sup>. Un hecho que explica las sólo aparentemente extrañas transiciones que, en los últimos tiempos, hemos presenciado dentro del gremio de los historiadores, y en las que ciertos defensores a ultranza de esta historiografía positivista pasan, en una suerte de tránsito brutal y radical, hacia la defensa de los puntos de vista del posmodernismo en historia. Pero en el fondo se trata de una transición bastante lógica, pues tanto el empirismo y objetivismo desmesurados de los positivistas, como el logocentrismo absurdo de los posmodernos en torno a la dimensión discursiva del trabajo histórico, se apoyan ambos en la *misma incapacidad* de reconocer y reconstruir de manera equilibrada la

41. Es decir, esa historia positivista, luego convertida en la historia oficial, que es siempre “gloriosa” y autocelebratoria, y que ha sido criticada por todos los autores importantes que se inscriben dentro de las múltiples tradiciones de la historiografía genuinamente crítica del siglo XX. Mencionemos en este sentido, a título de simples ejemplos posibles, la crítica de Michel Foucault a esta historia falsamente heroica, grandiosa y monumental, a la que él le opondrá la “contrahistoria” y la “contramemoria” críticas, derivadas de su enfoque arqueológico-genealógico, por ejemplo en su libro *Genealogía del Racismo*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992, o la crítica radical de Walter Benjamin a este positivismo e historicismo historiográficos contenida en su brillantes “Tesis sobre la Filosofía de la Historia”, en su libro *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Ed. LOM-Universidad Arcis, Santiago de Chile, 1996 o también la crítica de Norbert Elías, en su “Introducción” a su libro *La Sociedad Cortesana*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

compleja dialéctica entre realidad e interpretación, entre el trabajo de establecimiento de los hechos reales y verdaderos y la imprescindible necesidad de su explicación coherente y razonada a partir de sólidos modelos interpretativos de esos mismos hechos.

Lo que sin embargo no elimina el hecho de que sería imposible entender el paisaje de los estudios históricos actuales, sin tomar también en cuenta el pequeño pero decisivo aporte de esta historiografía positivista. Porque es claro que no puede haber historia sin *erudición*, aunque también sea evidente que la historia *no se reduce* nunca a su sola condición erudita, y que para acceder a ella es necesario trascender la simple condición de “anticuario” o de amante y coleccionista de las “curiosidades del pasado”, tal y como nos lo han señalado reiteradamente todos los historiadores críticos y más avanzados que han existido desde principios del siglo XX cronológico y hasta hoy<sup>42</sup>.

Pero debe quedar claro que al caracterizar esta historia positivista nos referimos exclusivamente a lo que ha sido la línea *dominante* dentro de esta historiografía germano parlante. Porque es también bien conocido el hecho de que, entre 1870 y 1930, se desplegó igualmente dentro de este mismo universo de matriz cultural germana, todo un conjunto complejo y diverso de *otras* posturas historiográficas y de *otras* tradiciones intelectuales dentro de la historia, como es el caso de la historiografía marxista de autores como Karl Kautsky, Heinrich Cunow, Otto Bauer, etc., o en otra vertiente, el caso de la historiografía académica crítica de Max Weber, de Alfred Weber, o de Karl Lamprecht, entre otros.

Y también el caso de esos interesantes debates y agudas polémicas sobre cuestiones tan centrales como la de la “comprensión”

42. Cfr. Henri Pirenne, “¿Qué es lo que los historiadores estamos tratando de hacer?”, en la revista *Eslabones*, núm. 7, México, 1994 y también Henri Berr, *La síntesis en historia*, Ed. UTEHA, México, 1961.

en historia (el tema de la *Verstehen*), o sobre la especificidad y estatuto especial de las “ciencias de la cultura” de W. Dilthey, de G. Simmel, de Rickert, etc. Y aunque en todos estos casos se trata siempre de líneas *marginales* frente a la tendencia dominante y hegemónica, frente a esta variante positivista de matriz justamente rankeana, es claro que no es posible comprender adecuadamente esa misma hegemonía germano parlante, sin considerar también estas ricas y estimulantes contribuciones historiográficas, provenientes de esas líneas marginales y críticas del universo alemán y austríaco de aquellas épocas<sup>43</sup>.

Sin embargo, y a pesar de haber logrado afirmar durante aproximadamente seis décadas esta hegemonía historiográfica sobre Europa y sobre Occidente, entre 1870 y 1930, Alemania va a perder la guerra de 1914-1918, para después padecer la más difícil tragedia de su historia, que fue el duro y terrible proceso del ascenso y del gobierno nazis. Y este trágico capítulo de la historia reciente de Alemania, nos muestra de manera evidente todo lo que las dictaduras políticas de la derecha en el poder son capaces de hacer por ejemplo con el ámbito de la cultura. Pues esta historiografía hegemónica del mundo germano parlante se acabó derrumbando y disolviendo bajo los golpes sucesivos de la derrota alemana en la primera guerra mundial, pero sobre todo bajo el clima racista, anti-intelectual e irracional creado por el ascenso del nazismo al poder.

Después, con el remate de la segunda guerra mundial, la cultura alemana sufrió un golpe del cual no se ha repuesto del todo ni siquiera en la actualidad. Pues los historiadores y los científicos sociales alemanes todavía no logran procesar y asimilar

43. Piénsese, por mencionar solo un ejemplo que ya hemos referido antes, en los interesantes trabajos de Norbert Elias, *El proceso de la civilización* y *La sociedad cortesana*. Al respecto, cfr. nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Norbert Elias, historiador y crítico de la modernidad” en el libro *Aproximaciones a la modernidad*, Ed. UAM Xochimilco, México, 1997.

intelectualmente lo que representó ese fenómeno del nazismo dentro de la historia global de la nación y del pueblo alemanes, discutiendo hasta el momento presente si dicho fenómeno es simplemente una "anomalía" o "excepción perversa" de su desarrollo histórico, o si se conecta de alguna manera con los elementos más durables o definitorios de ese mismo grupo humano que ha habitado durante siglos lo que hoy conocemos como dicha Alemania.

Y vale la pena señalar que esta hegemonía que el mundo germano parlante ejerció durante lustros en el ámbito de la historia parece ser mucho más amplia, para proyectarse más en general hacia todo el universo de las ciencias sociales e incluso de las humanidades y de la artes de aquellos mismos tiempos. Una hegemonía dentro de la entera cultura del estudio de lo social humano, que explicaría entonces el hecho del surgimiento e irradiación fuertes, siempre dentro de este mundo de la cultura germana, del complejo proyecto del psicoanálisis impulsado por Sigmund Freud, pero también de los desarrollos y descubrimientos del Círculo de Viena y de la obra de Ludwig Wittgenstein, junto a todos los aportes contenidos en los trabajos de la importante Escuela de Frankfurt, y a los desarrollos de la sociología crítica que incluye un abanico tan vasto como el que abarca a Ferdinand Tönnies, Max Weber, Georg Simmel, Karl Mannheim o Norbert Elías, entre tantos otros. Y ello al lado de la literatura de Robert Musil y de Thomas Mann, o también del teatro de Bertold Brecht, es decir de toda esa riqueza enorme de la cultura alemana y austríaca que todavía nos sorprende hasta el día de hoy.

\* \* \*

Una tercera etapa clara dentro de este periplo global de la historiografía del siglo XX va a derivar directamente de la mencionada crisis del segundo momento de este itinerario. Ya que después de

esos golpes sucesivos que han sufrido la cultura y la historiografía de matriz germana, se va a constituir una *segunda hegemonía historiográfica fuerte* dentro del espacio europeo y occidental. Y si tratamos de determinar cuál es la nación o espacio intelectual que domina el paisaje historiográfico en 1950, entonces veremos que, una vez más, nueve de cada diez veces, los autores más innovadores y más relevantes de la historiografía de estos tiempos son ahora historiadores francoparlantes. Pues es justamente Francia la que ahora se ha vuelto *hegemónica* en términos de la cultura de las ciencias sociales, y con ello también de la historia que se escribe y enseña mayoritariamente en las Universidades de Europa y de gran parte del mundo.

Y esa nueva hegemonía historiográfica va a constituirse a través del complejo proyecto de una verdadera “revolución en la teoría y en la práctica de la historia” llevado a cabo por la entonces todavía joven corriente de los Annales. Porque son los Annales franceses los que van a dominar el paisaje historiográfico entre 1929 y 1968 aproximadamente<sup>44</sup>. Y ello, a partir de un proyecto que se constitu-

44. Sobre la historia de esta corriente de los Annales, cfr. François Dosse, *La historia en migajas*, Edicions Alfons el Magnanim, Valencia, 1988, Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1993, Gérard Maitre, *Le discours et l'historique*, Ed. Mame, 1974, Matthias Middell y Steffen Sammler, *Alles Gewordene hat Geschichte. Die Schule der Annales in ihren Texten*, Ed. Reclam, Leipzig, 1994, Hervé Coutau-Bégarie, *Le phénomène nouvelle histoire*, Ed. Economica, Paris, 1989, Rosan Rauzdel, *Sociologie historique des Annales*, Ed. Lettres du Monde, Paris, 1998, Philippe Carrard, *Poetics of the New History. French Historical Discourse from Braudel to Chartier*, Ed. John Hopkins University Press, Baltimore, 1995, Massimo Mastrogregori, *Il genio dello storico. Le considerazioni sulla storia di Marc Bloch e Lucien Febvre e la tradizione metodologica francese*, Edizione Scientifiche Italiane, Nápoles, 1987, Lutz Rapahel, *Die Erben von Bloch und Febvre. Annales-Geschichtsschreibung und nouvelle histoire in Frankreich 1945-1980*, Ed. Klett-Cotta, Stuttgart, 1994, Traian Stoianovich, *French Historical Method. The Annales Paradigm*, Ed. Cornell University Press, Ithaca-Londres, 1976, Francisco Vázquez García, *Estudios de teoría y metodología del saber histórico*, antes citado y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Os Annales e a Historiografia francesa, y L'histoire conquérante. Un regard sur l'historiographie française*, también ya referidos.

ye como el *contrapunto perfecto* de la historiografía positivista dominante antes referida. Y no sólo porque los Annales van a criticar frontalmente esa historia rankeana, sino también porque frente a esa historia concentrada solo en lo militar, lo biográfico, lo político y lo diplomático, la nueva perspectiva annalista va a proponer la construcción de una historia totalizante que abarque claramente a todo el tejido social *en su conjunto*. Y entonces, en vez de estudiar solo a los grandes hombres y las grandes batallas y tratados que constituyen los hechos "resonantes" de la historia, los historiadores annalistas van a comenzar a estudiar las civilizaciones, las estructuras económicas y las clases sociales, las creencias colectivas populares o el moderno capitalismo, y todo ello desde varios nuevos emplazamientos analíticos y epistemológicos, radicalmente distintos a los limitados horizontes de esa historia tradicional, positivista y oficial.

Porque frente a la historia positivista, que afirma que el objeto de estudio de los seguidores de Clío es solo el pasado, y además, solo el pasado registrado en fuentes escritas, los autores de la corriente annalista van a reivindicar la célebre definición de que el objeto del historiador es "toda huella humana existente en cualquier tiempo", y por lo tanto, que la historia es una historia *global*, cuyas dimensiones abarcan desde la más lejana prehistoria hasta el más actual presente, además de incluir en sus vastos dominios *todas* las distintas manifestaciones de lo humano social y de lo humano en toda la compleja gama de realidades geográficas, territoriales, étnicas, antropológicas, tecnológicas, económicas, sociales, políticas, culturales, religiosas, artísticas, etc., etc.

Es decir, una historia que no puede verse entonces limitada a las solas fuentes escritas para construirse, sino que tiene necesariamente que proponer como su punto de apoyo una muy vasta y diversificada multiplicidad de fuentes, que incluye también las específicas técnicas de la dendrocronología o el uso crítico de todas las formas y figuras de la iconografía, el análisis del polen o a la técnica del Carbono 14, entre tantas otras. Una historia

entonces audaz en cuanto al uso de sus posibles fuentes, que también intenta proponer *otra* lectura y *otra* mirada de los mismos documentos y textos escritos, que “lee” e “interpreta” a contrapelo de sí mismos, tomándolos como testimonios *involuntarios* de los hechos que investiga, y leyéndolos de manera densa, exhaustiva e intensiva, para “forzarlos” a “decir” mucho más de lo que ellos pretenden contarnos.

Y frente a esta historia predominantemente narrativa, monográfica y descriptiva a la que está confrontando el proyecto de los *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, va a proponer en cambio una historia fundamentalmente interpretativa, problemática, comparatista y crítica. Es decir, una historia que jugando sistemáticamente con los beneficios de la aplicación del *método comparativo* dentro de la historia, sea capaz de establecer permanentemente, tanto la singularidad y especificidad de los fenómenos que estudia como sus elementos comunes y universales, entretejiendo así la dialéctica compleja de lo particular y lo general dentro de las grandes curvas evolutivas de los procesos humanos analizados.

Y también, una historia que esforzándose conscientemente en la construcción de modelos *generales* de explicación, y en la forja de conceptos, teorías e hipótesis igualmente generales, renuncie al mismo tiempo a la ingenua e imposible búsqueda de una objetividad “absoluta” por parte del historiador. Pues en lugar de esta empresa ilusoria, los *Annales* van a explicitar el paradigma de la *historia problema*, que por el contrario afirma que toda investigación histórica sería comienzo justamente por la delimitación del “cuestionario” o de la encuesta a resolver, la cual determina en alguna medida el propio trabajo de erudición. Pues dado que “solo se encuentra lo que se busca” y dado que “los textos hablan según se los interroga”, entonces toda verdad histórica es forzosa y necesariamente una verdad *relativa*, lo que implica entonces que también todo resultado historiográfico es siempre susceptible de profundización, de enriquecimiento e

incluso a veces hasta de revisión total y radical.

E igualmente, una historia que asume de manera *crítica* la temporalidad lineal y simplista de la anterior historia positivista para proponer en su lugar una *descomposición articulada de los distintos tiempos y duraciones históricos*, reivindicado la perspectiva del análisis de los problemas históricos desde el punto de vista de la larga duración, y desde la explícita clasificación de su duración y temporalidad correspondientes. Pero también una historia que desconfía por principio de las versiones oficiales imperantes, y que construyéndose siempre "a contracorriente" de esas mismas visiones dominantes, según el decir del mismo Fernand Braudel, accede entonces a los espacios de la genuina historia *crítica*, siempre deslocalizada y diferente, y siempre capaz de rescatar esos pasados vencidos o subterráneos, pero igualmente presentes, que siempre ignora y desdeña dicha historia oficial<sup>45</sup>.

Renovando entonces la historiografía de esas décadas de los años treinta, cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo XX, la corriente francesa de los *Annales* va a modificar, como hemos mencionado, tanto la definición misma del objeto de estudio de dicha ciencia de la historia, como la idea de sus fuentes pertinentes, pero también la de los paradigmas metodológicos en que debe apoyarse el trabajo del historiador, la de las técnicas y métodos que constituyen sus herramientas más habituales, y hasta los temas o campos de estudio susceptibles de investigación por parte de estos mismos practicantes del oficio de historiador.

Y es a partir de estos horizontes específicos que va a desarrollarse en Francia, entre 1929 y 1968, ese claro relevo de la hegemonía historiográfica germano parlante, y la constitución de una segunda hegemonía dentro de los estudios históricos europeos y mundiales,

45. Hemos desarrollado más ampliamente este argumento en nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Between Marx and Braudel: making history, knowing history" en *Review*, vol. XV, núm. 2, Binghamton, 1992.

precisamente en torno de ese proyecto de los *Annales de Historia Económica y Social* y luego de los *Annales. Économías. Sociedades. Civilizaciones*, que serán dirigidos e impulsados durante estos años, sucesiva o combinadamente y según los diversos momentos, por Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel.

Un interesante y radical proyecto de revolución de los estudios históricos entonces vigentes, que al mismo tiempo que establecía y difundía la historiografía francesa como la historiografía *dominante* dentro de Europa y dentro de Occidente, iba también abriendo y/o revolucionando los nuevos campos de la historia cuantitativa y serial, de la historia de las creencias colectivas y de la sensibilidad popular, de la historia económica de los precios, de la tecnología o de las formas del paisaje rural, de la historia demográfica o de la antropología histórica, lo mismo que la historia de la civilización material, de la geografía histórica y hasta de la "geohistoria", o de la historia de la vida cotidiana o de la entera estructura social, entre otras.

Y entonces, desarrollando tanto esos nuevos paradigmas de la historia comparada, global, problemática y de larga duración que hemos referido brevemente como sus originales modelos de interpretación sobre la sociedad feudal, el siglo XVI, las Reformas, o el capitalismo, esta historiografía de matriz francesa y mediterránea pudo determinar, entre 1929 y 1968, las líneas principales de la innovación historiográfica, así como los grandes debates, temas, desarrollos y campos principales de los historiadores de Europa y del mundo occidental.

Por lo cual, en nuestra opinión resulta evidente el hecho de que tampoco sería posible entender los perfiles actuales de los estudios históricos contemporáneos sin considerar todo este conjunto vasto de aportes de esta corriente francesa de los *Annales* durante sus dos primeras etapas de vida, durante los años de la dirección colectiva de Marc Bloch y Lucien Febvre, y luego bajo la conducción de Fernand Braudel, aportes que, a diferencia de la ambigua y hoy ya superada "historia de las mentalidades"

promovida por la tercera generación de esos mismos Annales, hoy son moneda corriente de toda historiografía seria y a la altura de nuestros propios tiempos<sup>46</sup>.

Finalmente, la cuarta etapa del más amplio periplo de la historiografía del siglo XX va a abarcar el período que corre desde la revolución cultural de 1968 hasta la actualidad. Porque los efectos profundos de esta fundamental revolución cultural planetaria de 1968 serán tan fuertes que van a transformar radicalmente todas las formas y los modos de generación y de reproducción de la propia cultura en todas las sociedades con-

46. Lo que explica, desde nuestro punto de vista, el hecho importante de que, a pesar del tiempo y conforme pasan los años, se acrecienta cada vez más el interés de los historiadores de todo el mundo por obras como la de Marc Bloch o la de Fernand Braudel, que continúan traducándose a los más diversos idiomas, y que siguen atrayendo y manteniendo la atención de todo el gremio mundial de los historiadores. Lo que se ilustra, por ejemplo, en el hecho de que existe desde hace más de diez años una "Asociación Marc Bloch" que cuenta con miembros en más de diez países, y que está por lanzar muy pronto una página en Internet. O también, en el hecho de que la figura de Fernand Braudel ha suscitado en los últimos 15 años varios Coloquios Internacionales, entre los cuales destacan las cinco reuniones de las varias Jornadas Braudelianas, celebradas en la ciudad de México, México (Primeras Jornadas Braudelianas), París, Francia (Segundas Jornadas Braudelianas), Savona, Italia (Terceras Jornadas Braudelianas), Waassenar, Holanda (Cuartas Jornadas Braudelianas) y Binghamton, Estados Unidos (Quintas Jornadas Braudelianas). Cfr. sobre la Asociación Marc Bloch, la serie de la revista *Cahiers Marc Bloch*, Paris, Ed. La Boutique de l'Histoire, que publicó 5 números entre 1993 y 1997, y también las actas publicadas de esas Jornadas Braudelianas: *Primeras Jornadas Braudelianas*, Ed. Instituto Mora, México, 1993, *Segundas Jornadas Braudelianas*, Ed. Instituto Mora, México, 1995, *Mediterráneo e capitalismo. Journées Braudéliennes III*, Ed. Società Savonese di Storia Patria, Savona, 1997 y "Braudel and the U.S.: *Interlocuteurs valables?* 5th Journées Braudéliennes", en *Review*, vol. XXIV, núm. 1, 2001. Véase también nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Synchronisation et désynchronisation des mouvements historiques: un essai d'explication braudélienne de la rupture historique de 1989" in *Social Science Information/ Information sur les Sciences Sociales*, vol. 35, núm. 4, Paris, 1996, y el libro *Ensayos Braudelianos*, Ed. Manuel Suárez Editor, Rosario, 2000.

temporáneas del orbe. Y al cambiar de raíz todas las configuraciones culturales van a modificarse igualmente todas las estructuras de los saberes y de las ciencias modernas, tanto naturales como sociales, lo mismo que el entero sistema de las artes y de las humanidades hasta entonces vigente. Y con todo esto, lógicamente, va a modificarse también toda la disciplina o ciencia de la historia, dando fin a esa hegemonía francesa de la corriente de los Annales, e inaugurando una nueva situación para la historia y la historiografía que se ha desplegado entonces durante los últimos siete lustros recién vividos.

\* \* \*

Después de 1968 se cierra entonces el capítulo de la hegemonía historiográfica francesa, y la corriente francesa de los Annales entra en una regresión importante, abandonando los campos de la historia económica y social, para sumergirse en la confesamente ambigua y muy limitada "historia de las mentalidades". Y aunque durante un breve lapso, esa historia de las mentalidades se convertirá en una efímera *moda historiográfica* que alcanzará cierto éxito y difusión fuera de Francia y de Europa, rápidamente comenzará también a ser criticada y superada por la inmensa mayoría de los historiadores serios y críticos de todo el mundo, para dejar de ser practicada en la misma Francia ya desde finales de los años ochenta y claramente durante los años noventa del siglo XX cronológico.

Además, es precisamente esta fecha de 1968 la que va a gestar de manera directa la situación que hoy domina el paisaje historiográfico actual. Porque es durante los últimos siete lustros que va a conformarse el rostro que hoy, en 2004, presentan esos mismos estudios históricos mundiales. Ya que 1968 es efectivamente una fractura definitiva en todas las formas de la *reproducción cultural de la vida moderna*, y con ello una transformación de largo alcance también de lo que es y debe ser todo el universo complejo

del oficio de historiador y de la práctica histórica que lo acompaña. Pues lejos de haber sido una simple y recurrente rebelión o movimiento estudiantil efímero, o una reedición más del eterno conflicto generacional, 1968 se constituye como una verdadera *revolución cultural* y hasta civilizatoria de los principales mecanismos y estructuras de la reproducción cultural de toda la modernidad actual, tal y como lo han diagnosticado hace ya un buen tiempo, autores como Fernand Braudel o Immanuel Wallerstein<sup>47</sup>.

Entonces, después de este “acontecimiento-ruptura” de 1968, se ha creado una nueva e inédita situación, en la que lejos de constituirse una nueva hegemonía historiográfica planetaria, va más bien a desarrollarse un modo nuevo de articulación y de interrelación entre las diversas historiografías nacionales de todo el mundo. Un modo nuevo que ya *no* reproduce el esquema de un centro hegemónico y de múltiples satélites que imitan o siguen, con más o menos independencia pero claramente a dicho centro, sino que ahora se conforma como un esquema *poli-céntrico* mucho menos jerarquizado y mucho más plural y diversificado en cuanto a los espacios de generación y de desarrollo de las innovaciones historiográficas en curso. Un esquema o situación multicéntrica radicalmente diferente a las etapas anteriores de esta historiografía del siglo veinte, que implica que ya no existe una sola historiografía dominante en el mundo, sino más bien toda una serie de *polos fuertes* de esa

47. Sobre la profunda significación de esta revolución cultural de 1968, cfr. Immanuel Wallerstein, “1968: Tesis e Interrogantes”, en *Estudios Sociológicos*, núm. 20, México, 1989, Fernand Braudel, “Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración” en *La Jornada Semanal*, núm. 226, México, octubre de 1993, François Dosse, “Mai 68: les effets de l’histoire sur l’Histoire” en *Cahiers de l’IHTP*, núm. 11, Paris, 1989, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “1968: la gran ruptura” en *La Jornada Semanal*, núm. 225, México, octubre de 1993 y “Repensando los movimientos de 1968”, en el libro *Corrientes, Temas y Autores de la Historiografía del siglo XX*, antes citado.

misma historiografía mundial, junto a varios *polos emergentes*. Y todo ello dentro de un contexto general en el que las más importantes obras de historia de esta época, o los nuevos paradigmas metodológicos de nuestra disciplina, o los nuevos campos, técnicas, métodos, conceptos o teorías de la historia se descubren, inventan, generan y reproducen un poco a todo lo largo y ancho del vasto espacio de esa misma historiografía mundial actual.

Así, en estos comienzos cronológicos del siglo XXI, no existe ya una sola historiografía hegemónica, y dentro de ese panorama de los estudios históricos más contemporáneos, resulta ser tan importante la creativa e innovadora tendencia de la *microstoria* italiana —con sus diversas variantes en el campo de la historia cultural desarrollada por Carlo Ginzburg, o en sus vertientes como historia social, demográfica, económica o de la familia promovidas por Edoardo Grendi o por Giovanni Levi—, como el proyecto esbozado de una cuarta generación de la corriente de los Annales, junto a los varios desarrollos de las tres subramas o líneas que comprende la historiografía socialista británica —nucleadas en torno a las tres revistas que son *Past and Present*, *New Left Review* y *History Workshop*—, o a los trabajos de Immanuel Wallerstein y más en general en torno a la perspectiva del “world-system analysis”, por mencionar solamente los cuatro “polos fuertes” de la historiografía mundial antes evocados.

Pero igualmente importantes son ahora, dentro del mapa general de la historiografía planetaria, los proyectos de varios posibles “polos emergentes” de esta misma historiografía, que si bien no tienen aún una presencia tan difundida y tan fuerte como los polos fuertes antes mencionados, sí parecen contener una riqueza potencial y una dimensión de validez más general que, en el futuro, *podría* llegar a convertirlos, posiblemente, en los eventuales sucesores de esos actuales polos fuertes de los estudios históricos actuales. Polos emergentes o potenciales de la historiografía mundial que incluyen tanto a la antropología histórica rusa y a los llamados “estudios subalternos” hindúes

como a la nueva historia social y conceptual alemanas y a la historia regional latinoamericana<sup>48</sup>. Y todo esto, en un contexto más global en donde están también presentes proyectos como el de la psicohistoria anglosajona, la historia institucional portuguesa, la nueva historiografía china, etc., etc.

De modo que a partir de 1968 se acaba el régimen que tuvo vigencia entre 1870 y 1968 aproximadamente, de conformación con una cierta hegemonía historiográfica dentro de un determinado espacio cultural o nacional, para crearse esta nueva y mucho más igualitaria modalidad de funcionamiento de la historiografía, a cuyo despliegue asistimos dentro de la situación actual. Y dado que hoy nadie es ya exclusivamente hegemónico dentro de la historiografía contemporánea, eso nos convoca a todos por igual a participar en la construcción y afirmación de las distintas formas y figuras de la innovación historiográfica. Lo que, además, se ve facilitado por el hecho de que este policentrismo dentro de la historiografía parece, sin duda, estar acompañado y apoyado en un mucho más vasto e igualmente importante proceso de policentrismo que se daría también dentro de todo el ámbito de la innovación cultural en general. Uno de cuyos reflejos indirectos actuales es la fuerza que ha ganado en los últimos tiempos todo el discurso y todas las discusiones en torno al llamado *multiculturalismo*, en todas sus expresiones posibles.

Por lo demás, este policentrismo historiográfico y también cultural, parece ser solo la proyección, dentro del ámbito de los espacios de la cultura contemporánea, de un proceso todavía más amplio y general, que parece remitirnos a otra más de las significaciones profundas de ese corte simbólico representado por los años de 1968 y 1972-73. Porque después de 1968-1973, se

48. Sobre esta historiografía latinoamericana reciente, cfr. nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Métier d'Historien en Amérique Latine. Assimilation et retentissement d'un texte majeur" en *Cahiers Marc Bloch*, núm. 5, Paris, 1997.

acabó también casi *todo tipo de centralidad exclusiva y dominante* en el seno de las sociedades contemporáneas actuales. Y se acabó de una manera global, que puso en crisis también a muchas de las estructuras y las formas de funcionar de la economía, la política, y la sociedad de las últimas tres décadas.

Pues no es por casualidad que si antes de 1968 era una suerte de consenso incuestionado la idea de que el sujeto social revolucionario por excelencia era la clase obrera, después de 1968, en cambio, florezcan ampliamente los debates acerca del rol de los nuevos movimientos sociales y de los nuevos sujetos y actores sociales, que hoy para nada aceptarían el papel de simples “aliados subordinados” de esa clase obrera, y que incluso reclaman muchas veces un protagonismo y un papel de vanguardia que hubiese sido inimaginable antes de esa ruptura radical de 1968. Y si hace todavía cuarenta años, todo el mundo pensaba que era esa clase obrera la que “iba al paraíso”, ahora todos los nuevos movimientos antisistémicos lo que discuten es cómo organizar de una manera unificada y coherente el vastísimo abanico de grupos, sujetos y movimientos que se orientan claramente en un sentido anticapitalista y revolucionario del orden actual.

Ya que también es claro que antes de 1968 las demandas de tipo económico o político eran predominantes para la organización de las protestas y las luchas diversas enarboladas por los movimientos sociales contestatarios, mientras que ahora esas demandas se han diversificado enormemente, para abarcar también cuestiones de género, de la ecología, de la discriminación étnica y racial, de la paz y de la guerra, de la situación estudiantil y de la educación, lo mismo que de la diversidad sexual o cultural, de los derechos humanos, de los problemas urbanos o territoriales o de las cuestiones de la autonomía y del autogobierno, entre muchas otras. Pues hoy *todos* los niveles de la vida social y de las relaciones humanas han sido revisados y criticados, y todos se han politizado para convertirse en demandas y exigencias de los más diferentes movi-

mientos sociales de contestación antisistémica.

También antes de 1968 sabíamos que había una economía que era dominante en el seno de la economía occidental y en parte mundial, que era la economía norteamericana, pero después de la crucial crisis económica mundial de 1972-73 y de la derrota de Estados Unidos en Vietnam, dicha dominación norteamericana ha comenzado a declinar, lenta pero irrefrenablemente, para pasar también en este ámbito a una nueva situación más policéntrica de feroz competencia entre Japón, Europa occidental y Estados Unidos, por los mercados de todo el mundo y por el dominio geopolítico mundial. Lo que, después del 11 de septiembre de 2001, se ha exacerbado de una manera dramática y evidente para todos.

Pareceríamos entonces, a partir de todos estos elementos señalados, estar entrando a una situación policéntrica en *todos* los ámbitos. Lo que Immanuel Wallerstein ha caracterizado como una situación de *crisis terminal* del actual sistema histórico capitalista, como una clara situación de "bifurcación histórica"<sup>49</sup> que la humanidad entera estaría ahora atravesando y que sería la antesala de un cambio social e histórico tan monumental que estaría provocando por lo tanto la formación de *múltiples nuevos patrones de funcionamiento*, que evidentemente no se darían sólo en la historiografía, y ni siquiera exclusivamente en todo el espacio de la cultura, sino en el del funcionamiento social en su totalidad.

Situación de bifurcación histórica o de fin histórico global del actual capitalismo mundial, que será entonces el contexto general en el que habrán de desarrollarse en el inmediato futuro los estudios históricos contemporáneos. Y ello a partir de las herencias todavía vigentes del marxismo original y de las líneas

49. Sobre este punto cfr. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1996 y también Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein. Crítica del sistema-mundo capitalista*, antes referido.

del marxismo genuinamente crítico, de los aportes de la primera y de la segunda generaciones de la corriente francesa de los Annales, en la confrontación radical y todavía necesaria en contra de la limitada y empobrecida historia positivista, pero también a partir de los descubrimientos e invenciones científicas intelectuales que, ahora mismo, y en todos los rincones de nuestro cada vez más pequeño planeta, están desarrollando y gestando los más serios, creativos y audaces historiadores *críticos* que, por verdadera vocación y de una manera completamente libre y desinteresada, han decidido consagrar parte de sus cotidianos esfuerzos al cultivo y al enriquecimiento de esa inmensa y cada vez más compleja casa gobernada por la Musa Clío.

## LOS APORTES DEL MARXISMO A LA HISTORIOGRAFÍA CRÍTICA DEL SIGLO XX

“Por primera vez se erigía la historia sobre su verdadera base; el hecho palpable, pero totalmente desapercibido hasta entonces, de que el hombre necesita en primer término comer, beber, tener un techo y vestirse, y por lo tanto, trabajar...”

FRIEDRICH ENGELS, “Karl Marx”, 1877

Más allá de los reiterados discursos, siempre renovados y siempre falsos, sobre la muerte del marxismo, o sobre la crisis del pensamiento crítico, o en torno al fin del socialismo y de las utopías, que han vuelto a ser relanzados con cierta fuerza después de la caída del Muro del Berlín en 1989, sigue siendo un hecho incontestable la necesaria y cada vez más urgente presencia, actualización y desarrollo de *perspectivas críticas*, en el plano de la teoría y de los diversos análisis sobre las sociedades contemporáneas de todo el mundo, que sean capaces de abrir caminos y de proponer salidas *alternativas* a este mundo capitalista que continúa aún desarrollándose, y que cada día que pasa se presenta más y más evidentemente como un mundo explotador, opresivo, injusto y discriminador en una escala cada vez más insoportable e intolerable para toda la gente.

Además, y al revisar el paisaje general de las ciencias sociales más contemporáneas, siempre resulta claro que, más allá de estas repetidas declaraciones sobre el fin del marxismo —que ha sido enterrado decenas de veces para reaparecer y resucitar con más fuerza otras tantas ocasiones—, dicho paisaje se encuentra

totalmente influenciado, en lo que se refiere a estas manifestaciones del pensamiento crítico, y a las posiciones siempre más innovadoras y de vanguardia en todos los campos de este análisis múltiple de lo social, por dicha herencia e impronta del marxismo original, y después de las diversas tradiciones de los múltiples marxismos del siglo XX<sup>50</sup>.

Algo que siendo evidente en *todas* las ciencias sociales actuales, se halla igualmente presente dentro del campo de la historiografía contemporánea, es decir de la historiografía que, en sus muy diversas modalidades, se practica hoy en día a lo largo y ancho de todo el planeta. Porque cuando intentamos, de una manera consciente, llevar a cabo un análisis histórico que sea realmente *científico* y verdaderamente *explicativo* y *comprehensivo* de las realidades que investigamos, nos vemos entonces obligados a inscribirnos dentro del horizonte global del pensamiento crítico actual, y con ello dentro de una línea de filiación intelectual que es simplemente incomprensible sin esa raíz fundadora y estructurante que es la perspectiva crítica del marxismo original.

50. Una corriente que ha subrayado con especial énfasis esta dimensión del marxismo como horizonte general del pensamiento crítico contemporáneo, tratando de aplicarlo además de una manera muy creativa y muy radical, ha sido la importante Escuela de Frankfurt. De ahí la extraordinaria *actualidad* y *vigencia* de muchos de sus planteamientos principales. Al respecto, y por mencionar solo algunos de los textos más importantes, cfr. Theodor Adorno, *Minima Moralia*, Ed. Taurus, Madrid, 1987, y *Dialéctica negativa*, Ed. Taurus, Madrid, 1975. También el texto de Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1969, y de Max Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, Ed. Sur, Buenos Aires, 1969, *Teoría crítica*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1974, *Historia, Metafísica y escepticismo*, Ed. Alianza editorial, Madrid, 1982, *Ocaso*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1986, y *Teoría tradicional y teoría crítica*, Ed. Paidós, Barcelona, 2000. Finalmente, también los brillantes trabajos de Walter Benjamin, *El concepto de crítica de arte en el Romanticismo alemán*, Ed. Península, Barcelona, 1988, *El origen del drama barroco alemán*, Ed. Taurus, Madrid, 1990, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Ed. LOM-Universidad Arcis, Santiago de Chile, 1996 e *Iluminaciones*, vols. I, II, III, IV, Ed. Taurus, Madrid, 1998.

Porque cuando rechazamos también abiertamente volver a hacer la historia aburrida, complaciente, cómoda y estéril que todavía hoy practican los historiadores positivistas de todo el planeta, entonces se nos impone de inmediato la necesidad de intentar construir y elaborar una historia *nueva y diferente*, que será también sin duda una *historiografía crítica*. Una historia genuinamente *crítica*, que, en consecuencia, nos remite directamente a esos fundamentos mismos de la historia contemporánea que antes hemos referido, fundamentos que como habíamos establecido antes, se ubican claramente en esas versiones primeras del marxismo original, las cuales al romper con los discursos historiográficos que fueron dominantes durante los tres primeros siglos de la historia de la modernidad capitalista sentaron las bases de *toda* historia crítica posible en la actualidad.

Ya que la historia crítica *no* es un proyecto reciente, ni una preocupación que haya aparecido solo en los últimos tiempos, sino que es, en las *modalidades específicas que hoy presenta*, un proyecto que prácticamente acompaña, desde su propio nacimiento, a los discursos y las formas de hacer historia que hoy podemos llamar estrictamente *contemporáneas*. Formas que habiendo comenzado su desarrollo singular, como ya hemos apuntado, desde la segunda mitad del siglo XIX cronológico, se han desarrollado y complejizado de diferentes maneras, para mantenerse hasta el día de hoy como las específicas formas *vigentes* de hacer historia en la actualidad.

Pues cuando remontamos hacia atrás el hilo del tiempo, a la búsqueda de los orígenes históricos de los tipos de historia que hoy son todavía vigentes en el mundo entero, resulta claro que dichos orígenes se encuentran en esa segunda mitad del siglo XIX cronológico. Ya que es en estas últimas décadas de ese siglo XIX cuando se afirma, como ya lo hemos señalado, por un lado el modelo de la historia positivista que antes mencionamos, y que intenta “copiar” la “exactitud” de las ciencias naturales, promoviendo una historia puramente descriptiva, fáctica, empirista,

especializada y reducida a “narrar los hechos tal y como han acontecido”, mientras que del otro lado se va configurando y difundiendo, también progresivamente, la *primera* versión de la *historia crítica contemporánea*, que es justamente la historia que se encuentra incluida dentro del complejo y más vasto proyecto crítico de Karl Marx.

Así, es claro que ha sido Marx el que ha sentado los fundamentos de la historia crítica, tal y como ahora es posible concebirla, y tal y como ella se ha ido desarrollando a lo largo de los últimos ciento cincuenta años. Ya que no existe duda respecto al hecho de que, después de Marx y apoyándose en mayor o menor medida en el tipo de historia crítica y científica que él ha promovido y establecido, se han ido afirmando, a lo largo de todo el siglo XX y hasta hoy, distintas corrientes, autores y trabajos que, reclamándose abiertamente “marxistas”, han alimentado de manera considerable el acervo de los progresos y de los desarrollos de toda la historiografía del siglo XX. Y entonces, lo mismo los autores de la Escuela de Frankfurt que los del llamado austromarxismo, y hasta los autores de la actual historia socialista británica o de la historiografía crítica neo-marxista del “world-system analysis” (del análisis de los sistemas-mundo), y pasando por los trabajos históricos de las escuelas marxistas polaca, o alemana, o italiana, o latinoamericana, entre muchas otras, son todas distintas manifestaciones y proyectos intelectuales que es necesario inscribir, como ya lo habíamos anotado antes, *dentro* de esa vasta presencia global y dentro de esa herencia todavía viva y poderosa, de esa primera versión de la historiografía crítica, que ha sido la historia defendida y propuesta por el propio Marx.

Y si bien la caída del Muro de Berlín en 1989 ha significado sin duda la muerte de todos esos proyectos de construir mundos “socialistas” dentro de sociedades esencialmente *escasas* —es decir, de sociedades que *carecían* de las condiciones y del grado de desarrollo necesarios, en lo económico, en lo social, en lo po-

lítico, y en lo cultural, para intentar edificar sociedades no capitalistas—, también es claro que eso *no* significa, para nada, el fin del discurso crítico y de la historiografía también crítica marxista, que encuentran en cambio su fundamento, *no* en esas sociedades del socialismo realmente existente que hoy están en proceso de cambios profundos, sino en las contradicciones esenciales mismas del capitalismo, hoy más vivas y apremiantes que nunca, así como en la necesidad todavía vigente y urgente de la necesaria superación histórica de ese mismo capitalismo<sup>51</sup>.

Puesto que si es claro que en donde hay explotación habrá lucha en contra de esa misma explotación y donde hay opresión habrá siempre resistencia, y si es una experiencia reiterada de la historia que la injusticia y la discriminación sociales engendran también ineludiblemente la rebeldía y la sublevación contra dicha discriminación e injusticia, entonces también es evidente que mientras exista capitalismo habrá un *pensamiento crítico*, destinado a explicar su naturaleza destructiva y despótica, y a orientar la reflexión que ilumine la lucha contra ese capitalismo y la búsqueda de las vías concretas de su superación real. Por eso, y en contra de las visiones simplistas y siempre apresuradas de ciertos periodistas y de ciertos politólogos actuales, *el pensamiento crítico sigue más vigente que nunca*, junto a la necesidad y posibilidad de una historia igualmente crítica.

¿Cuáles son, entonces, las lecciones todavía vigentes para una historia aún crítica, derivadas de su versión marxista fundadora y

51. Sobre esta naturaleza específica del fundamento del discurso de Marx, cfr. el libro de Bolívar Echeverría, *El discurso crítico de Marx*, Ed. Era, México, 1986 y también *Definición de la cultura*, Ed. Itaca-UNAM, México, 2001. Sobre la vigencia del marxismo en el pensamiento actual, cfr. nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Para comprender el mundo actual. Una gramática de larga duración*, Ed. Centro Juan Marinello, La Habana, 2003.

originaria? La primera de ellas, en nuestra opinión, se refiere al estatuto mismo de la historia, es decir, a la necesidad de concebir que toda la actividad que desarrollamos, y todos los resultados que vamos concretando, están claramente encaminados hacia la consolidación de un proyecto de construcción de una *ciencia de la historia*. Una ciencia de la historia que, de acuerdo con la noción del mismo Marx, debería abarcar absolutamente *todos* los territorios que hoy están ocupados por las llamadas “ciencias sociales”, y que en la medida en que hacen referencia a los distintos aspectos, actividades, manifestaciones o relaciones sociales construidas por los hombres, en el pasado o en el presente, se engloban igualmente dentro de esa “historia de los hombres” cuyo estudio corresponde justamente a dicha ciencia histórica. Ciencia de la historia que entonces, y concebida en esta vasta dimensión, es para Marx una historia necesariamente *global*, una historia que posee la amplitud misma de lo social-humano en el tiempo, considerado en todas sus expresiones y manifestaciones posibles<sup>52</sup>.

Estatuto *científico* de nuestra disciplina, concebida en esta vasta y englobante definición, que se hace necesario reiterar ahora de nueva cuenta, tanto frente a las minoritarias posicio-

52. Marx será muy enfático en afirmar que *no conoce* más que “una sola ciencia” y que esa ciencia única es la ciencia de la historia. Cfr. su libro *La Ideología Alemana*, Ed. Pueblos Unidos, Buenos Aires, 1973. De ahí, el importantísimo papel que ocupa en su formación el estudio de la historia y de las obras de los historiadores, que hemos tratado de desarrollar en nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “El problema de la historia en la concepción de marx y Engels” en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 45, num. 3, 1983. Y no es por casualidad que, por ejemplo Marc Bloch, coincida en este punto con Marx, al definir la historia como “la ciencia que estudia la obra de los hombres en el tiempo”, en su célebre libro *Apología para la Historia o el Oficio de Historiador*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1996. Sobre estas coincidencias, puede verse también nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Entre Marx y Braudel: hacer la historia, saber la historia” en la revista *Cuadernos Políticos*, núm. 48, México, 1986.

nes postmodernas, que quieren reducir la historia a la condición de simple juego estético, de arte, o de mero ejercicio discursivo, como también frente a las posiciones que pretendiendo “defender” una fantasmal “identidad” dura de la historia, *distinta* de las “identidades” de la sociología, la antropología, la economía, la psicología, etc., terminan reduciéndola también al simple trabajo del coleccionista de antigüedades y del anticuario, del amante de las “cosas del pasado”, erudito y positivista.

Pero si, como Marc Bloch ha repetido, la historia es la ciencia que estudia “la obra de los hombres en el tiempo”, sólo puede hacerlo dentro de esta declarada vocación de constituirse en un determinado y claro proyecto *científico*. Y por lo tanto, asumiendo todo lo que este concepto de “ciencia” implica. Porque una simple descripción o relato *no* es todavía ciencia, como no lo es tampoco cualquier tipo de discurso, o cualquier actividad de mera recolección y clasificación de documentos, de datos y de fechas. En cambio, la idea de ciencia conlleva necesariamente la de la existencia de todo un aparato categorial y conceptual específico, organizado de una determinada manera, a través de modelos y de teorías de orden general, y que busca y recolecta dichos hechos y acontecimientos históricos, para ensamblarlos e insertarlos dentro de explicaciones científicas comprensivas, y dentro de modelos de distinto orden de generalidad, que definen tendencias de comportamiento de los procesos sociales, y regularidades de las líneas evolutivas de las sociedades, a la vez que dotan de sentido y de significación esos mismos sucesos y fenómenos históricos particulares.

Noción fuerte de la historia como verdadera ciencia, que implica entonces que la historia, como cualquier ciencia, se haya ido configurando a partir de diferentes y complejas tradiciones intelectuales, estando atravesada por debates teóricos, epistemológicos y metodológicos, y apoyada en un amplio conjunto de teorías, de paradigmas, de modelos teóricos y de armazones

conceptuales diversas<sup>53</sup>. Lo que desmiente entonces la repetida frase de que “el buen historiador se hace en los archivos”. Porque *nunca* será dentro de los archivos en donde el historiador se pondrá al tanto de esas tradiciones, debates y teorías que conforman el verdadero edificio de su ciencia. Y del mismo modo que el físico va al laboratorio, o el biólogo a la práctica de campo, solo *después* de haber aprendido lo que es, lo que investiga, lo que quiere comprender y resolver la física o la biología, así el buen historiador solo va al archivo *después* de que ha asimilado lo que es y lo que debe ser la historia, y tras haber definido con claridad una problemática historiográfica determinada, desde y con las teorías, la metodología y los conceptos y categorías de su propio oficio.

Y también es claro que, aunque la historia incluye sin duda una cierta dimensión artística y otra dimensión narrativo-discursiva, dimensiones que cuando son conocidas y bien manejadas enriquecen enormemente el trabajo y los resultados del historiador, sin embargo la historia *no* se reduce a ninguna de esas dos dimensiones, que si bien están siempre presentes, no son nunca el elemento o momento *determinante* de la disciplina o ciencia de la historia en su conjunto<sup>54</sup>. Y si la historia no se reduce ni a arte,

53. Y vale la pena insistir en el hecho de que una de las tareas esenciales de la rama de la historia que es la *historia de la historiografía*, es precisamente la de estudiar, analizar y reconstruir esas múltiples tradiciones intelectuales, junto a esos debates, teorías, conceptos, paradigmas y modelos utilizados por los distintos historiadores en el ejercicio cotidiano de su oficio. Tarea que frecuentemente olvidan quienes sólo conciben a esta historiografía como simple recuento de autores y de obras. Sobre este punto cfr. Massimo Mastrogregori, “Il problemi della storia della storiografia”, en *Rivista di storia della storiografia moderna*, año 8, núm. 2–3, 1987, “Storiografia e tradizione storica” en *Passato e Presente*, año 12, núm. 32, 1994, “Storiografia, A.D. 2062” en *Belfagor*, año 54, núm. 323, 1999 y “Liberation from the Past”, en *The European Legacy*, vol. 6, núm. 1, 2001.

54. Sobre esta dimensión *narrativa* del trabajo del historiador vale la pena revisar el trabajo de Paul Ricœur, *Tiempo y narración*, 3 tomos, Ed. Siglo XXI, México, 1995–1996. Sin embargo, es claro que estamos en contra de las derivaciones e interpretaciones *posmodernas* de este libro, y más en general de la

ni a discurso, ni tampoco a la práctica del erudito en los archivos, entonces la investigación histórica misma debería también ajustarse a su condición de verdadera ciencia, remontándose más allá de la mera búsqueda y del establecimiento de cronologías y de series de datos, y superando su condición de simple crónica de fechas, lugares y sucesos, que es a lo que la han reducido sistemáticamente esas visiones de la historia positivista que todavía hace falta criticar y superar.

Una segunda lección importante de esta historia científica promovida por Marx, y que sigue manteniendo toda su vigencia hasta el día de hoy, es la de concebir la historia, en todas sus dimensiones, temáticas y problemas abordados, como una historia profundamente *social*. Es decir, que además de estudiar a los individuos, a los grandes personajes de todo tipo y a las élites y clases dominantes, la historia debe investigar también a los grandes grupos sociales, a las masas populares, a las clases sociales mayoritarias y a todo el conjunto de los protagonistas hasta hace muy poco “anónimos”, protagonistas y clases y grupos que sin embargo son las verdaderas *fuerzas sociales*, los verdaderos *actores colectivos*, que hacen y construyen la mayor parte del entramado de lo que constituye precisamente la historia<sup>55</sup>.

exageración desmesurada y de la hipostatización de esa dimensión narrativa del trabajo histórico llevada a cabo por esas mismas posturas del posmodernismo en historia. Para una crítica muy aguda de estos puntos de vista posmodernos, cfr. la obra de Carlo Ginzburg, por ejemplo *Tentativas*, Ed. Universidad Michoacana, Morelia, 2003, *A microhistória e outros ensaios*, Ed. Difel, Lisboa, 1989, *Ninguna Isla es una Isla*, Ed. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003 y *Rapporti di forza. Storia, retorica e prova*, Ed. Feltrinelli, Milan, 2000. Véase también el ensayo de Immanuel Wallerstein, “La escritura de la historia” en la revista *Contrahistorias*, núm. 2, México, 2004.

55. Vale la pena insistir en el hecho de que prácticamente *todas* las corrientes historiográficas importantes del siglo XX cronológico, con la única excepción del anacrónico positivismo y de su variante historicista, podrían muy bien ser clasificadas como diversas vertientes o caminos de exploración de este vasto

Ya que es justamente a Marx, a quien debemos la *incorporación sistemática* de las clases populares como verdaderos protagonistas de la historia, al habernos ilustrado como han sido los esclavos y las comunidades arcaicas, lo mismo que los siervos, los obreros, los campesinos y los grupos sociales explotados y sometidos, los que en gran medida “han hecho la historia”. Clases sociales sometidas, que involucradas dentro de un conflicto social o lucha de clases que atraviesa una gran parte de la historia humana, —y en particular, aquella que ha comenzado tras los múltiples procesos de disolución de las muy diversas y variadas formas de la comunidad, que están en el punto de partida de *todas* las sociedades humanas<sup>56</sup>—, han ido tejiendo con su trabajo cotidiano y con su actividad social permanente, pero también con sus luchas y con sus acciones de resistencia y de transformación, el específico tejido de lo que en términos concretos ha sido y es justamente la historia humana.

Y es claro que *no* hay historia científica o crítica posible, que no tome en cuenta, por ejemplo, las formas de la cultura popular, o

universo de la historia *social*. Historia social que se ha pluralizado y diversificado tanto en los últimos cien años, que el término mismo ha terminado por perder un sentido mínimamente preciso. Con lo cual, el problema *no está* en saber que tal corriente promueve o defiende la historia social —lo que hacen lo mismo los Annales, que la historiografía socialista británica, que la microhistoria italiana, o casi cualquier historiografía seria del planeta—, sino en saber *cómo concibe* cada autor o corriente o tendencia dicho término de esa *historia social*. A título de meros ejemplos de esta problemática, cfr. Raphael Samuel, (Editor) *Historia popular y teoría socialista*, Ed. Crítica, Barcelona, 1984, Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Ed. Ariel, Barcelona, Eduardo Grendi, “Microanálisis e storia sociale” en *Quaderni Storici*, num. 35, 1975 y todo el número especial de la revista *Historia Social*, num. 10, Valencia, 1991, titulado “Dos décadas de historia social”.

56. Sobre este problema cfr. el texto de Karl Marx, *Formas que preceden a la producción capitalista*, Ed. Pasado y Presente, México, 1976 y *El porvenir de la comuna rural rusa*, Ed. Pasado y Presente, México, 1980. También Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La comuna rural de tipo germánico” en *Boletín de Antropología Americana*, num. 17, México, 1988.

los grandes movimientos sociales, las expresiones de la lucha de clases o los grandes intereses económicos colectivos, lo mismo que a las grandes corrientes de las creencias colectivas o a los diversos contextos y condicionamientos sociales generales de cualquier proceso, fenómeno o hecho histórico analizado.

Lo que no implica, ni mucho menos, que dejemos de estudiar a los individuos, a los grandes personajes, o a las élites, pero sí en cambio modifica de raíz el enfoque tradicional desde el cual han sido, y son aún a veces abordados, estos grupos o clases minoritarias y estos individuos. Porque todo individuo es *fruto* de sus condiciones sociales, y son estas últimas las que determinan siempre los límites generales de sus acciones diversas. Y si bien su propia acción es un vector que puede influir en el cambio de estas mismas circunstancias, lo es solo dentro de los márgenes que fijan las tendencias, una vez más sociales, de la evolución específica que vive esa sociedad determinada en esa época o momento también particular<sup>57</sup>.

Con lo cual, la historia crítica es social en un doble sentido: en primer lugar en tanto que, para la explicación de cualquier hecho o fenómeno histórico, tiene que involucrar y hacer intervenir a los grandes actores colectivos que antes eran omitidos e ignorados, y que son *siempre* el entorno inmediato obligado, tanto de la formación como de las acciones de cualquier personaje individual. Y en segundo lugar, en el sentido en que también cualquier suceso o situación histórica, se desenvuelve dentro de un determinado y múltiple contexto social

57. Lo que nos remite al complejo problema de la biografía histórica y del papel de los individuos dentro de la historia. Sobre este problema, cfr. Jorge Plejanov, *El papel del individuo en la historia*, Ed. Roca, México, 1978, Maximilien Rubel, *Karl Marx. Ensayo de biografía intelectual*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1970, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, "La biografía como género historiográfico", en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, Ed. Centro Juan Marinello, La Habana, 1999.

general, que lo condiciona y envuelve, fijándole tanto sus límites como sus posibilidades de repercusión determinada. Y parece estar claro que una de las tendencias más marcadas de prácticamente *todas* las corrientes historiográficas que se han desarrollado durante el siglo XX, con la única y obvia excepción de la tendencia positivista de los malos historiadores, ha sido ésta de incorporar a los grandes grupos sociales, a las sensibilidades colectivas, a las masas populares, a las formas de conciencia mayoritarias, y a las clases y movimientos sociales en todas sus expresiones, dentro de los terrenos y de las perspectivas habituales de la historia. Lo que, necesariamente, ha sido acompañado también de esa introducción sistemática de los diversos contextos sociales —políticos, intelectuales, económicos, civilizatorios, etc.— dentro de las explicaciones históricas cotidianas.

Otra lección importante de la historia que Marx ha construido, la tercera, es su dimensión como historia *materialista*. Y no en el sentido vulgar, aunque muchas veces repetido, de que lo “espiritual” sea un simple “reflejo” directo o dependiente de lo material, sino más bien en la línea de que, en general, resulta *imposible* explicar adecuadamente los procesos culturales, las formas de conciencia, los elementos del imaginario social, las figuras de la sensibilidad colectiva, etc., sin considerar también las *condiciones materiales* en que se desenvuelven y apoyan todos esos productos, y todas esas manifestaciones diversas de los fenómenos intelectuales, y de la sensibilidad humana en general.

Porque las ideas no flotan en el aire, separadas de los hombres y de los grupos sociales que las producen, y los productos de la cultura, de la conciencia o de la sensibilidad, solo se hacen vigentes en la medida en que se encarnan y “materializan” en determinadas prácticas, en instituciones, en comportamientos y en realidades totalmente materiales. Lo que, sin embargo, no elimina el hecho de que el tipo de relación específica y concreta que se establece, entre esa dimensión intelectual y sus condicio-

nes materiales de producción y de efectivización, sea un problema *abierto y por establecer*, y que puede abarcar desde la forma de la condensación o la transposición sublimada que a veces se expresa en el arte, hasta la forma del “reflejo invertido” que en ocasiones descubrimos en la religión, y pasando por diversas y complejas variantes como la de la “traducción”, la negación, la simbolización, la construcción de fetiches o las múltiples figuras de una cierta reconstrucción diferente de ese mundo material en el nivel cultural<sup>58</sup>.

Por lo tanto, afirmar que la buena historia crítica debe ser también materialista, solo implica que *no* es posible hacer una historia, por ejemplo, de las llamadas “mentalidades”, sin considerar los contextos sociales, políticos, económicos y generales de esas mismas “mentalidades”. Es decir, que debemos evitar una historia idealista de los fenómenos culturales e intelectuales, como la que ha escrito por ejemplo Philippe Aries. O también una historia puramente logocéntrica, y puramente ocupada del plano discursivo o conceptual, como la que proponen Hyden White y los demás autores que defienden el posmodernismo dentro de los estudios históricos actuales.

En cambio, la buena historia debe estar siempre atenta, cuando se ocupa de esos hechos, fenómenos y procesos del llamado “espíritu humano” —y que nosotros llamaríamos más bien fenó-

58. Está claro que esta relación que existe entre los productos y los fenómenos culturales y las condiciones materiales en que dichos fenómenos o productos se gestan, se encuentra en el centro mismo de todo posible proyecto de una historia cultural seria y genuinamente crítica. Lo que explica los límites y la pobreza enorme de la historia francesa de las mentalidades, la cual *nunca* fue capaz de resolver adecuadamente este problema crucial. Frente a esto, véase en cambio el interesante proyecto de una historia cultural, naturalmente materialista y también crítica, desarrollado en general por Carlo Ginzburg en obras como *El queso y los gusanos* o *Historia Nocturna*, entre otras. Sobre este punto, cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, “El queso y los gusanos: un modelo de historia crítica para el análisis de las culturas subalternas” en *Prohistoria*, núm. 6, Rosario, 2002.

menos de la conciencia y de la sensibilidad sociales—, de las condiciones materiales que acompañan y se imbrican con dichos fenómenos intelectuales, conscientes de que el tipo de relación que se establece entre ambas esferas, la material y la “espiritual”, es un problema abierto y por investigar y redefinir en cada caso concreto, pero seguros a la vez de que *sin* esas condiciones materiales, no es realmente comprensible la naturaleza profunda y el sentido esencial de todos esos fenómenos de la mente y de la economía psíquica de los individuos y de las sociedades.

Y es precisamente este error, el de ignorar la importancia de esa base material y de ese conjunto de condiciones reales, el que reencontramos no solo en muchas de las versiones de la historia de las “mentalidades” antes referida, sino también en múltiples historias de la religión, del arte, de la literatura, de la cultura y de las ideas, que prosperan dentro del gremio de los seguidores de Clío. E incluso, y muy frecuentemente, en muchas de las historias predominantemente políticas que han escrito los historiadores positivistas de América Latina y de Europa, historias donde también ese nivel de lo político parece “cerrarse sobre sí mismo” y ser totalmente *autosuficiente*, y en donde se ignoran por completo también las condiciones sociales reales y las condiciones materiales de esos procesos políticos que se estudian.

La cuarta posible lección derivada de los trabajos de Karl Marx, para una historia genuinamente crítica, es la relevancia fundamental que tienen, dentro de los procesos sociales globales, los *hechos económicos*. Una lección marxista que quizá sea la más vulgarizada y la más mal interpretada de todas, por parte tanto de los historiadores, como incluso de una gran mayoría de los científicos sociales. Y ello, debido a la amplia difusión e influencia importante del marxismo *vulgar* en prácticamente todo el mundo, y a lo largo de casi todo el siglo XX cronológico. Porque esta lección *no* implica, ni mucho menos, que todos los fenómenos sociales deban “reducirse” a la base económica, ni que la economía sea la “esencia” oculta o el “espíritu profundo” es-

condido de todo lo social, sino simplemente —¡simplemente!— que, en la historia que los hombres han recorrido y construido desde su origen como especie y hasta el día de hoy, los *hechos y las estructuras económicas* han ocupado y ocupan todavía un rol que posee una *centralidad* y una relevancia fundamentales innegables. Lo que significa que dichos *procesos sociales globales* son incomprendibles sin la consideración de las evoluciones y la naturaleza determinada de esa dimensión económica, pero no significa, en cambio, que debemos buscar cuál es, por ejemplo, “la base económica de la pintura de Picasso”, o la “estructura económica en que se apoya esa ‘superestructura’ que ha sido el arte surrealista”, lo que es a todas luces una empresa ridícula y sin sentido, a pesar de haber sido alguna vez planteada por los marxistas vulgares de Francia en la primera mitad del siglo XX”.

Reconociendo entonces esta centralidad de lo económico para la interpretación de los procesos sociales históricos globales, el buen historiador crítico sabe también que la relación específica que esos fenómenos económicos pueden tener, o pueden *no* tener con otros hechos y realidades sociales, es igualmente un problema *abierto* y por definir en cada caso concreto, y cuyo

59. Felizmente, y en contra de esas simplificaciones de este aporte importante de Marx, siempre ha habido autores inteligentes que, manteniendo su perspectiva marxista crítica, han desarrollado muy interesantes análisis de los muy diversos problemas de la cultura humana y del arte, del fenómeno de la ciudad, del estudio de la vida cotidiana, del papel de la tradiciones o del rol de la religión, entre muchos otros. Nos referimos, por ejemplo, y solo para aludir a aquellos marxistas pereteneientes a las tradiciones del mejor *marxismo crítico* del siglo XX que han abordado estos temas enlistados, a las obras y trabajos de Georg Lukács en el campo de la estética y de la historia literaria, de Henri Lefebvre sobre lo rural y lo urbano o sobre la cotidianidad, o de Edward Palmer Thompson, sobre la formación de la clase obrera inglesa. Un ensayo de reconstrucción de la compleja visión de Marx sobre, por ejemplo, la sociedad europea medieval, que está lejos de reducir todo a esas visiones economicistas mencionadas, lo hemos intentado en nuestro artículo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “El modo de producción feudal” en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 48, núm. 1, 1986.

abánico de respuestas abarca, lo mismo la opción de que *no existe* ningún vínculo, o de que no existe un vínculo *directo*, y por lo tanto la conexión se da sólo a través de complejas e indirectas mediaciones de *otros* niveles y relaciones, hasta la posibilidad de relaciones claras y evidentes de determinación directa de ese mismo nivel económico, y pasando nuevamente por vínculos de dependencia, o de condicionamiento sólo general, de encuadramiento, de limitación indirecta, o de muy diversos matices de influencias de mayor o de menor peso específico.

Y puesto que ha sido Marx el primero en rescatar de manera sistemática esta centralidad de lo económico dentro del proceso histórico global, es lógico que sea también él el *fundador* de la rama de los estudios de *historia económica* dentro del tronco mayor de la historiografía contemporánea. Rama que, desde el autor de *El capital* y hasta hoy, ha tenido una buena parte de sus más importantes representantes, precisamente dentro de las distintas corrientes y expresiones de los múltiples “marxismos” que llenan la historia y también la historiografía del siglo XX, y que una vez más, abarcan desde las finas y elaboradas versiones del marxismo de Marx y de algunos de los marxismos críticos posteriores —como es el caso de algunos de los trabajos que, con cierta flexibilidad, podríamos calificar de obras de “historia económica”, escritos por Lenin, por Rosa Luxemburg o por Henry Grossman, entre otros<sup>60</sup>—, hasta las variantes simplifica-

60. Nos referimos a los trabajos de Vladimir Ilich Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Ed. Estudio, Buenos Aires, 1973, Rosa Luxemburg, *Introducción a la historia económica*, Ed. Pasado y Presente, México, 1976, y Henryk Grossman, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Ed. Siglo XXI, México, 1979. Para un planteamiento adecuado de esta compleja relación entre los hechos económicos y otras dimensiones de la vida social, cfr. Bolívar Echeverría, “La forma natural de la reproducción social” en *Cuadernos Políticos*, núm. 41, 1984, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Economía, escasez y sesgo productivista. Desde los epigramas de Marx hasta los apotegmas marxistas” en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 21, México, 1990. Para un desarrollo

das del marxismo vulgar o del marxismo reducido a ideología oficial, en muchos Manuales de la antigua Unión Soviética o de los países del llamado “bloque socialista”.

Una quinta lección importante para el buen historiador es la exigencia de Marx de ser capaces de observar, y luego de explicar, todos los fenómenos investigados “desde el punto de vista de la totalidad”. Lo que quiere decir que debemos cultivar y desarrollar la capacidad de detectar y de descubrir, sistemáticamente y en todo examen de los problemas históricos que abordamos, los diversos vínculos y conexiones que existen entre dicho problema y las sucesivas “totalidades” que lo enmarcan, y que de diferentes modos lo condicionan y hasta sobredeterminan.

Porque *no* existe problema social o histórico que esté aislado y encerrado entre ciertos muros infranqueables, sino que, por el contrario, todo problema histórico y social está siempre inserto en determinadas coordenadas espaciales, temporales y contextuales, que influyen sobre él en distintos grados y medidas, pero siempre de modo eficaz y fundamental. Y entonces, al buen historiador le corresponde ir reconstruyendo, cuidadosamente y de modo articulado, esa inserción de su tema de estudio dentro de las sucesivas totalidades espaciales, temporales y contextuales que lo envuelven y que lo sobredeterminan. Ya que es siempre una pregunta pertinente y esclarecedora, la que plantea por qué tal fenómeno ocurrió en el lugar y en el tiempo específico en el que aconteció y no en ningún otro, desarrollándose además dentro de las particulares circunstancias en que ha acontecido, y en ningunas otras, lo que nos abre justamente al análisis de las diversas influencias y de las conexiones específicas que se esta-

más amplio del punto del papel de Karl Marx como *fundador* de la moderna rama de los estudios de historia económica, cfr. nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La corriente de los Annales y su contribución al desarrollo de la historia económica en Francia”, en el libro *Corrientes, temas y autores de la historiografía contemporánea*, Ed. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2002.

blecen entre esas dimensiones del espacio, del contexto y de la época sobre el singular fenómeno del cual tratamos de dar cuenta.

Pues aunque parezca y quizá sea una obviedad, —que frecuentemente olvidan no obstante los historiadores positivistas—, es claro que no es lo mismo una sociedad capitalista del siglo XX que una del siglo XVI, o que la sociedad china del siglo XIII y la sociedad europea de esa misma época, como tampoco es lo mismo un hecho histórico acontecido en América Latina que otro que sucede en Europa, o en Rusia, o en el sur de África, por mencionar solo algunos ejemplos posibles.

Y si estas coordenadas o “totalidades” más generales que son las del tiempo y el espacio correspondientes a un cierto hecho histórico cualquiera, son siempre relevantes y fundamentales para su adecuada comprensión, también lo son las “totalidades” diversas que constituyen los diferentes contextos que enmarcan e influyen sobre ese hecho histórico. Pues es claro que dichos contextos geográficos, económicos, tecnológicos, étnicos, sociales, políticos, culturales, artísticos, psicológicos, etc., además de *especificar* y volver más *concretas* esas totalidades o coordenadas espaciales y temporales —acotando el espacio como área, región, lugar, país o entorno geográfico *determinado*, y al tiempo como una época, momento, coyuntura, era o periodo igualmente *particularizado*— van también a establecer de manera igualmente concreta todo el nudo de específicas conexiones que tendrá ese hecho o fenómeno histórico investigado con esos diferentes y sucesivos medios contextuales en los que él se despliega.

Por lo cual, como lo ha explicado Jean-Paul Sartre, se impone siempre un proceso de “totalización progresiva” del problema que abordamos, proceso que reconstruye esa inserción dada del tema en esas múltiples y diversas totalidades, que son las que le otorgan su significación y su sentido globales. Reconstruyendo así, una historia “desde el punto de vista de la totalidad”, el historiador que adopta esta lección central de la historiografía

crítica de Marx se instala entonces dentro del terreno de una historia *global o globalizante*, tal y como la han defendido y promovido también, después del propio Marx, los autores de la primera y la segunda generación de la mal llamada “Escuela de los Annales”<sup>61</sup>.

La sexta lección que es posible extraer del pensamiento histórico de Marx es la necesidad de enfocar los problemas de la historia desde una perspectiva *dialéctica*. Una perspectiva que los historiadores del siglo XX han cultivado muy poco en general, a pesar de las ricas y profundas contribuciones que podría implicar el desarrollo, el ejercicio sistemático y la aplicación creativa de este pensamiento y de esta visión *dialécticas* de la historia. Visión dialéctica que nos invita a dejar de ver los hechos históricos como “cosas”, y a la historia misma como un conjunto de realidades muertas, terminadas y disecadas, realidades que además, estarían determinadas en *un* solo sentido, siempre claro y siempre bien establecido. En lugar de esta última visión, tan extendida entre los historiadores positivistas y tradicionales, esta perspectiva dialectizante afirma, por el contrario, que todos los hechos históricos son realidades *vivas y en devenir*, a la vez que elementos de procesos *dinámicos y dialécticos* en los que el resultado está siempre *abierto* y en redefinición constante, a partir de las *contradicciones* inherentes y esenciales que se encuentran

61. Jean Paul Sartre ha definido esta estrategia como un proceso de “totalización progresiva” en su libro *Crítica de la razón dialéctica*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1963. La tesis que postula ser capaz de analizar los distintos problemas que abordamos “desde el punto de vista de la totalidad” fue desarrollada por Karl Marx en su célebre texto de la *Introducción general a la crítica de la economía política. 1857*, Ed. Pasado y Presente, México, 1980. Para un desarrollo agudo de las implicaciones de esta tesis, cfr. Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, Ed. Grijalbo, 1969. Y para la conexión entre esta historia asumida desde el punto de vista de la totalidad y la perspectiva de la historia global de la escuela de Annales, cfr. nuestros libros, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1999 y Fernand Braudel y *las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996.

tanto en esos mismos procesos como en el conjunto de los hechos antes mencionados<sup>62</sup>.

Así, junto a la positividad de cualquier situación o fenómeno de la historia, es necesario también captar su correlativa *negatividad*, mostrando, por ejemplo, junto al carácter hoy dominante del capitalismo, su naturaleza irremediabilmente efímera, y junto a la modernidad burguesa que hoy se enseñorea todavía en el planeta entero, a las múltiples modernidades *alternativas* que la combaten y que se le resisten, negándola permanentemente. Porque para este enfoque dialéctico la realidad histórica es como una manzana que sólo existe si lleva adentro el gusano que la corroe, o como un dulce que al chuparlo tuviese también un sabor amargo y agrio. Lo que explica entonces que, para este punto de vista, todo progreso es al mismo tiempo un cierto retroceso histórico, y todo “documento de cultura es al mismo tiempo un documento de barbarie”, como lo ha afirmado y explicado tan brillantemente Walter Benjamin<sup>63</sup>. Y si la historia es una ciencia que se interesa de manera especial en el estudio del cambio histórico no puede captar adecuadamente a este último si no lo “atrapa” y lo percibe desde su misma cuna, desde las contradicciones y tensiones esenciales que caracterizan cualquier sociedad histórica de las que han existido hasta hoy, tensiones y contradicciones que se reproducen y proyectan de distintas maneras en los diferentes hechos, situaciones y acontecimientos que se suceden en esas mismas sociedades.

Por eso, en la historia humana que hasta hoy conocemos, los hechos *no* son nunca de un solo sentido, y entonces es la derrota

62. Sobre este punto, cfr. el ensayo de Leo Kofler, *Historia y dialéctica*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1974 y Karl Korsch, *La concepción materialista de la historia y otros ensayos*, Ed. Ariel, Barcelona, 1980, por mencionar solo dos ejemplos de entre muchos otros posibles.

63. En su agudo ensayo, “Sobre el concepto de historia” incluido en el libro, Walter Benjamin, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, citado anteriormente.

la que es la madre del triunfo, y es la guerra la que engendra la paz y a la inversa, y es por eso que “el triunfo de una idea crea siempre a la institución que habrá de darle muerte”, y también es ésta la razón que explica que las sociedades perezcan *no por no haber tenido éxito, sino más bien por haberlo tenido en demasía*. Por ello, sin ninguna duda, frente a la explotación, la opresión, el despotismo y la discriminación, que han estado siempre tan presentes dentro de los procesos de la historia de las sociedades humanas, han existido también, con la misma persistencia y regularidad, la rebeldía, la insubordinación, la resistencia y la lucha de las clases y de los grupos sometidos y explotados, en un acontecer que nos demuestra, con la fuerza de casi una ley, que los vencedores de hoy son sin fallo los derrotados del mañana. Lo que por lo demás es una lección importante, y también muy útil para alimentar las esperanzas de cambio que hoy se afianzan y difunden con tanta fuerza en todo el planeta. Porque es solo al más genuino pensamiento dialéctico al que se le revelan, de manera clara y necesaria, la obligada caducidad de todo lo existente y los límites y la naturaleza siempre efímera de cualquier realidad por él analizada.

Finalmente, una séptima lección del marxismo para la historiografía contemporánea es la de la necesidad de construir siempre una historia profundamente *crítica*<sup>64</sup>. Una historia que, como lo ha desarrollado también Walter Benjamin, se construye siempre “a contrapelo” de los discursos dominantes, a contracorriente de los lugares comunes aceptados y de las interpretaciones simplistas, interpretaciones consagradas sólo a fuerza de repetirse y machacarse tenazmente en todos los niveles de la enseñanza escolar, y por todas las vías de la difusión de la historia hoy existente.

Una “contrahistoria” y una “contramemoria”, como las llamó

64. Sobre este punto cfr. el ensayo de Bolívar Echeverría, “Definición del discurso crítico” en el libro *El discurso crítico de Marx*, antes citado.

Michel Foucault, que *descolocándose* de los emplazamientos habituales de la mala historia y de la historia positivista, rescate todo el haz de los pasados vencidos y silenciados de la historia, desechando las explicaciones lineales y simplistas, y elaborando una historia que sea realmente una historia profunda, compleja y sutil. Una perspectiva crítico-histórica, que sea también capaz de dar cuenta de todos esos fenómenos históricos desde explicaciones multicau-sales y combinadas, que sumando y articulando los varios elementos y dimensiones de dichos fenómenos, terminen por dar cuenta de ellos en toda su específica complejidad<sup>65</sup>.

Historia realmente crítica que, por lo demás, sólo puede construirse desde los criterios que antes hemos enumerado y esbozado. Ya que sólo desde una noción fuerte de ciencia de la historia y de sus implicaciones, es que puede constituirse este discurso crítico historiográfico, el cual tampoco podrá ser más que la ya referida historia social, en la doble acepción tanto de historia de los fenómenos y procesos colectivos y sociales en sentido estricto, como también de historia siempre contextualizada socialmente, aun cuando se ocupe de la élites, los individuos o los personajes singulares. Además, será también, necesariamente, una historia materialista, que reconozca las condiciones materiales de todo fenómeno intelectual, de conciencia o de la sensibilidad, y a la que no escapará nunca la centralidad general de los hechos económicos de la historia. Y será por último, también una historia vista desde el punto de vista de la totalidad, y con perspectiva dialéctica, que recorrerá ágilmente los niveles de la totalización sucesiva del tema investigado, a la vez que disuelve toda positividad o afirmación histórica en su caducidad negativa y en su "lado malo",

65. Hemos intentado desarrollar el modo en que esta tradición de la historia genuinamente *crítica* se hace presente en varios autores de la historiografía francesa del siglo XX, como Marc Bloch, Fernand Braudel y Michel Foucault, en los ensayos incluidos en nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Los Annales y la historiografía francesa*, Ed. Quinto Sol, México, 1996.

para hacer saltar siempre el carácter contradictorio y dialéctico de los problemas que aborda.

Una historia cuyos resultados habrán de oponerse, necesariamente, a los de la historia oficial y positivista hoy dominante, historia que promovida y divulgada desde el poder, se regodea todo el tiempo coleccionando falsos orígenes gloriosos de las naciones, y construyendo gestas heroicas que son siempre deformadoras y hasta falsificadoras de la verdad histórica, cuando no son de plano totalmente mentirosas e inexistentes. Historia oficial y positivista que, en la medida en que “normaliza”, deforma y elimina todos aquellos hechos históricos difíciles, inexplicables, o abiertamente subversivos, que por su propia naturaleza van en contra de sus versiones tersas, lineales, siempre ascendentes y fatalmente legitimadoras del *status quo* actual, se encuentra claramente en las verdaderas antípodas de la historia crítica más reciente, esa historia cuya raíz última y esencial nos remite sin duda, en las circunstancias más contemporáneas, a esos imprescindibles aportes contenidos originalmente en el proyecto teórico de Karl Marx.

\* \* \*

Estos son los rasgos que, descubiertos y teorizados por Marx, constituyen premisas todavía hoy *indispensables de toda historia crítica* posible, más allá de las deformaciones y de los excesos de los muchos marxismos vulgares del siglo XX, y más allá de la crisis irreversible de los proyectos del “socialismo real”, colapsados después de la caída del Muro de Berlín y de la reconversión de la Unión Soviética en la angustiada y complicada Rusia de la última década. Lecciones aún vigentes del marxismo original, del “marxismo de Marx”, para los estudios históricos actuales, que junto a las otras diversas contribuciones que para esa misma historiografía crítica han desarrollado otras tradiciones intelectuales del siglo XX —como la corriente francesa de los Annales o la

moderna microhistoria italiana, entre otras varias—, configuran el moderno paisaje global de lo que son hoy los estudios históricos en todo el planeta.

Un paisaje cuyos perfiles más inmediatos se han definido claramente a partir de esa revolución cultural mundial de larga duración que fue la revolución de 1968, revolución que impactando entre muchas otras cosas, también a la historiografía mundial de aquellos tiempos, desencadenó toda una serie de profundas mutaciones que vale la pena revisar ahora con más detenimiento y cuidado.

## LOS EFECTOS DE 1968 SOBRE LA HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL

Treinta y cinco años después de ese gran “acontecimiento-ruptura” que ha sido el simbólico año de 1968, resulta mucho más fácil tratar de medir y de comprender adecuadamente su verdadera y profunda significación. Porque con la distancia de estos siete lustros transcurridos, es ahora más claro que 1968 es solamente el punto de concentración, y el reflejo más evidente y espectacular, de un momento más amplio de profundos cambios revolucionarios, que recorren prácticamente todo el planeta y que abarcan lo mismo a la gran revolución cultural china desatada en 1966 que al otoño caliente italiano de 1969, pasando obviamente por el célebre mayo francés, la primavera de Praga checoslovaca, la trágica masacre de los estudiantes y de la población mexicana en octubre de 1968, el breve ensayo de insurrección del “cordobazo” argentino o los distintos movimientos de ocupación de instalaciones en Nueva York o Berkley en los Estados Unidos, entre tantos y tantos otros<sup>66</sup>.

66. Sobre la caracterización *general* de este movimiento cfr. Immanuel Wallerstein, “1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes”, en revista *Estudios Sociológicos*, num. 20, México, 1989 y también Giovanni Arrighi, Terence Hopkins e Immanuel Wallerstein, “1989, the continuation of 1968” en

Porque hoy resulta claro que el parteaguas fundamental de 1968 se ha desplegado en escala *mundial*. Y también es claro ahora que más allá de sus múltiples y muy diversas formas de manifestación en los distintos puntos del globo, asociadas obviamente a las particularidades históricas de cada región, nación o espacio respectivo, el movimiento de 1968 es, en el fondo, una verdadera *revolución cultural*. Y así, lo mismo es sus epicentros más representativos y característicos que en todo el conjunto de los lugares y espacios de su múltiple irrupción, la fractura histórica de 1968 se manifiesta siempre doblemente, como un proceso cuya explicación *nunca* se agota solamente a partir de los datos de la situación *local* correspondiente —remitiéndonos entonces a su dimensión universal y planetaria—, y también como una transformación que, sea cual sea la suerte política o el destino inmediato y mediato de sus protagonistas directos, tanto individuales como colectivos, termina siempre por trastocar *radicalmente* y sin vuelta atrás posible los modos de funcionamiento y de reproducción de las estructuras culturales principales a las que impugna y cuestiona<sup>67</sup>.

Readaptándose entonces a las condiciones del mundo capitalista desarrollado, como en el movimiento del mayo francés, o a las encrucijadas principales de los distintos proyectos de las sociedades del socialismo real, como en el caso de la revolución cultural china y luego de la trágica primavera de Praga, o final-

*Review*, vol. XV, núm. 2, Binghamton, 1992.

67. Al respecto cfr. Immanuel Wallerstein, "1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes" recién citado, Fernand Braudel, "Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración" en *La Jornada Semanal*, núm. 226, México, 10 de octubre de 1993, y "La troisième partie de l'identité de la France: La France dans sa plus haute et plus brillante histoire" en *Les écrits de Fernand Braudel. Les ambitions de l'histoire*, Editions de Fallois, París, 1997, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, "1968: la gran ruptura" en el libro *Breves ensayos críticos*, Ed. Universidad Michoacana, Morelia, 2000.

mente, a las peculiaridades de los contextos de los países del tercer mundo y subdesarrollados, como la experiencia del movimiento estudiantil-popular mexicano, la revolución de 1968 “recorre verdaderamente el mundo”, para anticipar la crisis económica mundial desatada en 1972-1973, para generar el nacimiento o el relanzamiento de los nuevos movimientos sociales desplegados en los últimos treinta años, para construir las condiciones de emergencia de las “nuevas izquierdas” revolucionarias y para hacer posible, finalmente, la renovación total y completa de la esfera cultural de las sociedades modernas del mundo entero.

Ya que si nos preguntamos acerca de los trazos *comunes* que comparten todos esos movimientos y revueltas que en todo el planeta han protagonizado y representado el espíritu de la protesta y de la oposición al sistema durante los años de 1966 a 1969, será fácil reconocer que en todos ellos, y más allá de la diversidad de sus circunstancias concretas, lo que se pone en cuestión y se intenta cambiar es sobre todo la lógica del funcionamiento y el modo mismo de expresión de las *formas dominantes de la cultura* entonces vigente. Con lo cual, parece haber una especie de trama única y secreta que vincula y conecta a través de sus múltiples hilos la impugnación radical de la cultura antidemocrática, autoritaria, jerárquica y sorda a los reclamos de la sociedad civil de todos los países del llamado “tercer mundo”, y a la crítica también demoledora y total de la cultura consumista, alienante, estandarizada, superficial y también extremadamente rígida del mundo capitalista desarrollado, con la crítica vigorosa y enérgica de la “falsa cultura socialista” o de la cultura oficial anquilosada del entonces llamado mundo socialista. Una triple vertiente de esta revolución cultural de 1968, que si bien se ha focalizado en los epicentros evidentes de la ciudad de México, de París, de Pekín y de Praga, se ha manifestado igualmente a lo largo y ancho de los distintos países y de los

distintos continentes de todo el globo<sup>68</sup>.

Y en todos ellos, poniendo en el centro de su impugnación ese plano ya mencionado de la cultura contemporánea. Pues si 1968 no es un simple cambio menor o una simple mutación, sino una *verdadera revolución*, y si dicha revolución es sobre todo de orden *cultural*, entonces es lógico que lo que ha cambiado después de 1968 sea sobre todo la naturaleza y la función esencial de las tres instituciones principales dentro de las cuales se produce, genera, mantiene y reproduce dicha cultura moderna, es decir las instituciones de la familia, de la escuela y de los medios de comunicación. Y es justamente aquí, en el seno de estos tres aparatos de la reproducción cultural contemporánea, en donde la huella del paso de la revolución de 1968 se ha impreso de manera definitiva, marcando en la historia de estos tres espacios un claro antes y un después.

Pues viendo una vez más el problema desde una perspectiva mundial y de largo aliento temporal, es claro que la familia que existió en todo el mundo hasta los años cincuenta del siglo veinte tiene poco que ver con la familia que hoy conocemos. Y no solo porque con la revolución creada por la invención de la píldora anticonceptiva se descubrió un método de control y de planificación del tamaño de la familia y del momento deseado de su construcción, sino también por el hecho de que entre la familia de hace treinta y cinco años y la actual, están de por medio todas las conquistas y los avances del moderno movimiento feminista, y

68. Sobre esta difusión y solo para el caso de Francia véase el mapa reproducido en el núm. 264 de los *Dossiers et Documents* de *Le Monde*, de abril de 1998, pág. 5. También el capítulo primero del libro de Christine Faure, *Mai 68. Jour et nuit*, Ed. Gallimard, Paris, 1998. Aunque los mejores trabajos recientes sobre el 68 comienzan haciendo casi siempre el repaso de los principales puntos del estallido del movimiento en el mundo, muy pocos se preguntan acerca de las causas profundas de esa simultaneidad planetaria. Y es esa la idea que aquí intentamos subrayar, y que ha sido especialmente abordada por Immanuel Wallerstein en sus ensayos ya citados.

también todos los efectos, a veces más sutiles e indirectos pero no menos efectivos, de la difusión del psicoanálisis y de la antipsiquiatría contemporáneas.

Progresos radicales de la célula familiar, desencadenados por el auge de esos movimientos sociales post-68 que son el feminismo y la antipsiquiatría, que se han expresado tanto en las exploraciones de la generación de los años setenta de *nuevas* formas de organización de la familia —desde las célebres “comunidades” de los movimientos hippies hasta los experimentos feministas de la maternidad exclusiva sin padres varones—, como en el aumento espectacular de la tasa de divorcios en todo el mundo, igual que en la ahora cotidiana evocación de la “crisis de la pareja”, pero también en el desarrollo generalizado de los “derechos y deberes de los niños”, en el cambio total del rol social y familiar de las mujeres, y hasta en la distinta percepción y papel de las generaciones más viejas dentro de ese mismo espacio familiar<sup>69</sup>.

Al mismo tiempo, y secundando esta revolución total del modo de funcionamiento del núcleo familiar, también van a mutar completamente las estructuras internas del aparato escolar. Pues los estudiantes que escribían sobre los muros la consigna: “Profesores, ustedes son viejos... y su cultura también” lo que impugnaban centralmente era un claro *esquema de transmisión*

69. Sobre este punto cfr. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Ed. Crítica, Barcelona, 1996. Sin embargo, aunque Hobsbawm refiere varios de estos cambios, su evaluación del movimiento de 1968 es completamente distinta de la que aquí desarrollamos. En cualquier caso, en nuestra opinión, la “revolución cultural” que él intenta explicar como un proceso más lento y gradual, correspondiente a todo el período 1945-1990, proceso que sería paralelo a la “revolución social” de estos mismos años, *desdibuja* finalmente el sentido radical de la ruptura de 1968, la cual en este análisis es reducida casi al rango de algo anecdótico o poco relevante. Para otra evaluación de este mismo período 1945-1990, que al contrario, subraya especialmente y con fuerza ese punto de quiebre fundamental de los años 1967-1973, cfr. el libro coordinado por Terence Hopkins e Immanuel Wallerstein, *The Age of transition. Trajectory of the world-system 1945-2025*, Ed. Zed Books, Londres, 1996.

*del saber*, esquema de relaciones jerárquicas y completamente verticales en donde el maestro se asume como el único depositario del saber, recreando la supuesta verdad de la sentencia *Magister dixit*, mientras que los estudiantes son considerados solo receptores *pasivos*, que escuchan, reciben y aprenden, sin reaccionar o interactuar de manera más activa con dichos maestros. Una escuela que funciona entonces reproduciendo un esquema disciplinario mucho más extendido dentro de todo el cuerpo social, y desde las lógicas más tradicionales de ejercicio del saber-poder, cuyo modelo *no* sobrevivirá al choque brutal de 1968<sup>70</sup>. Porque no es casual que después de 1968 florezcan en todo el mundo los grandes debates pedagógicos, que intentan crear *nuevos* modelos de transmisión del saber, que sean capaces justamente de incorporar, de manera activa, participativa, crítica y creativa a los alumnos, haciendo más horizontal su relación con los profesores y renovando las formas tanto de generación como de transmisión de los nuevos conocimientos.

Una revolución de la institución escolar que es simultáneamente un cambio de la “escuela capitalista” y que en los países “socialistas” va a expresarse tanto a través de la impugnación específica de la vieja división entre trabajo manual y trabajo intelectual, y también como crítica y rediscusión del rol social y de la función particular del estrato de los “intelectuales” dentro de la sociedad, como en el doble movimiento de acercar el taller a la escuela y la escuela a la fábrica y al campo.

Modificaciones esenciales en la función y carácter de la escuela y de la familia, que se acompañan finalmente también de un cambio significativo en el papel que a partir de esta fecha van a jugar los medios de comunicación de masas dentro de la socie-

70. Quien mejor ha desmontado, críticamente, esta estructura disciplinaria de la escuela —presente igualmente en la fábrica, los hospitales, las prisiones, el ejército, etc.— es sin duda Michel Foucault, en su libro *Vigilar y castigar*, Ed. Siglo XXI, México 1993.

dad. Porque después de 1968, es evidente que dichos medios de comunicación van a pasar de una situación de presencia más bien marginal y limitada a las clases altas y medias de la sociedad, a una condición en la cual van a convertirse en artículos de consumo ampliamente *popular*, comenzando a jugar el rol de verdaderos *formadores de opinión pública*, y desarrollando nuevas funciones informativas, educativas y generativas de una cultura que eran completamente inexistentes antes del fin de esos años sesenta.

Multiplicando de manera significativa el tiraje de los periódicos y de las revistas de gran circulación, así como la audiencia y capacidad de difusión de la radio, la televisión y el cine, estos medios de comunicación empiezan a competir con la escuela y con la familia en el proceso de transmisión y circulación de todo tipo de información, pero también y más allá en el proceso mismo de formación de las conciencias, de difusión de ciertos modelos de vida y de comportamiento y de definición y establecimiento de complejos patrones culturales de reciente creación y elaboración<sup>71</sup>.

Inciendo de esta manera en esos tres espacios privilegiados de gestación y de reproducción de la cultura que son las escuelas y universidades, los medios de comunicación masiva y la familia, la revolución de 1968 desestructuró al conjunto de las formas vigentes de esa misma cultura contemporánea, cerrando un capítulo importante de dicha historia cultural e inaugurando las formas de organización y de creación de la cultura que se han desarrollado durante los últimos treinta años y hasta la actualidad<sup>72</sup>.

71. Con lo cual, solo van a desplegar hasta el final muchas de las funciones que ya habían sido agudamente analizadas, para los medios de comunicación de su época, por Walter Benjamin, de quien vale la pena consultar varios de sus ensayos incluidos en sus *Oeuvres*, 3 tomos, Ed. Gallimard, Paris, 2000.

72. Solo para el caso francés, y a nivel puramente descriptivo, cfr. el libro de Jean-Pierre Le Goff, *Mai 68. L'héritage impossible*, Ed. La Découverte, Paris,

Y a tono con estos cambios esenciales, se han modificado tanto la configuración de todo el conjunto de los saberes modernos y la totalidad de los distintos paisajes culturales del orbe, como también los procesos de conformación de nuevos sujetos, de nuevos movimientos sociales y de una nueva izquierda. Y todo ello, obviamente, ha terminado por impactar de una manera profunda a los propios perfiles generales de la historiografía contemporánea posterior a 1968, de un modo que vale la pena intentar reconstruir con más detenimiento y atención.

\* \* \*

Dado el enorme anhelo de cambio que se expresó en 1968, y dada la radicalidad de sus formas de manifestación a lo largo y ancho del mundo, no hay duda alguna de que este mismo movimiento significó, para todas las sociedades de aquellos tiempos, una definitiva *irrupción del presente y de su vigencia total*, en el conjunto de las conciencias que lo protagonizaron y que lo presenciaron de cerca. Y dado que en todos los casos, lo que los movimientos del 68 querían transformar era su propio presente, subvirtiendo la realidad alienada o falsificada o autoritaria en que vivían, entonces su despliegue desembocó, necesariamente, en el hecho de poner en el centro de la atención a la *experiencia vivida inmediata*, a los hechos candentes y esenciales de la más viva actualidad.

“Vivir sin tiempo muerto y gozar sin trabas” es otra de las consignas del 68, consigna que expresa de modo enfático esa reasunción y actualización radical del presente, que es propia de todo tiempo de revolución, y que de manera significativa va a impactar a los estudios históricos post-68. Pues desde esta pers-

1998. También los artículos de Michelle Zancarini-Fournel, “Changer la vie. Une histoire sociale des années 68” y el de Francois Dosse “Les mots pour le dire”, ambos incluidos en la revista *Page des libraires*, núm. 50, Paris, feb-mzo. de 1998.

pectiva, resulta claro que es a raíz de esta revolución cultural del segundo lustro de los años sesenta, que el *presente* va a manifestarse con mucha más fuerza dentro de la historiografía, rompiendo con la rígida división entre presente y pasado que antes era aún dominante, e instalando de pleno derecho y en múltiples formas la *actualidad* dentro de los objetos y temas pertinentes y habituales de estudio de la investigación historiográfica. Porque en contra de una visión tradicional y reductora de la historia, que había sobrevivido hasta 1968, y que afirmaba que la historia era solo la ciencia “del pasado”, los últimos treinta y cinco años van a presenciar en cambio la afirmación de una postura que, cada vez más difundida y aceptada, afirma que la historia es la ciencia “de los hombres en el tiempo”, y por lo tanto, ciencia del más absoluto y candente presente, lo mismo que de los muchos y muy diversos pasados ya acontecidos<sup>73</sup>.

Una visión que va a reivindicar también al presente como objeto de estudio de la historia, que no ha sido inventada después de 1968, sino que remonta sus filiaciones más antiguas a toda una tradición crítica y marginal que arranca desde Marx y que se prolonga hasta el día de hoy, pasando por autores como Marc Bloch, Walter Benjamin, Norbert Elias o Fernand Braudel, entre tantos otros. Tradición que ha sido y continua siendo minoritaria, y que sin embargo va a ganar una batalla importante en torno a este punto, como fruto de los efectos de 1968: pues si ya Marx, o la corriente francesa de los Annales o la importante Escuela de Frankfurt, entre muchos otros, habían “reivindicado” al presente como historia, 1968 va en cambio a *legitimarlo de manera definitiva* dentro de la actividad historiográfica, volviéndolo uno de los campos ineludibles de investigación de esa misma actividad.

73. Sobre este punto cfr. Francois Dosse, “Mai 68: les effets de l'Histoire sur l'histoire” en *Cahiers de l'IHTP*, núm. 11, Paris, abril de 1989.

Legitimación e incorporación irreversible del presente en la historiografía que va ha manifestarse de múltiples formas, en los distintos espacios historiográficos nacionales. Por ejemplo, y en primer lugar, en el enorme auge que desde hace siete lustros va a tener la rama y el método de *la historia oral*, de esta historia apoyada en los testimonios directos de los hombres todavía vivos, que es por fuerza una historia del pasado más inmediato y del presente, y en consecuencia de hechos y procesos todavía frescos, recientes, cercanos y muchas veces todavía actuantes y vigentes<sup>74</sup>.

Una historia oral que además, no se reduce simplemente a recabar y utilizar el testimonio directo de los testigos o protagonistas todavía vivos de una cierta realidad histórica cercana o inmediata, sino que también incluye, en sus versiones más radicales, a la intención explícita de “darle voz” a los propios agentes históricos, incorporándolos ahora también como *creadores* de la propia historia escrita de sus experiencias y acciones históricas diversas. Pues dado que, según estas posturas radicales, son las masas y las clases populares las que realmente *hacen* la historia, es entonces lógico y necesario que sean ellas también los que escriban su propia historia, participando activamente en la investigación historiográfica de sus propias experiencias y construyendo directamente, junto a los historiadores, las obras y los resultados principales del quehacer historiográfico. Historia radical del presente y del pasado inmediato, que incorpora y reivindica entonces a una historia oral que va mucho más allá de la simple entrevista o del clásico relato de vida, técnicas que igualmente se han popularizado y

74. Nos referimos a los trabajos clásicos y bien conocidos de Paul Thompson y de Philippe Joutard. En México, esta línea se ha desarrollado por parte del equipo de Historia Oral del Instituto Mora, coordinado por Graciela de Garay. Existe también ya una Asociación Internacional de Historia Oral, con su propia revista particular.

difundido en gran escala, luego de la ruptura de 1968<sup>75</sup>.

Pero también, esta “presentificación” de la historia va a manifestarse dentro de los ambientes académicos de las ciencias sociales, provocando una importante “migración” de los especialistas del presente hacia la historia. Y así, después de 1968, será común que los sociólogos y los científicos políticos, lo mismo que los economistas comiencen a incursionar en la historia, aportando una vez más sus enfoques a la disciplina histórica y ocupándose sobre todo de esos mismos periodos del pasado reciente y del presente, que ahora son legitimados e incorporados por la historiografía de manera más vasta y popular. Igualmente y en esta misma línea, es que se explica la multiplicación de nuevas instituciones académicas que ahora van a ocuparse de esa historia inmediata, instituciones como el *Institut d'Histoire du Temps Present* en Francia, que relanzarán de manera importante el rol de la historia más contemporánea dentro de los estudios históricos, y que se dedicaran de manera importante al rescate de archivos y a la recolección de testimonios y documentos de todos los protagonistas y personajes del propio siglo XX.

\* \* \*

1968 es sobretodo una profunda y estructural revolución cultural. Entonces, al irrumpir con fuerza en el plano de la “cultura” contemporánea y de sus principales mecanismos de reproducción, el movimiento del 68 desestructuró a esta esfera de la totalidad social, movilizando todos los reflectores del drama histórico hacia dichas dimensiones culturales, y abriendo el

75. Cfr. por citar solo un ejemplo, los trabajos del Grupo de la revista *History Workshop*, por ejemplo los libros colectivos *Village life and Labour*, Ed. Routledge and Kegan Paul, Londres, 1975 e *Historia popular y teoría socialista*, Ed. Crítica Grijalbo, Barcelona, 1984.

espacio para el auge evidente que el estudio de la historia de todos estos temas va a tener durante los últimos treinta y cinco años transcurridos.

Con lo cual, no es una casualidad que prácticamente todas las historiografías del mundo occidental —y posiblemente más allá— comiencen, después de 1968, a ocuparse de todo el conjunto de *nuevos temas* cuyo denominador común es el de ser *temas de historia cultural*, los que además van a provocar para su estudio, también una multiplicación importante de nuevos enfoques, conceptos y aproximaciones. Pues es claro que es siempre el espíritu del 68 y de sus múltiples efectos, el que se hace presente tanto en los estudios de la *psicohistory* inglesa como en los múltiples y heterogéneos modelos de la confesamente ambigua *histoire des mentalités* francesa, pero también e igualmente en la *new intellectual history* norteamericana, en la rama de historia cultural de la *microstoria* italiana, en la historia británica de la *popular culture*, o en la *Altsgeschichte* alemana, entre tantas otras expresiones<sup>76</sup>.

Creando entonces un movimiento internacional que aflora simultáneamente en los años setenta en múltiples puntos del planeta, es que los historiadores post-68, se han puesto a investigar los nuevos y hasta entonces casi inexplorados temas de la historia de la familia y de la sexualidad, de la historia de las actitudes ante la muerte o ante la locura, del desciframiento del ri-

76. Nos referimos a todo ese conjunto de obras y de aproximaciones que, desde 1968, han intentado problematizar desde muy diversos ángulos el renglón de la cultura. A título solo de muestra, véanse por ejemplo las reflexiones metodológicas que este movimiento ha suscitado en los textos de Jacques Le Goff, "Las mentalidades: una historia ambigua" en el libro *Hacer la historia*, vol. 3, Ed. Laia, Barcelona, 1980, Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1994, Peter Gay, *Freud for historians*, Oxford University Press, Oxford, 1985, Edward P. Thompson, *The poverty of theory*, Ed. Merlin, Londres, 1978, Robert Darnton, *The kiss of Lamourette. Reflections in cultural history*, Ed. W. W. Norton & Company, Nueva York, 1990, o Alf Lüdtke, *Histoire du quotidien*, Ed. Maison des Sciences de l'Homme, Paris, 1994.

to y del mito del Aquelarre o de la evolución de las costumbres, de la historia de las mujeres y de la imagen del niño en el antiguo régimen, de la cultura popular en la edad moderna y de la cosmovisión de los oprimidos en el siglo XVI, de las tradiciones y el folklore de una clase obrera en formación o de los imaginarios populares en el antiguo régimen francés, entre tantos y tantos de los temas de historia cultural que desde entonces han sido abordados.

Al mismo tiempo, y junto a esta apertura de temas antes poco tratados o simplemente ignorados por la historiografía<sup>77</sup>, va a desarrollarse paralelamente un intenso y también plurifacético trabajo de *reflexión metodológica*, que lo mismo intenta construir las categorías más adecuadas para el estudio y explicación de esas realidades culturales, que crear ambiciosos modelos globales para la interpretación de estos mismos fenómenos del orden cultural. Y entonces, criticando lo mismo las insuficiencias y ambigüedades del concepto francés de las “mentalidades” que el rígido esquema de difuminación siempre en un solo sentido desde la cultura de la élite hacia la cultura popular, que adentrándose en el debate de las complejas relaciones entre folklore, tradición y cultura, o en las posibilidades del método isomórfico en la reconstrucción de afinidades históricas culturales, los practicantes de Clío han pasado, después de 1968, desde la anacrónica y limitada historia de las ideas hacia una nueva y más elaborada historia social de las distintas prácticas culturales, o hacia las más recientes versiones de esa nueva historia de la cultura<sup>78</sup>.

77. Lo que resalta el valor del trabajo pionero de Norbert Elías, en sus obras *El proceso de la civilización* o *La sociedad cortesana*. Sobre este punto, cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Norbert Elías, historiador y crítico de la modernidad” en el libro *Aproximaciones a la modernidad*, Ed. UAM Xochimilco, México, 1997.

78. Dentro del panorama global y más contemporáneo de esta nueva historia cultural destacan por su agudeza y por su audaz carácter innovador las obras de Carlo Ginzburg, por ejemplo, *El queso y los gusanos*, Ed. Océano, México, 1998, *Historia nocturna*, Ed. Muchnick, Barcelona, 1991, *Rapporti di forza. Storia*,

Simultáneamente, y como un complemento casi espontáneo de esta renovación de la agenda de temas de los historiadores, que ahora incorpora de pleno derecho a estos temas culturales, y gracias al desarrollo ya mencionado de esos nuevos enfoques y modelos para su tratamiento y abordaje, se ha dado también una profunda *renovación* en el modo de acercarse a los viejos temas historiográficos, los que desde estas perspectivas post-68, van a ser aprehendidos de una manera radicalmente distinta. Por ejemplo, las viejas y tradicionales historias del movimiento obrero, que concentraban siempre su atención en la historia de los líderes y de las élites obreras, y en el destino político de los movimientos estudiados, y que desde hace tres décadas van a abordar más bien la transformaciones de las costumbres y de la vida cotidiana de las masas obreras a raíz de esos mismos movimientos, preguntándose además sobre los efectos de dichos movimientos sobre la conciencia obrera y sobre sus formas de organización y de trabajo más cotidianas y elementales. O también, en el caso del estudio de los procesos económicos y sociales, como por ejemplo el de la formación de un mercado interno o el del tránsito del mundo feudal al mundo moderno capitalista, procesos que van a dejar de estudiarse como si fuesen solo grandes movimientos impersonales y anónimos, para ser ahora investigados en sus efectos y consecuencias reales sobre las poblaciones campesinas y sobre los estratos urbanos, vistos además en sus singularidades concretas y en el complejo entramado de cambios de valores, actitudes, percepciones y cosmovisiones de todo orden que ellos entrañan<sup>79</sup>.

*retorica, prova*, Ed. Feltrinelli, Milan, 2000, *Ojazos de Madera*, Ed. Península, Barcelona, 2000, *Tentativas*, Ed Universidad Michoacana, Morelia, 2003, y *Ninguna Isla es una Isla*, Ed. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003.

79. En esta línea, son interesantes todos los trabajos producidos por los distintos representantes de la *microstoria* italiana. A título solo de ejemplo cfr. Giovanni Levi, *La herencia inmaterial*, Ed. Nerea, Barcelona, 1990, Maurizio

También después de 1968 se ha colapsado el “sistema de saberes” que se fue construyendo durante la segunda mitad del siglo XIX, y que al ir multiplicando constantemente y afianzando progresivamente a nuevas y nuevas “disciplinas” o ciencias sociales, terminó por establecer como estrategia de aprehensión epistemológica de “lo social”, a ese cúmulo de ámbitos especializados entre sí y supuestamente autónomos, que fueron las diversas ciencias sociales del siglo XX. Distintas ciencias sociales que recortaban a esa compleja unidad de lo social, postulando que dicho recorte *correspondía efectivamente* a la propia realidad, la que entonces nos daba, según esta visión, un objeto económico junto a un campo psicológico, una esfera puramente política y una dimensión exclusivamente social, un ámbito solo geográfico y un espacio reservado para la antropología, y en consecuencia el fundamento necesario para que cada una de estas “ciencias” o “disciplinas” elaborase y reivindicase para sí su propio objeto de estudio, sus técnicas específicas, sus conceptos particulares y sus métodos completamente singulares<sup>80</sup>.

Sin embargo, y a pesar de haberse afirmado como la “episteme” dominante dentro del conocimiento sobre lo social durante el último tercio del siglo XIX y los dos primeros tercios del siglo XX, este sistema de saberes parcelado, autonomizado y basado en la

Griboaudi, *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XXème siècle*, Ed. EHESS, Paris, 1987, Simona Cerutti, *La ville et les métiers*, Ed. EHESS, Paris, 1990, Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, recién citado, y *Pesquisa sobre Piero*, Ed. Muchnick, Barcelona, 1984 y Carlo Ginzburg y Adriano Prosperi, *Giocchi di Paziienza*, Ed. Einaudi, Turin, 1975. Para contextualizar adecuadamente a toda esta corriente de la microhistoria italiana, cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Contribución a la historia de la microhistoria italiana*, Ed. Prohistoria, Rosario, 2003.

80. Cfr. al respecto Immanuel Wallerstein y otros, *Abrir las ciencias sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1996.

especialización mostró rápidamente sus límites epistemológicos, siendo criticado y cuestionado prácticamente por todas las corrientes innovadoras y por todos los pensadores críticos de estos cien años que corren entre 1870 y 1968, aproximadamente<sup>81</sup>. Una crítica reiterada a las limitaciones de este modo de aproximación hacia lo social, que estará también en el centro de las impugnaciones de 1968, ejerciendo sus efectos, sobre todo el conjunto de esas disciplinas sociales y también sobre la propia historiografía<sup>82</sup>.

Pues no es simplemente por azar que después de 1968, van a prosperar y a ponerse de moda en el mundo entero, los proyectos, institutos, perspectivas, centros y enfoques, multi/pluri/trans/interdisciplinarios, los que en su conjunto solo expresan, aún de modo *incipiente y limitado* el verdadero proceso desencadenado desde hace más de tres décadas, proceso que en el fondo marcha hacia la construcción de una nueva configuración del sistema de saberes, hacia una nueva "episteme" dominante para el estudio y aprehensión de la realidad, tanto social como en general<sup>83</sup>.

Nueva situación del saber sobre lo social en proceso de gestación y maduración, que en términos inmediatos y para el

81. Cfr. por citar solo un ejemplo, el caso de la corriente de los Annales y su defensa permanente del paradigma de la historia global. Al respecto véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Los Annales y la historiografía francesa*, Ed. Quinto Sol, México, 1996, *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996 y *Braudel a debate*, Coedición Fondo Editorial Tropykos/Fondo Editorial Buria, Caracas, 1998.

82. La obra que sin duda expresa mejor esta crisis del sistema de los saberes, derivando incluso en algunas de sus aplicaciones hacia la historia es la obra de Michel Foucault, de quien puede verse *Las palabras y las cosas*, Ed. Siglo XXI, México, 1986 y *La arqueología del saber*, Ed. Siglo XXI, México, 1985.

83. Sobre este problema cfr. los trabajos de Immanuel Wallerstein, Boaventura de Sousa Santos, Pauline Rosenau e Isabelle Stengers, así como la bibliografía de Richard Lee, incluidos en el número especial de *Review*, vol XV, núm. 1, Binghamton, 1992.

específico ámbito de la historiografía a redefinido la relación de alianzas y de vínculos de esta última con todas las restantes ciencias sociales. Así, en los últimos siete lustros, hemos pasado claramente de una situación de vínculos acotados y generalmente biunívocos que la historia iba estableciendo en sus diferentes momentos, con la economía, la sociología, la geografía o la demografía, a una nueva situación en que la historia se abre *permanentemente* y sin excepción a *todas* las restantes ciencias sociales, con las que se mezcla y fecunda recíprocamente, en un diálogo múltiple que legitima y concretiza el viejo paradigma de la historia global. Paradigma defendido por Marx y por los marxistas, igual que por los Annales y por toda corriente historiográfica innovadora, que en el fondo apunta, en su sentido último y más radical, hacia la supresión de esas barreras disciplinarias y hacia la constitución de la nueva episteme o sistema de los saberes ya aludida.

Nuevo concierto de muchas voces, de la historia con todas las disciplinas sociales, que se ejemplifica paradigmáticamente con la apertura hacia la antropología, respecto de la cual la historia va a recuperar, después de 1968, prácticamente el conjunto global de sus aportaciones. Pues lo mismo los temas *clásicos* de la antropología, ocupada tradicionalmente en el estudio de las costumbres, de la vida cotidiana, de las relaciones de parentesco o de los mitos, que sus técnicas más características como la encuesta y la observación participante, van a ser retomadas por la historia, la que en los últimos treinta y cinco años se ha convertido lo mismo en historia de la vida cotidiana, que en historia de la familia y de la sexualidad, pero también en historia de la civilización material y de los arquetipos culturales, anexando a sus territorios de investigación a todas esas dimensiones y problemas antes reservadas al examen de los antropólogos. Lo que igualmente se repite en el caso de las técnicas antropológicas antes mencionadas, las que desde el lado de la historia van a reproducirse, como ya hemos referido,

bajo las formas de la historia oral y de la historia construida *con* las mismas clases populares, desde la inmersión absoluta en sus luchas y en su práctica cotidiana y regular.

Pero también la historia va a impregnarse del legado de la antropología al intentar copiar sus métodos principales, interesándose en el análisis directo y minucioso de las experiencias vividas por los distintos personajes históricos y en un acercamiento más estrecho a la dimensión *concreta* de sus objetos analizados, lo mismo que en la aprehensión de las perspectivas y de las “miradas” específicas que hacen posible captar esos problemas del folklore, de la tradición, de las creencias y de las cosmovisiones, a las que está habituada esa misma antropología. Finalmente, readaptando dentro de la historia conceptos y modelos desarrollados dentro de la antropología, como el de la dialéctica macro/micro, el del análisis de las redes sociales, el del estudio de los fenómenos “en situación”, o el de la reconstrucción global de una “descripción densa”, los practicantes de Clío le han dado vida a esa historia antropológica o antropología histórica que tanto éxito y desarrollo han tenido en las últimas décadas recién vividas<sup>84</sup>.

\* \* \*

Al apoyarse de manera central en un *nuevo* sujeto social contestatario, en el sector de los estudiantes, hasta entonces poco protagónico, y que desde la fecha de 1968 se ha manifestado como un sujeto particularmente *activo* dentro de los movimientos antisistémicos, el movimiento de hace tres décadas pu-

84. Dos claros ejemplos de este acercamiento intenso de la historia con la antropología serían tanto el de la historia marxista de E. P. Thompson, como el de la mayoría de los autores de la microhistoria italiana. Sobre el punto cfr. E. P. Thompson, *Historia social y antropología*, Ed. Instituto Mora, México, 1994 y Jacques Revel, (editor), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Coedición Gallimard/Le Seuil, Paris, 1996.

so en cuestión la validez *absoluta* de los grandes modelos generales que habían sido elaborados muchos años atrás, y cuya vigencia total había sido considerada como legítima e incuestionable durante un largo periodo de décadas.

Pero al colocar en todo el mundo, en el centro de los movimientos del 68, a ese nuevo sujeto estudiantil, 1968 ponía a prueba los viejos esquemas del cambio social, desencadenando la crisis universal de las viejas izquierdas, y abriendo el desarrollo múltiple y plural de todos los movimientos sociales y de todas las nuevas izquierdas que llenan el paisaje del mundo de la oposición y de la resistencia anticapitalista de los últimos treinta y cinco años.

De este modo, 1968 es también una ruptura con esos modelos *generales, abstractos, rígidos* y casi siempre *vacíos* que eran defendidos por esa vieja izquierda y que proclamaban que solo la clase obrera era revolucionaria, que solo las demandas económicas y políticas eran legítimas, y que la historia marchaba de manera forzosa y casi automática hacia el socialismo. Pero los distintos movimientos de finales de los sesenta lo que justamente demostraban era que no hay automatismo alguno en la historia y que esta última la *hacen* los hombres, lo que implica que con la complejización del capitalismo también se hacen más complejos y diversos los frentes de combate anticapitalista, y que con la expansión y difusión tanto extensivas como intensivas de la explotación y la opresión capitalistas, deben también multiplicarse y diversificarse los movimientos y los actores de oposición al mismo.

Entonces, con la crisis de la vieja izquierda vino la crisis de esos modelos generales incapaces de aprehender la realidad<sup>85</sup>, a

85. Una crítica pionera y anticipatoria de este trazo post-68 de las ciencias sociales, es la crítica a los modelos *vacíos* y *rígidos* defendidos por la variante correspondiente al marxismo vulgar, manualesco y simplificado que ha sido cultivado por la mayoría de los partidos comunistas en el mundo, y que está

la vez que una exigencia explícita de reintroducir en el análisis el elemento *vivo* de la historia, la dimensión realmente vivida por los actores, y más en general la reivindicación de la necesidad de rescatar, en las ciencias sociales, todo el conjunto de esos elementos *histórico-concretos* que poco a poco habían sido progresivamente evacuados por los analistas sociales, y que habían terminado por convertir dichos modelos en simples ensamblajes de estructuras abstractas, rígidas y completamente vacías de contenido.

Lo que en el campo de la historiografía fue asumido de dos maneras diametralmente opuestas. De un lado, y siguiendo la línea más cómoda pero también más estéril, a través de la posición posmoderna, que frente a esa crisis real de los modelos generales, simplemente optó por *negar* todo modelo general, afirmando que había llegado la época del fin de los “metarrelatos” y de las “grandes construcciones” y desembocando en posturas relativistas y logocéntricas que de plano niegan el carácter científico de la historia, que la reducen a su sola condición discursiva y que representan en el fondo un callejón sin salida para esta misma historiografía<sup>86</sup>.

Del otro lado y en una visión mucho más compleja y difícil, pero también más fructífera, esta crisis de los modelos generales y la concomitante demanda de restituir sus derechos a las dimensiones histórico-concretas, dio nacimiento a todos esos múltiples esfuerzos que, después de 1968, pasaron de la historia de las estructuras a la historia de los actores, de la historia de las rea-

contenida en la obra de Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1963.

86. Es el caso de obras que, más allá de una rebuscada y artificial complejidad argumental, asumen finalmente esta posición posmoderna en historia como en el trabajo de Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire*, Editions du Seuil, Paris, 1978 y de Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, Ed. Universidad Iberoamericana, México, 1985.

lidades económicas y sociales a la historia de la subjetividad y de las percepciones culturales, de la historia del poder a la historia de las resistencias y de la insubordinación, de las historias generales a las historias locales y regionales, de los procesos macrohistóricos a los universos microhistóricos, de la historia de las leyes y las normas a la historia de los casos individuales atípicos y de las desviaciones, y de la historia de los grupos establecidos y centrales a la historia de las minorías, de los marginales y de los pequeños grupos.

Un movimiento plurifacético y complejo de muchas y muy distintas aristas cuyo sentido general no es el de renunciar a los modelos generales y a la macrohistoria, sino más bien el de volver a nivelar la balanza del análisis histórico, reintroduciendo junto a estas coordenadas estructurales y más universales de la historia, también a todo ese conjunto de dimensiones histórico-concretas, y de niveles y realidades complementarias de dichas coordenadas. Así, restituyendo las distintas dialécticas de lo general/particular, macro/micro, estructuras/actores, economía/cultura, poder/resistencias, global/regional-local, normas/casos y centros/márgenes, los historiadores post-68 han recomplejizado una vez más el oficio de historiador, reintroduciendo de nueva cuenta el rol activo y creador de los sujetos históricos en la construcción de su propia historia. Con lo cual se hacen eco y dan otra vez sentido a esa consigna del 68, aparentemente paradójica, pero completamente realizable que recomendaba sabiamente: "seamos realistas, exijamos lo imposible".

\* \* \*

Junto a estos cambios mencionados y de una manera más general, 1968 ha cambiado también el *modo mismo de funcionar y de interconectarse entre sí* del conjunto de las historiografías nacionales, incorporadas más globalmente dentro del cosmos de lo que podríamos llamar la historiografía occidental. Pues si

analizamos desde una perspectiva de larga duración el entero periplo de la curva de la historiografía contemporánea, de esa historiografía que arranca claramente con Marx en la segunda mitad del siglo XIX y que se despliega hasta el día de hoy, nos llamará de inmediato la atención el cambio producido una vez más por la ruptura profunda de 1968<sup>87</sup>.

Porque antes de 1968, los estudios históricos han funcionado claramente bajo el esquema de constituir siempre un *centro hegemónico historiográfico*, un espacio nacional o regional en el que nueve de cada diez veces se generan y se producen las más importantes innovaciones historiográficas en curso, escenificándose los grandes debates históricos de la época y escribiéndose las que más adelante serán las obras “clásicas” de la historiografía en ese mismo periodo. Y así, es claro que entre 1870 y 1930 ha sido la historiografía germanoparlante, alemana y austríaca, la que ha jugado ese rol de líder dentro del paisaje historiográfico del mundo occidental, construyendo el “modelo dominante a imitar” por parte de las restantes historiografías de Europa y del mundo, e instituyendo el entonces célebre “viaje a Alemania” como una actividad obligada en la formación de todo historiador que pretendiera estar a la altura real de las exigencias del oficio en esos años de fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

Un claro modelo de funcionamiento de un centro hegemónico en la historiografía, rodeado de múltiples espacios historiográficos que giran en torno a él, y que legitiman y reproducen dicha hegemonía al reconstruir a su manera las propuestas metodológicas, los modelos de investigación y los nuevos campos problemáticos que ese centro genera. Un modelo que entre 1930 y 1968 ha ubicado dicha dominación dentro del hexágono francés, dándole a Francia el cuasimonopolio en el descubrimiento

87. Cfr. sobre este punto Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Tesis sobre el itinerario de la historiografía del siglo XX. Una visión desde la larga duración”, en *El Correo del Maestro*, núm. 22, México, marzo de 1998.

e invención de los nuevos paradigmas, conceptos, problemas, y desarrollos de la historiografía de esas cuatro décadas intermedias del siglo XX cronológico. Modo asimétrico de funcionar del conjunto de las historiografías nacionales del mundo occidental, que se rompe igualmente a consecuencia de los profundos cambios aportados por la revolución cultural de 1968.

Pues si, siguiendo ese recorrido de la curva entera de historiografía contemporánea, nos preguntamos quién ha sucedido a Francia, después de 1968, en ese puesto de comando y de dominación de los estudios históricos occidentales, nos daremos cuenta de que *no* existe dicho sucesor, pues también ha cambiado en estos últimos treinta y cinco años el modo de interconectarse de las historiografías nacionales. Y entonces ahora, *no existe más un centro hegemónico* dentro del panorama occidental y mundial, pues la innovación historiográfica se genera y se procesa hoy en día, y desde hace ya seis lustros, a todo lo largo y ancho del tejido de esa misma historiografía planetaria. Con lo cual, en las más de tres décadas posteriores a 1968, van a ser tan importantes los terceros y los cuartos Annales franceses o las varias ramas de la microhistoria italiana, como los representantes de la nueva historia radical norteamericana o la nueva historia social alemana, pasando entre muchas otras, por la reciente historia institucional portuguesa, la renovada historia regional latinoamericana, la antropología histórica rusa o las varias corrientes de la historia marxista británica.

Múltiples expresiones de la renovación historiográfica post-68, ahora presente en todas partes, que solo atestiguan acerca de la constitución de una novedosa e inédita situación, caracterizada por el *policentrismo en la innovación historiográfica* y por la *pluralidad de alternativas de desarrollo* de la investigación histórica, trazos ambos que definen centralmente a la nueva modalidad de funcionamiento y al nuevo modo de interconexión entre las historiografías locales y nacionales del mundo entero.

Situación policéntrica y plural que, por lo demás, no parece ser

exclusiva de la historiografía, y ni siquiera de las ciencias sociales o incluso de la cultura en general de los últimos treinta años, sino que parecería extenderse mucho más allá, para presentarse como uno de los trazos tal vez *generales* de la situación global del capitalismo mundial posterior a 1968.

Pues si abrimos nuevamente nuestra perspectiva de análisis, y desde la historiografía nos remontamos hacia la cultura en general, y más allá a la sociedad en su conjunto, observaremos que esa crisis del modelo construido en torno a una clara *centralidad* de uno de sus elementos es una crisis mucho más extendida y universal, que abarca lo mismo a los movimientos sociales que a sus demandas más tradicionales y consagradas, pero también al modo de articulación de las relaciones económicas internacionales o a las formas de reproducción sociales en su conjunto. Y así, después de los cambios fundamentales de 1968-1972/73 Estados Unidos ha dejado de ser el centro hegemónico de la economía y de la geopolítica mundiales, perdiendo su antigua centralidad para dar paso a una nueva situación más bien *policéntrica*, en la que ahora se enfrentan y combaten por el dominio los distintos bloques económicos transnacionales en proceso de construcción. O también el caso de la clase obrera, que ha dejado de ser el *único* agente revolucionario y centro indisputado de los movimientos sociales antisistémicos, para ser sustituido por una nueva y compleja constelación de nuevos sujetos y movimientos sociales anticapitalistas, tan policéntrica y plural como la multiplicación de los frentes y los espacios de la explotación y de la opresión capitalistas.

Un proceso de paso desde una situación concéntrica hasta una nueva situación de pluralidad policéntrica que se registra también en el nivel de las demandas de esos nuevos movimientos sociales, demandas que han dejado de ser centralmente económicas o políticas para diversificarse y pluralizarse en las distintas demandas feministas, pacifistas, ecologistas, urbanas, antirracistas, étnicas, comunitarias o de las muchas minorías re-

primidas que afloran a la palestra de las luchas sociales después de 1968. O también en el claro movimiento del conjunto de la esfera cultural, en donde la antigua situación de dominación de ciertos patrones culturales o de ciertas culturas dominantes, por ejemplo, en el ámbito artístico, ha terminado para dar paso al florecimiento de expresiones culturales diversas, que coexisten y dialogan por todo el mundo sin claras jerarquías establecidas y sin ningún tipo de exclusión. Y entonces, Europa deja de ser el centro irradiador de la cultura dominante en todo el mundo occidental, en el mismo momento en que la música, la escultura, la pintura y las artes de todas las regiones del mundo se universalizan y difunden por doquier, afirmándose como otras tantas cosmovisiones culturales, alternativas y posibles, dentro de la nueva situación de policentrismo cultural y social.

Movimiento donde los centros decaen, y donde el rol mismo de la centralidad como mecanismo global de funcionamiento social es deslegitimado en sus propios fundamentos, que tal vez está expresando en el fondo la apertura de una nueva y radicalmente distinta situación del capitalismo mundial, que después de 1968-73 habría comenzado a entrar en una clara situación de bifurcación histórica<sup>88</sup>. Situación de bifurcación en la que dejarían de funcionar los mecanismos de estabilización y reproducción del sistema capitalista mundial en su conjunto, anunciando tanto su inevitable fin como la imperiosa necesidad de su mutación y transformación profundas.

Con lo cual, y siguiendo esta aguda hipótesis de Immanuel Wallerstein, podríamos preguntarnos si 1968 no tendría enton-

88. Es ésta la hipótesis planteada por Immanuel Wallerstein en algunos de sus ensayos más recientes. Además de los textos antes mencionados dentro de este capítulo, cfr. también su libro *Después del liberalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1996.

ces, además de su profundo carácter como revolución cultural de alcance planetario y de consecuencias civilizatorias, todavía una nueva y adicional significación suplementaria: es decir, la de haber inaugurado con su propia irrupción esa fase claramente *terminal* de la vida del capitalismo moderno iniciada hace más o menos cinco siglos.

Pero como bien nos lo ha recordado la generación “soixante-huitard” en el mundo entero, la historia no es un proceso automático y de un solo sentido ineluctable, sino que es un proceso que hacemos los propios hombres, quienes con nuestra acción colectiva y nuestras reflexiones ayudamos a decidir sus posibles destinos, de acuerdo a las condiciones de posibilidad de cada momento histórico específico.

Entonces, depende justamente de esas acciones colectivas y de ese trabajo de comprensión intelectual, el que 1968 pueda ser recordado, tal vez en el año de 2068, cien años después de su saludable y benéfica irrupción, como ese momento de umbral que inauguró con su desarrollo, la etapa final del sistema histórico capitalista mundial, y la clara transición hacia un mundo *no capitalista* en el que la explotación económica, la opresión política, y toda forma de discriminación social pasaron a ser solo malos recuerdos de un pasado finalmente superado. Y tal vez ni siquiera haya que esperar hasta ese año 2068 para que esta última y más profunda significación de 1968 pueda ser reconocida por todos. En cualquier caso, 1968 sigue ahí con sus lecciones y efectos principales, para continuar incitándonos, día a día, a que trabajemos activamente para que éste sea el caso.

Mientras tanto, es en este contexto de dicha situación excepcional de una bifurcación histórica en curso, en el que se han desplegado y afirmado las más importantes corrientes de la historiografía mundial que hoy tienen presencia y vigencia dentro de la vasta y universal corporación de los historiadores. Corrientes historiográficas actuales, que en su conjunto nos permiten

delinear varios de los elementos esenciales del mapa global de los estudios históricos mundiales más contemporáneos.

## LA HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL HOY. ELEMENTOS PARA UN BALANCE GLOBAL

“...los intelectuales socialistas deben ocupar un territorio que sea, sin condiciones, suyo: sus propias revistas, sus propios centros teóricos y prácticos; lugares donde nadie trabaje para que le concedan títulos o cátedras, sino para la transformación de la sociedad.”

EDWARD P. THOMPSON, “Entrevista”, 1976.

Situados en estos inicios del tercer milenio cronológico, y dentro del cambiante y conflictivo panorama que presenta la situación global del mundo hoy, puede resultar oportuno preguntarse cuál podría ser la pertinencia y la utilidad general de realizar un intento de balance global de lo que hoy, en el año 2004, son los estudios históricos dentro del vasto espacio del mundo occidental.

Una pregunta compleja que, como toda interrogación complicada, convoca inmediatamente para su solución un conjunto diverso de posibles y múltiples respuestas. Así, en primer lugar, resulta importante reivindicar de nueva cuenta que la historia *no* es ya, ni será nunca más, la “ciencia que estudia el pasado”, alejada y hasta atemorizada preventivamente frente a los hechos y procesos del presente, sino que, por el contrario, esa ciencia histórica se encuentra siempre totalmente atravesada y subsumida en dicho presente, que le dicta tanto sus problemas a investigar y los modos y enfoques para hacerlo, como también y de manera esencial, la reclama para que ella lo ayude a autocomprenderse y a autodiagnosticarse con una perspectiva de una mayor y una más rica densidad temporal.

Entonces, si la historia es también una herramienta de diag-

nóstico y análisis del presente, coherente con su definición de “ciencia de los hombres en el tiempo”<sup>89</sup>, es claro que un balance del estado general que guarda esta herramienta, en la situación actual, debería formar parte de la necesaria y obligada revisión del arsenal cultural con el que cuentan las sociedades actuales para su propia autocomprensión y explicación.

También, en segundo lugar, es pertinente recordar y retomar sobre nuevas bases, radicalmente diferentes, la vieja sentencia de que la historia es “maestra de la vida” (*historia magistra vitae*), lo que conectado al punto antes señalado, que intenta reconstruir y asumir integralmente la conexión profunda e indisoluble entre pasado y presente, nos conduce a considerar el *punto específico* en el que actualmente se encuentra este ejercicio práctico del oficio de historiador, oficio que habiendo mutado completamente en los últimos ciento cincuenta años, ha llegado a constituirse hoy en una actividad que da lugar a los más diversos y encontrados

89. En este punto, resulta obligado recordar las profundas reflexiones de Marc Bloch, no sólo respecto a este objeto de la ciencia histórica, sino también sus agudas críticas a esa imposible distinción entre el presente y el pasado, que intentan cortar brutalmente la conexión esencial entre ambos, a la vez que alejar, falsa y fallidamente, a los historiadores, de esas múltiples conexiones con *su* presente, frente al cual deben definirse, y al que deben investigar y examinar con los mismos ojos con los que estudian el “pasado”, reconociendo además la total inmersión y determinación de sus prácticas, por parte de esa misma realidad social que los circunda. Sobre este punto cfr. Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1996 (se trata de la nueva versión de la *Apologie pour l'histoire*, publicada por Etienne Bloch en 1993 y que es más *explícita* en lo que toca al tratamiento de estos puntos que la antigua versión publicada por Lucien Febvre en 1949). Cfr. también Massimo Mastrogregori, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1998 y también el núm. 26 de la revista *Argumentos*, México, 1997, dedicado al análisis de diversos aspectos de la obra de Marc Bloch. Véanse también los libros de Etienne Bloch, *Marc Bloch 1886-1944. Une biographie impossible*, Ed. Culture & Patrimoine en Limousin, Limousin, 1997 y *Marc Bloch. El historiador en su laboratorio. Testimonios e interpretaciones*, Ed. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003.

*usos sociales*, cumpliendo por lo tanto las más contradictorias funciones y roles sociales posibles<sup>90</sup>.

Entonces, si la historia se ha usado para criticar el poder o para legitimarlo, y si la memoria se ha recuperado tanto para fines conservadores como para afirmar y apoyar la transformación social, también resulta útil tratar de preguntarse sobre las lecciones que esta misma ciencia histórica ha obtenido de estas contradictorias y diferentes experiencias, haciendo entonces el balance de cuáles de ellas son las que realmente corresponden a su naturaleza más esencial como proyecto global realmente *científico*. Y por lo tanto, cuáles de esos “usos” y funciones deben continuar practicándose hoy, y defendiéndose y cultivándose también en el futuro por venir.

En tercer lugar, parece claro que tanto la ciencia histórica, como más en general el conjunto de las ciencias sociales actuales, se encuentran en un claro proceso de redefinición radical. Y ello *no* en el sentido de la tantas veces convocada, pero nunca bien ilustrada ni fundamentada “crisis de la disciplina histórica”, sino

90. Así, la historia se ha usado en el siglo XX tanto para justificar los nacionalismos más imperialistas, belicosos y reaccionarios, como para criticar y denunciar los horrores del holocausto y de la exterminación de los judíos, pasando por la legitimación de los poderes dominantes o por la justificación ideológica de tal o cual sector social, pero también sirviendo como arma de creación de la identidad de movimientos obreros, indígenas o populares, o como instrumento intelectual de deslegitimación crítica de la cultura dominante, de las clases explotadoras, o de las distintas elites políticas, militares, intelectuales, etcétera. De la abundante bibliografía sobre este tema, relativo a las funciones y usos diversos de la historia, mencionemos solamente, Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, Ed. Paidós, Barcelona, 1993; Pierre Vidal-Naquet, *Los judíos, la memoria y el presente*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1996; Carlo Ginzburg, “Sólo un testigo”, en *Historias*, núm. 32, México, 1994; Jean Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, Ed. Siglo XXI, México, 1985; Massimo Mastrogregori, “Storiografia e tradizione storica”, en *Passato e presente*, año 12, núm. 32, 1994; y los dos materiales colectivos *Historia ¿para qué?*, Ed. Siglo XXI, México, 1986, y el núm. 32 de la revista *Ayer*, “Memoria e historia”, Ed. Marcial Pons, Madrid, 1998.

más bien en el sentido de la caducidad evidente de toda una *episteme* organizadora del completo sistema de los saberes humanos, caducidad que al imponer la tarea de la necesaria reorganización y reestructuración total de una nueva episteme para los modos del conocimiento humano, impacta también de modo central al campo tradicionalmente asociado a nuestra propia disciplina o ciencia de la historia<sup>91</sup>.

Redefinición global de los saberes, de las ciencias, de las ciencias sociales y de la historia científica que, en consecuencia, nos conduce también a la necesidad de este balance general de la situación actual y de las tendencias evolutivas principales de dicha ciencia histórica, la cual de manera obvia se encuentra igualmente determinada por este contexto de la actual renovación en curso.

En cuarto lugar, este balance del estado de los estudios históricos hoy es pertinente porque, lejos de ceder a las fáciles tentaciones de los balances “finiseculares” y “finimilenarios” hoy tan a la moda, permite más bien reivindicar la necesaria práctica de estos estudios de autoexamen de la historia como una práctica cotidiana y permanente, práctica que siendo una de las tareas esenciales de la rama denominada “historia de la historiografía” ha sido muy poco y muy desigualmente cultivada dentro de las historiografías latinoamericanas y europeas, desarrollándose de manera solo marginal o episódica, y casi siempre solo por al-

91. Sobre esta caducidad y renovación del sistema de los saberes cfr. Immanuel Wallerstein, *Abrir las ciencias sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1996; *Impensar las ciencias sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1998 y *The end of the world as we know it. Social science for the twenty-first century*, Ed. University of Minnesota Press, Minneapolis, 1999. También véase el libro de Boaventura de Sousa Santos, *Toward a new common sense*, Ed. Routledge, Nueva York, 1995, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La larga duración: in illo tempore et nunc”, en el libro *Ensayos braudelianos*, Manuel Suárez Editor, Rosario, 2000, el capítulo IV del libro *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996 y “Repensando las ciencias sociales actuales: el caso de los discursos históricos en la historia de la modernidad” en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, Ed. Centro Juan Marinello, La Habana, 2000.

gunos notables personajes, que hacen figura de claras excepciones dentro de los diversos paisajes culturales e historiográficos de Europa y de América Latina.

Enfatizando entonces la importancia de instaurar, como ejercicio cotidiano y reiterado, este cultivo sistemático de la historia de la evolución y los contextos específicos del propio decurso del pensamiento histórico, este balance intenta también llamar la atención de los historiadores europeos y latinoamericanos sobre la necesidad de colmar esta laguna persistente de nuestros estudios históricos, que es el vacío que hemos padecido, de la ausencia de una seria línea de reflexión de historia crítica de la propia historiografía mundial más contemporánea<sup>92</sup>.

Concibiendo entonces este balance sobre la historiografía actual como una simultánea reivindicación de la historia como herramienta de análisis del presente, como revisión y toma de partido respecto de los distintos usos y funciones que le han sido asignados a la ciencia histórica, como esfuerzo de ubicación de su posible contribución a la redefinición en curso del entero sistema de saberes, y también como clara reivindicación y ejemplificación de la importancia del campo de la historia de la historiografía, es posible proponer algunas hipótesis sobre la configuración específica actual que presenta ese vasto y complejo universo que son los estudios históricos occidentales, en estos primeros años del tercer milenio cronológico que estamos viendo hoy.

\* \* \*

Si queremos comprender adecuadamente el contexto general

92. Sobre este problema de la historia de la historiografía cfr. Benedetto Croce, *Theorie et histoire de l'historiographie*, Ed. Librairie Droz, Génova, 1968 y también el libro de Arnaldo Momigliano, *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

dentro del cual se desarrolla hoy esa realidad compleja que es la historiografía occidental, nos tendremos que remitir de inmediato a los impactos profundos que, en todo el espacio de la dimensión cultural, ha provocado la revolución cultural mundial de 1968. Y ello no sólo porque los principales protagonistas y actores de esta historiografía actual son en su mayoría hijos de la coyuntura intelectual creada justamente por esa revolución de finales de los años sesenta, sino también y sobre todo porque es en ese *nuevo* espacio cultural e historiográfico desplegado en los últimos treinta y cinco años donde se han ido conformando y definiendo las características *necesarias* que hoy presenta esta historiografía en el mundo occidental. Características generales que, expresando en el plano de la historiografía esas mutaciones profundas que son el núcleo de la revolución cultural del 68, van a determinar el conjunto de los proyectos y de las corrientes historiográficas que hoy se encuentran a la vanguardia de los estudios históricos más contemporáneos<sup>93</sup>.

Así, resulta claro que *todas* las historiografías *de vanguardia* que hoy existen en el mundo occidental van a reproducir ciertos trazos comunes, trazos que, más allá de sus obligadas especificidades y matizaciones nacionales, regionales o de ciertos espacios civilizatorios, podrán ser claramente detectados en todas las corrientes y autores principales de esta misma historiografía actual.

Trazos compartidos que, dentro del horizonte de los efectos que la revolución cultural de 1968 tuvo sobre todas las historio-

93. Sobre este punto cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Los efectos de 1968 sobre la historiografía occidental", en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, cit., y también Francois Dosse "Mayo 68: los efectos de la historia sobre la historia", en la revista *Sociológica*, año 13, núm. 38, México, 1998. Sobre los efectos y la caracterización más general de la revolución de 1968 como *revolución cultural* cfr. Immanuel Wallerstein, "1968: revolución en el sistema-mundo", en la revista *Estudios sociológicos*, núm. 20, 1989, y también el texto de Fernand Braudel "Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración" en *La Jornada Semanal*, núm. 226, México, octubre de 1993.

grafías del planeta, y que hemos analizado ya antes, especifican todavía más algunas de las características y de los contornos que singularizan la que hoy es la historiografía más avanzada en el mundo occidental, frente a los espacios de las meras supervivencias o inercias historiográficas, hoy todavía vivas pero ya vaciadas de todo contenido o posibilidad de innovación historiográfica hacia el futuro.

Pues hoy, en este año 2004, es ya muy claro que la vieja historiografía positivista decimonónica, no es otra cosa que un *cadáver viviente*, que si bien sigue estando presente en muchas universidades y centros de investigación de todo el mundo, lo hace sólo porque sigue siendo alimentada y promovida desde las esferas de los poderes políticos aún dominantes. Pues dado que esta historia positivista puramente erudita y descriptiva se ha vuelto consciente y perezosamente neutra, acrítica y complaciente con los poderes y las jerarquías dominantes en todo el planeta, proveyendo además a estos últimos de las necesarias versiones legitimadoras de la historia *oficial*, ella sigue siendo promovida y sostenida en todo el mundo, segura de su supervivencia y persistencia, a pesar de su cada vez más escandaloso y evidente anacronismo y vacuidad<sup>94</sup>.

Pero es claro que, si bien aún presente, esta historiografía está muerta desde hace ya muchas décadas, habiendo sido incapaz en *todo* el siglo XX de aportar ni una sola innovación historiográfica, ningún método o teoría nueva, y ni siquiera alguna nueva técnica o procedimiento importante para el análisis historiográfico contemporáneo.

Entonces, es claro que los trazos comunes antes referidos son

94. Para la crítica de esta historiografía positivista y de su papel como legitimadora del *status quo* imperante, cfr. nuestros libros, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Antimanual del mal historiador*, Ediciones Desde Abajo, Bogotá, 2003 y *Corrientes, Temas y Autores de la historiografía del siglo XX*, Ed. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2002.

trazos que solo corresponden a la historiografía realmente *viva*, concretizada en los múltiples proyectos que hoy desarrollan la innovación historiográfica en el mundo occidental, y que son siempre críticos y opuestos a ese “muerto en vida” que es la historiografía positivista.

Un primer trazo común, ya mencionado anteriormente, es el que se refiere a la incorporación total, por múltiples vías, del presente dentro de la historia. Incorporación que avanza tanto en el sentido de establecer la legitimación definitiva del presente como objeto de estudio pleno de la ciencia histórica, como en el sentido de afirmar también la historia como ciencia de análisis de ese mismo presente. Disolviendo entonces esa ya insostenible división entre el “pasado” y el “presente”, y haciendo de este último objeto de pleno derecho del examen histórico, los historiadores contemporáneos más avanzados eliminan a la vez la artificial barrera epistemológica que el siglo XIX estableció entre la historia y las restantes ciencias sociales. Con ello, y de manera sencilla y directa, abren simplemente la puerta al movimiento libre y al tránsito completamente fluido de toda la corporación gobernada por Clfo, dentro y a través de los vastos espacios de *todas* las disciplinas que hoy se ocupan de investigar lo social humano en el tiempo.

Por eso no es una casualidad que *todas* las principales corrientes historiográficas actuales posteriores a 1968 recuperen con toda libertad y reivindiquen con plena legitimidad métodos, conceptos, teorías, técnicas y problemas que antes eran habitualmente asociados sólo a la geografía, a la antropología, a la economía o a la sociología, lo mismo que a otras tantas diferentes “ciencias sociales”.

Y así, tanto cuando los microhistoriadores italianos recuperan la escuela de Frankfurt o la antropología anglosajona como cuando la cuarta generación de Annales se vuelve hacia la sociología de la acción o hacia la economía de las convenciones, e igualmente cuando la perspectiva del “world-system analysis” se

aproxima a la teoría del caos y a los estudios de la complejidad y cuando la historia socialista británica trata de reelaborar o de proponer los conceptos de “conciencia de clase” o de “economía moral”, en todos estos casos vuelve a hacerse presente esa migración sin trabas a través de las ciencias sociales, a la vez que esa plena conciencia de la ineludible interacción entre la historia y el presente.

Un segundo trazo repetido en las nuevas corrientes y autores de la historiografía de hoy, es el de la asunción radical de las también múltiples implicaciones que conlleva la naturaleza de la historia como ciencia que es susceptible de *efectos sociales* fundamentales. Y ello no solo en el sentido más obvio de que ha dejado de ser la crónica y el relato de las vidas y peripecias de héroes, reyes, caudillos, Estados, elites y hombres ilustres, para convertirse en el estudio y explicación de los procesos sociales, colectivos, de las masas, de las clases sociales, de la cultura popular y de los grandes grupos sociales, sino también en el sentido de asumir integralmente la *responsabilidad social* de la historia, siempre cargada de profundos significados ideológicos, y siempre sujeta a las exigencias de sus posibles usos sociales y políticos. Por eso, no es casual que sea una vez más después de 1968, que va a debatirse intensamente sobre las significaciones y los sesgos ideológicos que conlleva necesariamente la práctica del historiador, colocando en el centro de esa discusión el tema de las responsabilidades sociales de la historia, junto a la evidenciación de los distintos usos también sociales que se han hecho siempre de los diferentes discursos históricos.

Lo que, como consecuencia inmediata, ha provocado que nunca más será posible pretender la supuesta “neutralidad” o “imparcialidad” absoluta de los resultados historiográficos, asumiendo, por el contrario, que todo ejercicio del oficio de historiador es a la vez una necesaria toma de posición ideológica o social, toma de posición que en buena medida determina el margen de los posibles usos y funciones sociales de esos mismos

resultados. Y entonces, y congruentes con esta asunción radical, veremos que todas las corrientes historiográficas de vanguardia van a declarar explícitamente y sin problema que intentan hacer, por ejemplo, una historia cultural “desde el punto de vista de las víctimas”, o que defienden una historia abiertamente crítica, o que se sitúan en posiciones declaradamente antiposmodernas y racionalistas, o también que construyen discursos históricos que intentan ser discursos para la liberación, lo mismo que reivindican la concepción de la historia como contramemoria, como discurso construido a contracorriente o como ejercicio intelectual que marcha a contrapelo de las ideas dominantes y establecidas<sup>95</sup>.

Declaraciones explícitas que atestiguan que no es posible ya construir una historia que se pretenda *inocente* o *aséptica* respecto a su función social, y que corroboran también el hecho de que, en prácticamente el conjunto total de sus diferentes versiones, esta historiografía occidental contemporánea se halla siempre ubicada en posiciones progresistas y de izquierda, marchando a contracorriente de la historia oficial, tradicional, positivista y legitimadora del poder, a la vez que se distancia tal vez de las fáciles aunque estériles posturas posmodernas e irra-

95. Por ello, no es una casualidad que varias de estas corrientes hayan recuperado y reivindicado a autores como Marc Bloch, Walter Benjamin, Fernand Braudel o Norbert Elías, cuyo potencial crítico y destructor de nuestras nociones habituales de, por ejemplo, la noción de documento y de hecho histórico, de la noción de progreso, de nuestra concepción del tiempo, o del tema de la economía psíquica de los individuos, entre tantos otros aportes contenidos en sus obras, está lejos de haber sido agotado. Nos referimos, obviamente, a los trabajos de Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, cit., Walter Benjamin, “Sobre el concepto de historia” en el libro *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*, Coedición Universidad Arcis y LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1996, Fernand Braudel “Historia y ciencias sociales. La larga duración” en el libro *Escritos sobre historia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1991 y Norbert Elías *El proceso de la civilización*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

cionalistas que existen en algunos reducidos ámbitos historiográficos del panorama global de la historiografía mundial.

Y si la historia ha sido tanto un arma o instrumento de dominación, como de resistencia y rebeldía, y si la memoria se ha utilizado tanto para silenciar y ocultar como para recordar y denunciar, la abrumadora mayoría de los autores importantes y genuinamente innovadores de la historiografía actual en el mundo occidental se encuentran sin duda del lado de una historia crítica, emancipadora y progresista, y por un uso abierto de la memoria como contramemoria igualmente liberadora y radical.

Algo que, en nuestra opinión, deriva del hecho claro de que estamos viviendo hoy en una evidente situación de transición histórica en escala planetaria, transición determinada por el fin de la era capitalista de la evolución humana y por la hoy urgente y acuciante búsqueda de un nuevo modelo para la reorganización global de las sociedades de todo el planeta, modelo basado en una sociedad *sin* explotación económica, *sin* dominio y despotismo político y *sin* las múltiples formas de la desigualdad y la discriminación sociales hoy imperantes. Y entonces, y a tono con esta situación de magno tránsito histórico, la inmensa mayoría de los autores y de las corrientes historiográficas principales se ha ubicado hoy en claras posiciones de izquierda, progresistas o dentro del pensamiento crítico contemporáneo.

Un tercer trazo importante, que se encuentra presente en todas las corrientes de la historiografía actual, es el de asumir cada vez con más plena conciencia la evidente crisis y caducidad de la episteme parcelada para el conocimiento de lo social, episteme que se constituyó solo en el último tercio del siglo XIX y que habiendo parcelado y autonomizado distintos espacios de lo social-humano en el tiempo, terminó por constituir el espectro de las diferentes ciencias sociales que tuvo su desarrollo y vigencia a lo largo de una buena parte del siglo XX cronológico.

Pero en 1968, y como otro de los tantos efectos de la revolución cultural de estas fechas, comenzó a disolverse rápidamente el fundamento y la legitimidad de esta episteme parcelada, a la vez que se iniciaba un claro proceso de reorganización de todo el sistema de las ciencias sociales, e incluso del entero sistema de las diferentes “culturas” y de todo el sistema de los saberes humanos, proceso dentro del cual estamos todavía inmersos<sup>96</sup>.

Y a tono con esta reorganización total del sistema de las “ciencias” y de los saberes humanos, que ha revalorado la importancia y centralidad de la historia al reintroducir las implicaciones esenciales de la variable del *tiempo*, tanto en la física y la termodinámica o en la estética contemporánea, como en la sociología, la economía, la ciencia política o los estudios de la cultura y la literatura más actuales, la historiografía contemporánea ha comenzado a moverse cada vez más en la línea de superar las limitadas visiones de defender o promover las tan mencionadas “interdisciplinariedad”, “multidisciplinariedad”, “transdisciplinariedad” o “pluridisciplinariedad” —todas ellas simples parches que *no* atacan el fundamento real a superar, al respetar temerosamente la existencia misma de las diferentes “disciplinas”—, para acceder a la reivindicación de la necesidad de una nueva visión, otra vez *unidisciplinaria*, de lo social-histórico, visión que se reenlaza directamente con las perspectivas de autores como Fernand Braudel o aún más atrás con el horizonte del propio Marx<sup>97</sup>.

96. Además de algunos de los textos relativos a este problema, citados en una nota anterior de este mismo capítulo, pueden verse también sobre este punto, los trabajos de Wolf Lepenies, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1994, Isabelle Stengers, *L'invention des sciences modernes*, Ed. La Découverte, París, 1993, e Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Ed. Alianza Editorial, Madrid, 1997 e Ilya Prigogine, *El fin de las certidumbres*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996.

97. Sobre el punto más específico de la conexión con el tema de la historia global, cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, *L'histoire conquérante. Un regard sur*

Por último, un cuarto trazo también común a los diversos proyectos historiográficos hoy vivos y actuantes en el panorama global de la historiografía occidental es el del claro florecimiento y expansión en su seno de la específica rama de la historia de la historiografía. Retomando entonces una tradición que ha tenido, en este siglo, su primer desarrollo fuerte en Italia, aunque también se ha hecho presente en los *Annales* de Marc Bloch, de Lucien Febvre y de Fernand Braudel, todas las corrientes y los espacios de la historiografía actual han comenzado a otorgar, en los últimos cinco o seis lustros, mucha más importancia a este ejercicio de la historia historiográfica, fundando revistas consagradas a este campo, incrementando las secciones a él destinadas, o también organizando coloquios, encuentros y mesas redondas claramente ubicables dentro de esta rama mencionada.

Así, y frente a esta situación de transición histórica, algunos de cuyos rasgos hemos evocado antes, la historia parece verse obligada a mirarse al espejo, aplicando para su propio autoexamen y estudio todas las herramientas que ha ido desarrollando y perfeccionando en los últimos ciento treinta años. Y entonces, y abocándose más seriamente en el cultivo de esta historia de la historiografía, es que prosperan revistas que, total o parcialmente, acogen los resultados de dicho trabajo historiográfico, como es el caso de las revistas *Espaces Temps* o los *Cahiers Marc Bloch*, en Francia, las revistas italianas *Storia della storiografia* o la *Rivista di storia della storiografia moderna* (hoy rebautizada simplemente con el título de *Storiografia*), la revista *Manuscrits* de Barcelona o la valenciana *Historia social*. Y es también el caso de las revistas *Entrepassados* y *Prohistoria* de Argentina, *Diálogos* de Brasil, *Nueva síntesis* en el Perú, o *Debates americanos* en Cuba, lo mismo que de las revistas mexicanas *Contrahistorias*, *Eslabones* o *Secuencia*, la revista alemana *Comparativ*, la revista por-

*l'historiographie française*, Ed. L'Harmattan, París, 2000 y también "Making history, knowing history: between Marx and Braudel" en *Review*, vol. 15, núm. 2, 1992.

tuguesa *Historia das ideias*, la revista norteamericana *Review*, o las revistas inglesas de la *New Left Review* y la *History Workshop*.

Proliferación y multiplicación de las presencias de la historia de la historiografía dentro de los estudios históricos contemporáneos que, además de haber permitido ya la elaboración de los primeros mapas generales de lo que ha sido la curva de vida de la historiografía del siglo XX<sup>98</sup>, ha promovido y apoyado también la más clara *autoconciencia* de lo que hoy significa ser historiador y dedicarse a la práctica de la historia, autoconciencia desplegada justamente, entre otras líneas, dentro de las tres vías o los tres rasgos antes resumidos aquí.

Una autoconciencia clara de la propia historia, que no es sólo su pérdida definitiva de la “inocencia”, sino y sobre todo la base para que ella pueda ahora proyectarse también con plena conciencia, en los campos antes marginados de la vasta y masiva divulgación histórica, en el terreno de la enseñanza y la pedagogía de la historia, en el trabajo de construcción museográfica y de rescate y conservación de los vestigios del pasado, y en el espacio de la tarea de transmisión y conservación de los recuerdos, de construcción de la memoria histórica y de restitución del nexo vivo entre los múltiples “pasados” con nuestro presente.

Cuatro trazos que, si bien son compartidos por todas las corrientes de la historiografía actual, van a especificarse y a matizarse diferencialmente en cada uno de los muchos espacios del complejo mapa de la historiografía occidental. Mapa cuya con-

98. No existen demasiados trabajos sobre este mapa *general* de lo que ha sido en su conjunto la historiografía del siglo XX, un tema que ameritaría desarrollos y trabajos mucho más sistemáticos y de mayor envergadura. Sobre este punto véase de Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Ed. Idea Books, Barcelona, 1998 y también *New directions in european historiography*, Ed. Wesleyan University Press, Hannover, 1984; véase también de Francisco Vázquez García, *Estudios de teoría y metodología del saber histórico*, Ed. Universidad de Cádiz, Cádiz, 1989 y de Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, antes citado.

figuración general es pertinente abordar ahora con un poco más de detalle.

\* \* \*

Al intentar delimitar con más precisión cuál es la configuración específica que hoy presentan los estudios históricos occidentales, debemos nuevamente remitirnos al cambio provocado en este sentido por la gran revolución cultural de 1968. Y ello porque es cada vez más claro que, después de esta fecha simbólica de finales de los años sesenta, hemos entrado a una *nueva* situación, radicalmente inédita, en lo que respecta al modo de interrelacionarse y de retroalimentarse, del conjunto de las diferentes historiografías nacionales de este mismo occidente, y quizá del planeta en su conjunto.

Porque si entre 1870 y 1968 aproximadamente, la historiografía en el mundo occidental se configuró claramente bajo el modelo de conformar *un* centro hegemónico historiográfico, generalmente coincidente con un espacio nacional o con una zona lingüística homogénea, rodeado de múltiples satélites historiográficos que imitaban, reproducían o copiaban en mayor o menor medida dicho centro, después de 1968 hemos entrado, en cambio, en una nueva situación *multipolar* o *policéntrica* en lo que corresponde a la generación de la innovación historiográfica, situación que configura un nuevo paisaje en la historiografía, en el que ahora *compiten* abiertamente varios polos fuertes, e incluso algunos polos emergentes importantes, en la tarea de escenificar los grandes debates, escribir las obras más importantes, o abrir los nuevos campos problemáticos y las nuevas líneas de investigación de la más actual y vanguardista historiografía.

Con lo cual ha cambiado también la propia dinámica general de funcionamiento de esta historiografía, e incluso de la cultura occidental misma. Porque hoy es claro que hace más de tres décadas que ha comenzado a aflojarse y a perder vigencia el fun-

damento material y social de la existencia de ese modelo de un centro y múltiples satélites, modelo que en los estudios históricos otorgó al mundo germano parlante la hegemonía historiográfica en el mundo occidental entre 1870 y 1930, para luego crear la sucesiva hegemonía francesa en este mismo campo historiográfico, entre aproximadamente 1930 y 1968. Aflojamiento y pérdida de legitimidad que se explican, en nuestra opinión, por la entrada del capitalismo mundial en una situación de transición histórica que es a la vez el momento final de su larga vida histórica y la etapa de gestación del nuevo sistema histórico que habrá de sustituirlo<sup>99</sup>. Con lo cual, y sobre la disolución de dicho fundamento, es que se hace cada vez más posible y más real una situación en donde, eliminando todo colonialismo intelectual y toda actitud de “minoría de edad” respecto de las culturas antes hegemónicas, comienzan a crearse las bases reales de un verdadero intercambio cultural más plural, equitativo y simétrico, en donde no sólo Europa considera que puede aportar elementos o perspectivas culturales interesantes y válidas, sino en donde *todas* las culturas del planeta son interlocutores legítimos e igualmente capaces de contribuir a la construcción de esa nueva cultura universal, más democrática, más rica y plurifacética, más diversa e igualitaria hacia la que apuntan todas las tendencias más profundas de la transformación hoy en curso.

Transformación cultural que es expresión de la transición histórica que vivimos, y que en el plano de la historiografía se ha

99. Sobre este punto cfr. el libro de Immanuel Wallerstein y Terence K. Hopkins, *The age of transition. Trajectory of the world-system 1945-2025*, Ed. Zed Books, Londres, 1996. También de Immanuel Wallerstein, *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, Ed. Siglo XXI, México, 1998, de Boltívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, Ed. Siglo XXI, México, 1998 y *La modernidad de lo barroco*, Ed. Era, México, 1998 y de Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein. Crítica del sistema-mundo capitalista*, Ed. Era, México, 2003 y *Para comprender el mundo actual. Una gramática de larga duración*, Ed. Centro Juan Marinello, La Habana, 2003.

proyectado como ese nuevo policentrismo o multicentralidad ya referidos. Lo que implica que hoy, en la historiografía mundial, es perfectamente posible que en *cualquier espacio nacional historiográfico* surjan las nuevas líneas de investigación innovadoras, a la vez que autores de cualquier punto del planeta pueden estar hoy escribiendo lo que en algunos lustros o décadas serán consideradas las obras “clásicas” de la historiografía de este inicio del milenio cronológico que ahora vivimos. Una situación que convoca a todos los historiadores del mundo por igual, a participar en esta renovación historiográfica en curso, y que se hace ya evidente si pasamos revista rápidamente a lo que hoy es el paisaje historiográfico actual.

Ya que bajo los saludables efectos de lo que ha sido llamada la defensa de perspectivas y posiciones “multiculturalistas”, es cada vez más común ver tanto en coloquios de historia como de cualquier otra ciencia social, colegas latinoamericanos, africanos, chinos, hindúes, etc., que debaten en condiciones de igualdad con sus homólogos europeos, al mismo tiempo que asistimos a un notable incremento de la cantidad de trabajos que, habiendo sido escritos en Asia, África o América Latina, son traducidos y comentados cada vez más ampliamente dentro de las ciencias sociales y la historiografía en cualquier otra parte del mundo. Un movimiento fuerte e indetenible, que en nuestra opinión avanza, lenta pero firmemente, hacia esa conformación de un verdadero diálogo multicultural, igualitario, respetuoso y múltiplemente enriquecedor.

Pero si la situación de la historiografía occidental, y muy posiblemente de toda la historiografía mundial, presenta ya esta situación *estructural policéntrica*, y esta posibilidad que abre el espacio potencial para la generación de la innovación historiográfica en cualquier parte del mundo, no deja sin embargo de tener una cierta configuración bien determinada, constituida tanto por un claro conjunto de “polos fuertes” que hoy se afirman como los protagonistas principales ubicados en la vanguardia de esa historiografía

occidental, como por otra serie de polos emergentes, que comenzando a consolidarse como posibles alternativas historiográficas futuras se hallan todavía sin embargo en una etapa más bien inicial de su desarrollo general.

Una configuración de polos fuertes y polos emergentes de la historiografía occidental, que en el marco ya descrito de la multiculturalidad historiográfica actual, y en las cambiantes condiciones de la transición histórica que hoy vivimos, podría modificarse, alterarse, complementarse o enriquecerse de manera sustancial en solo unos pocos lustros. Configuración sujeta pues a posibles mutaciones profundas, a la que no obstante vale la pena tratar de aproximarse con más cuidado ahora.

\* \* \*

Cuando observamos el conjunto de lo que actualmente constituye el paisaje global de los estudios históricos en el mundo occidental, nos es fácil ubicar casi inmediatamente a aquellas corrientes historiográficas y a aquellos autores a ellas vinculados, que en la actualidad se han convertido en los referentes *ineludibles* más importantes dentro de este mismo campo de la historiografía presente.

Un conjunto de autores y corrientes cuya proyección se ha vuelto cada vez más de escala internacional, y que al ser los constructores de las perspectivas historiográficas más difundidas y más debatidas en toda la geografía del mundo occidental y muchas veces incluso en la geografía de todo el planeta, nos ofrecen entonces los diversos modelos, procedimientos, conceptos, paradigmas y prácticas que hoy es *indispensable* conocer y manejar para ser capaces de ejercer el oficio de historiador en sus modalidades más desarrolladas.

Corrientes y autores que, en todos los casos, han vinculado sus proyectos intelectuales e historiográficos a la publicación regular de una revista, que entonces ha funcionado o aún funciona

como claro espacio de concentración y como estructura organizativa visible de esas mismas perspectivas o tendencias historiográficas.

Afirmando entonces, mediante esas revistas de publicación periódica, una visibilidad internacional y una presencia regular dentro del campo, esas corrientes y perspectivas se han constituido en los “polos fuertes” de la historiografía actual, en los protagonistas que es *imposible ignorar* si se desea ser un historiador bien formado y a la altura de las exigencias de la corporación en esta época actual.

Dado que, como sabemos bien, no es posible hacer tabla rasa del pasado, va a resultar claro que todos esos “polos fuertes” de la historiografía más contemporánea se han construido entonces en directa conexión con diversas tradiciones historiográficas antecedentes, frente a las cuales se han definido de múltiples maneras, sea criticándolas y estableciéndose en situación de abierta ruptura frente a ellas, sea recuperándolas y actualizándolas de modo crítico y creativo, pero también a veces mezclando perspectivas o elementos antes separados, o inventando y replanteando de otra forma viejos paradigmas o antiguos procedimientos analíticos.

De este modo, un primer “polo fuerte” de la historiografía occidental lo constituye la *cuarta* generación de la mal llamada “Escuela de los Annales”, cuarta generación que habiendo comenzado desde 1985 los esfuerzos de elaboración de un *nuevo proyecto intelectual* annalista, se ha afirmado más explícitamente a partir de 1989, en especial con la publicación del número-manifiesto de noviembre-diciembre de 1989, y luego con todas las modificaciones tanto organizativas e institucionales como sobre todo intelectuales que se han ido sucediendo en su seno desde esa misma fecha<sup>100</sup>.

100. Lamentablemente, existen muy pocos estudios sistemáticos sobre esta cuarta generación de los Annales. Al respecto puede verse por ejemplo el artículo de Christian Delacroix, “La falaise et le rivage. Histoire du ‘tournant critique’” en la

Un primer polo fuerte historiográfico, asociado a la célebre revista que hoy se titula *Annales. Histoire, sciences sociales*, que se ha definido en primer lugar como claro intento de superación y de trascendencia frente a la hoy ya anacrónica historia de las mentalidades, que había sido el tema estructurador del amorfo y ambiguo proyecto de los Annales del periodo de 1969 a 1989. Ambigua historia de las mentalidades, frente a la cual estos cuartos Annales van a oponer y a defender la historia social de las prácticas culturales, en una línea que ha estado siendo desarrollada hasta hoy por autores como Roger Chartier<sup>101</sup>.

Al mismo tiempo, y también en abierta ruptura con la tercera generación annalista, estos Annales de la última década han intentado renovar profundamente los campos de la historia económica y de la historia social. Recuperando y rediscutiendo entonces los problemas que hoy enfrentan las más nuevas vertientes de la historia económica, de la historia cuantitativa y de la his-

revista *Espaces Temps*, núm. 59/60/61, París, 1995. También en el libro de Christian Delacroix, Francois Dosse y Patrick Garcia, *Les courants historiques en France. 19e-20e siècle*, Ed. Armand Colin, París, 1999, en especial el capítulo 6. También el debate entre Youry Bessmertny, Bernard Lepetit y Jean-Yves Grenier "A propósito delle nuove 'Annales'" en la *Rivista di storia della storiografia moderna*, núm. 1-3, 1995. También puede verse nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana.*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1999, en especial el capítulo 7, en donde desarrollamos mucho más ampliamente la caracterización de estos "cuartos Annales" que aquí solo resumimos muy brevemente. (Existe ahora versión en francés de este mismo libro, bajo el título *L'histoire conquérante. Un regard sur l'historiographie française*, que ya hemos citado antes.)

101. Para la crítica de esta historia de las mentalidades cfr. G. E. R. Lloyd, *Las mentalidades y su desenmascaramiento*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1996, o también el prefacio del libro de Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Ed. Muchnik Editores, Barcelona, 1981. Véase también Carlos Antonio Aguirre Rojas, "¿Qué es la historia de las mentalidades? Auge y declinación de un tema historiográfico" en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, ya citado. Sobre la nueva historia social de las prácticas culturales, cfr. de Roger Chartier, *El mundo como representación*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1992 y *Au bord de la falaise*, Ed. Albin Michel, París, 1998.

toria serial, o incursionando en una nueva versión de la antropología histórica, estos cuartos Annales actuales van también a abrir el diálogo con la sociología de la acción y con la economía de las convenciones, para incorporar sus aportes a la historia, y para redefinir desde allí nuevas y muy diferentes formas de la historia social. E intentando integrar explícitamente en sus investigaciones y debates cotidianos también todos los complejos resultados y lecciones derivadas del procedimiento de “cambio de escala” y de las propuestas específicas de la microhistoria italiana<sup>102</sup>, estos historiadores de la cuarta generación annalista van a definir otro de los trazos importantes de su proyecto intelectual.

Trabajando entonces en todas estas líneas de renovación de la historia social, antropológica y económica, a la vez que reivindican esa “asimilación francesa” del aporte italiano de la microhistoria, esos Annales post 89 han relanzado también el debate metodológico fuerte que los terceros Annales habían abandonado, defendiendo tanto una interdisciplinariedad “dura”, como una transferencia regulada de conceptos, modelos y problemas de una disciplina a otra, a la vez que rediscuten la pertinencia actual de la larga duración o de la historia global, en un claro y consciente retorno a los horizontes braudelianos<sup>103</sup>.

102. En esta línea, las obras principales a considerar son las de Bernard Lepetit, *Les villes dans la France moderne 1740-1840*, Ed. Albin Michel, París, 1988, *Las ciudades en la Francia moderna*, Ed. Instituto Mora, México, 1996, y el libro por él coordinado y titulado *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, Ed. Albin Michel, París, 1995. También de Jean-Yves Grenier, *L'économie d'ancien régime*, Ed. Albin Michel, París, 1996, Jocelyne Dakhlia, *Le divan des rois*, Ed. Aubier, París, 1998 y Jacques Revel (coordinador) *Jeux d'échelles*, coedición EHESS-Gallimard-Le Seuil, París, 1996.

103. Sobre este punto cfr. Bernard Lepetit “Propuestas para un ejercicio limitado de la interdisciplina”, en revista *Iztapalapa*, núm. 26, México, 1992, “La larga duración en el presente”, en el libro *Segundas Jornadas Braudelianas*, Ed. Instituto Mora, México, 1995 y “Les Annales aujourd'hui”, en *Review*, vol. XVIII, núm. 2, 1995. También de Bernard Lepetit y Jean-Yves Grenier el artículo “L'expérience historique à propos de C.E.Labrousse” en *Annales*.

Asociado entonces a la revista *Annales. Histoire, sciences sociales*, que sigue siendo hoy la revista especializada de historia *más difundida* en todo el mundo occidental —lo que no forzosamente implica que sea ni la más innovadora ni la más importante—, este polo francés fuerte de la historiografía occidental se encuentra hoy en una verdadera encrucijada, de cuya salida puede depender, en parte, no sólo el futuro de toda la corriente de los *Annales* que se inició en 1929, sino también el papel que la historiografía francesa puede jugar en el panorama mundial de los estudios históricos de las próximas décadas por venir.

Un segundo polo fuerte en la historiografía actual lo constituye el conjunto de perspectivas o líneas de investigación que se agrupan genéricamente bajo el nombre de la historiografía socialista británica. Conjunto de perspectivas que, sucediéndose en el tiempo en cuanto al momento de su origen, y coexistiendo después hasta el momento actual, comparten en su conjunto el hecho de defender una historia profundamente social, concentrada en revalorar y restablecer el papel de las clases populares y de los oprimidos dentro de la historia, siempre desde posiciones de izquierda, sea abiertamente deudoras de diferentes versiones e interpretaciones del marxismo, sea declaradamente socialistas o feministas<sup>104</sup>.

*Economies. Societes. Civilisations*, año 44, núm. 6, 1989. También de Jean-Yves Grenier el artículo "L'histoire quantitative est-elle encore necessaire?", en el libro *Passés Recomposés*, Ed. Autrement, París, 1995. También puede verse la compilación de artículos metodológicos de Bernard Lepetit, *Carnet de Croquis. Sur la connaissance historique*, Ed. Albin Michel, París, 1999. Bernard Lepetit murió de manera absurda y trágica en marzo de 1996. Esta muerte ha sido una pérdida fundamental para este proyecto intelectual de los posibles cuartos *Annales*, un proyecto que todavía *no* logra consolidarse definitivamente hasta el día de hoy.

104. Para tener una primera visión *general* de esta historiografía socialista británica, aunque a veces con algunas lagunas que son en ocasiones importantes, cfr. H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, Ed. Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1989 y *The education of desire. Marxist and the writing of history*, Ed. Routledge, Nueva York, 1992 (véase nuestro comentario crítico de este segundo libro en la revista *Annales. Histoire, sciences sociales*, núm. 2, 1998).

Remontando entonces sus orígenes, en alguna de sus vertientes, al periodo posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial, este polo británico de la historiografía contemporánea se ha ido construyendo sucesivamente en torno a la edificación, lanzamiento y luego publicación regular de tres revistas que hoy son importantes en los estudios históricos del mundo occidental, y que son las revistas de *Past and Present*, *New Left Review* y *History Workshop*. Tres revistas británicas que hoy figuran entre las más importantes publicaciones periódicas del gremio de los historiadores, y que en sus especificidades y diferencias definen también las tres tendencias principales que conforman este segundo polo fuerte de la innovación historiográfica. Y aunque estas diversas tendencias o ramas de la historia socialista británica se han consolidado y afirmado en tres momentos sucesivos y diferentes, todas ellas sobreviven hasta hoy, compartiendo los espacios de la historiografía inglesa actual, y aportando todavía cada una su peculiar contribución a la renovación historiográfica en curso.

Así, el grupo de la revista *Past and Present*, revista que ha sido fundada ya en 1952, es el más antiguo de estas tres ramas, nucleando a su alrededor a los que podríamos considerar los marxistas más tradicionales de todo este polo británico. Un marxismo más cortado de acuerdo a los patrones de lo que fueron muchos de los marxismos *anteriores* a la revolución cultural de 1968, que tuvo el inmenso mérito de *abrir*, dentro del ambiente intelectual de la Gran Bretaña de los años cincuenta y sesenta, todo el espacio de una verdadera historia social, atenta al análisis de las clases sociales y de sus luchas, estudiosa de los campesinos y los obreros, preocupada de investigar la historia de los movimientos sociales y también interesada en el examen de los procesos económicos de la

También pueden verse los números de la revista *Historia social*, consagrados a E.P. Thompson, núm. 18, 1994 y el consagrado a la obra de E. J. Hobsbawm, núm. 25, 1996.

Revolución Inglesa, de la Revolución Industrial o de la etapa final del feudalismo. Una historia social marxista, plasmada en los trabajos de autores como Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Rodney Hilton, etc., que apoyada en los conceptos más habituales del marxismo, trató de utilizarlos para hacer avanzar en Inglaterra una historia antipositivista, que se concentró sobre todo en los grandes temas de la historia económica y social. Pero que sin embargo, y más allá de esos indudables méritos, *no* problematizó a fondo la enorme densidad y complejidad de las categorías marxistas que utilizaba, ni intentó tampoco rescatar conceptos presentes en la obra de Marx muy poco rescatados por la mayoría de los marxismos de esta época, abordando más bien escasamente, por ejemplo, ciertos temas de la historia cultural, y desplegando un marxismo que, si frente a la historia positivista era un enorme paso adelante, frente a la renovación cultural provocada por la revolución de 1968, comenzó a resultar un marxismo mucho más problemático y limitado para encarar los desafíos historiográficos post 68.

Sin embargo, y dada esa función *pionera* en Inglaterra, de apertura estricta de la historia social, y gracias al prestigio acumulado por varios de sus representantes más importantes, esta primera rama de la historia socialista británica sigue siendo aún hoy un referente importante de la historiografía occidental actual<sup>105</sup>.

105. Sobre los orígenes y sobre el papel que en las primeras etapas jugó este primer subgrupo de la historiografía británica y sobre sus vínculos con los *Annales* dirigidos por Fernand Braudel, cfr. los artículos y la entrevista de Eric Hobsbawm "El grupo de historiadores del partido comunista" y la entrevista "Comprender la totalidad de la evolución histórica. Conversación con Eric Hobsbawm", ambos en la revista *Historia social*, núm. 25, Valencia, 1996. Del mismo Hobsbawm véase también su artículo "Comments" incluido en *Review*, vol. I, núm. 3-4, 1978. Por otro lado, el carácter más tradicional y pre-68 del marxismo de este grupo de la revista *Past and Present* se refleja por ejemplo, indirecta pero claramente, en la evaluación negativa y hasta un poco despreciativa que el propio Hobsbawm hace de la revolución cultural de 1968. Para él, no se trata de tal revolución, que él reduce y minimiza completamente, subsumiéndola en un proceso mucho más

Y del mismo modo que esta revolución cultural de 1968 ha provocado la escisión entre las viejas izquierdas más tradicionales y las nuevas izquierdas sesentayocheras, también los importantes y agitados años sesenta en Inglaterra han creado una segunda tendencia de este polo británico que ha fundado justamente una revista titulada la revista de la nueva izquierda, la *New Left Review*. Nueva tendencia historiográfica, que agrupando a gentes como Perry Anderson, Robin Blackburn o Benedict Anderson, junto a gentes de avanzada como Edward P. Thompson —que pasan del grupo de *Past and Present* a este nuevo grupo, hijo de esa ruptura profunda de finales de los años sesenta—, va a tratar de impulsar una renovada forma de historia, a la vez deudora pero también diferente de la promovida por el primer grupo o línea antes mencionados.

Una historia que manteniendo el horizonte de ser una historia social, económica y atenta al análisis de clases sociales, va sin embargo a tratar de incursionar en algunos temas *nuevos*, como el de la caracterización de los Estados absolutistas, el de las transiciones de la antigüedad al feudalismo, o incluso el de la propia historia del marxismo occidental. Así y en un movimiento de basculamiento curioso pero muy evidente, esta corriente de la nueva izquierda va a defender, sobre nuevas bases y con argumentos más elaborados, viejas tesis defendidas hace mucho tiempo por la historiografía soviética oficial, tesis que habían sido criticadas por los marxistas del grupo de *Past and Present*, y que algunos protagonistas de la *New Left Review* van a rehabilitar de nuevo en los años setenta y ochenta recién vividos<sup>106</sup>.

vasto y menos preciso que sería una revolución social, demográfica y cultural, desplegada desde 1945 hasta 1990. Cfr. su libro *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995. Para una evaluación diferente de esta misma revolución cultural véanse los trabajos relativos a este tema, citados en una nota anterior de este mismo capítulo.

106. Nos referimos, obviamente, a varias de las tesis defendidas por Perry Anderson, tanto en su libro *El Estado absolutista*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1979,

Intentando entonces actualizar sus referentes teóricos y emparar a la historia socialista británica con el debate europeo, este segundo grupo ha llegado incluso a coquetear, por ejemplo, con las posiciones althusserianas, a las que ha promovido y ha ayudado a difundirse dentro del espacio intelectual de la Gran Bretaña. Lo que, más allá de las implicaciones que tiene respecto a la caracterización de las posturas teóricas de esta segunda rama, ha generado un debate muy interesante que ha mostrado lo que era la riqueza y vitalidad de este polo británico en los años setenta y ochenta del siglo XX cronológico<sup>107</sup>.

Nacida al calor de las grandes transformaciones de los años sesenta, y afirmándose precisamente a lo largo de toda esta década, esta segunda tendencia de la *New Left Review*, ha repetido en alguna medida la curva vivida por esa propia generación del 68 en el mundo, habiendo tenido un brillo, una fuerza y una presencia muy llamativas en los años setenta y ochenta, y habiendo comenzado a disminuir un poco su visibilidad y su presencia social en la última década del siglo XX y en los primeros años de este milenio cronológico que recién hemos comenzado a vivir. Y así, aunque su papel en la historiografía inglesa y en los estudios históricos del mundo occidental actual no es ya tan fuerte como lo fue hace algunos lustros, eso no impide el hecho de que esta segunda rama o línea del polo británico, se haya mantenido, no obstante, y hasta el día de hoy, como un foro siempre abierto a los más nuevos y diferentes desarrollos historiográficos producidos en la historiografía occidental, mante-

como en su libro *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1980.

107. Al respecto véase el célebre debate entre Perry Anderson y E.P. Thompson que se ha plasmado en los textos de E. P. Thompson, *The poverty of theory*, Ed. Merlin Press, Londres, 1995 (la primera edición es de 1978) y el libro de Perry Anderson, *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1985 y "Diario de una relación", en la revista *El cielo por asalto*, año 3, núm. 6, 1993-1994.

niéndose entonces también como referente imprescindible de estos mismos estudios históricos más contemporáneos.

El tercer elemento o componente de este polo historiográfico fuerte existente en Gran Bretaña es el del grupo de la revista *History Workshop*, grupo que habiéndose consolidado después de la revolución de 1968, se ha construido desde la hipótesis radical de que la historia debe ser escrita por sus propios constructores y protagonistas principales, es decir por las propias clases explotadas y oprimidas que día a día reproducen a las sociedades. Ya que si también y dentro de esta reproducción global de lo social, son ellos los que producen la riqueza social, mientras organizan huelgas y movimientos sociales de protesta, los que rehacen y mantienen al mundo cada día, igual que luchan contra el capitalismo y sufren sus embates, siendo además los que edifican ciudades a la vez que tejen conciencias rebeldes y nuevas formas de resistencia social, entonces son *ellos* los que estrictamente *hacen la historia real* a lo largo del tiempo. Y entonces, es lógico pedirles que si ellos hacen la verdadera historia sean también ellos los que la reconstruyan intelectualmente, dotándola del apoyo de su experiencia cotidiana y directa, y contándola, explicándola e interpretándola para nosotros desde esa misma conexión que sólo ellos poseen con dicha historia real.

De ahí los célebres “talleres de historia” que dan nombre a la revista, nacidos en parte de las experiencias inglesas de las escuelas de educación para adultos, y en donde los historiadores “de oficio”, o académicos, o formados en las escuelas de historia, ponen su saber al servicio de los propios oprimidos, aportándoles sus herramientas intelectuales, para darles la voz y el canal de expresión que ellos nunca han tenido. Una experiencia inédita de colaboración entre historiadores “profesionales” y los propios sujetos sociales e históricos, que no sólo abre el espacio para el desarrollo amplio y masivo de la actual historia oral<sup>108</sup>, sino que

108. Vale la pena insistir entonces en este origen, político y de naturaleza muy

también crea el perfil específico de esta tercera corriente del polo historiográfico inglés, que será un perfil de una historia muy crítica del academicismo, de vocación muy popular y que desconfía de los marxismos precisamente académicos —lo que la lleva a declararse más “socialista” que propiamente marxista—, a la vez que muy abierta y receptiva a todo posible movimiento social antisistémico, sea este feminista o ecologista, campesino, local o urbano territorial, lo mismo que antinuclear, antirracista o expresión de cualquier oposición a determinada forma de discriminación social<sup>109</sup>.

Una línea, entonces, que reivindica sobre todo la construcción de la historia desde abajo hacia arriba (*to bottom up*) como dirán sus defensores, es decir desde las clases populares y los grandes grupos sociales hacia la totalidad de lo social, que será la más sensible de todas, dentro de este polo británico, al sentido *social* y *político* de la propia práctica histórica, funcionando a la vez como espacio de confrontación y de difusión de toda historiografía vinculada a las luchas sociales anticapitalistas desplegadas en cualquier punto del planeta.

Tercera línea o tendencia de esta historiografía británica de

radical, de los métodos y las perspectivas de la historia oral, rescatada en esta, su primera vertiente, como ese ensayo de darle voz a los que nunca la han tenido, y de recuperar para la historia del periodo más contemporáneo esos testimonios de los propios protagonistas, miembros de las clases oprimidas, que han construido directamente los hechos y los procesos históricos fundamentales. Rasgos que, como es bien sabido, se irán borrando y difuminando conforme esta rama de la historia oral gane difusión y extensión en el seno de la corporación de Clfo. Para una primera visión panorámica de las diversas corrientes presentes en esta historia oral, cfr. el libro colectivo *La historia oral*, Ed. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991.

109. Hablamos de los trabajos de todo el grupo liderado por Raphael Samuel, que lamentablemente no han sido suficientemente traducidos al español. Al respecto cfr. los dos libros coordinados por Raphael Samuel, *Historia popular y teoría socialista*, Ed. Crítica Grijalbo, Barcelona, 1984, y *Village life and labor*, Ed. Routledge & Kegan Paul, Londres, 1982.

izquierda, a la cual también se ha incorporado, en un cierto momento, el historiador E. P. Thompson, quien muy probablemente sea el más brillante historiador inglés de todo el siglo XX. Y ello no sólo porque en su biografía personal y en su itinerario intelectual él va a condensar esta sucesiva construcción de las tres líneas de este segundo polo fuerte de la historiografía, sino también y sobre todo por la novedad y profundidad de su contribución historiográfica específica<sup>110</sup>.

Un tercer polo fuerte de la historiografía contemporánea es el que conforma la compleja y elaborada perspectiva de la microhistoria italiana. Una perspectiva que, alimentándose de los ricos debates de la naciente historia *social* italiana desarrollada después del fin de la Segunda Guerra Mundial, y generada dentro de los medios de la historiografía marxista y de izquierda de los años sesenta, va a irse consolidando y afirmando en los años setenta, en torno del equipo dirigente y constructor de la hoy célebre revista *Quaderni Storici*.

Perspectiva historiográfica microhistórica, que será entonces siempre agudamente crítica, progresista y atenta al sentido social y político de la propia práctica del historiador, cuyo núcleo u horizonte metodológico fundamental será sin duda el de la promoción y defensa del procedimiento del “cambio de escala” como recurso de la renovación historiográfica, y en consecuencia, la recuperación de la dimensión o “escala” microhistórica como verdadero “lugar de experimentación” del trabajo historiográfico mismo<sup>111</sup>.

110. Sería demasiado amplio entrar aquí en el examen de esta obra fundamental, por lo cual remitimos mejor al lector a su lectura directa. Además de su obra más difundida y sin duda alguna más importante, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Ed. Crítica, Barcelona, 1989 (edición en dos volúmenes) puede verse también una lista de sus principales trabajos en “E.P. Thompson: una selección bibliográfica” incluida en la revista *Historia social*, núm. 18, Valencia, 1994. Véase también el ensayo de Carlos Illades, “E. P. Thompson (1924-1993)” en *Estudios sobre el artesanado urbano en el siglo XIX*, Ed. El Atajo, México, 1997.

111. Para comprender todas las complejas implicaciones de este procedimiento

Criticando entonces los límites de los modelos “macrohistóricos”, que tanta fuerza tuvieron en los años cincuenta y sesenta, y mostrando como fueron *vaciándose de contenido* al abandonar su fuente nutricia que era el análisis de lo particular, los microhistoriadores italianos van a defender este cambio de escala y retorno al nivel microhistórico, pero *no* para renunciar al nivel de lo general y la microhistoria, sino justamente para enriquecerlo y renovarlo, replanteándolo de nuevo desde esa experimentación y pasaje por los universos de la dimensión microhistórica. Con lo cual, no sólo van a renovar radicalmente el modo de abordar la vieja dialéctica entre lo general (que en un cierto sentido y en este nivel abstracto podríamos equiparar a lo macro) y lo particular (en ese mismo sentido equiparable a lo micro), sino más globalmente todo un conjunto de prácticas y de perspectivas metodológicas del entero oficio de historiador.

Distanciándose entonces de la simple historia local o incluso regional<sup>112</sup>, y recuperando para la historia una enorme y asom-

microhistórico vale la pena acercarse a los principales textos metodológicos de la corriente. De ellos citemos solamente, Carlo Ginzburg, “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, en la revista *Entrepasados*, núm. 8, Buenos Aires, 1995; Giovanni Levi, “Sobre microhistoria”, en el libro *Formas de hacer historia*, Ed. Alianza Editorial, Madrid, 1993; y Eduardo Grendi, “Microanalisi e storia sociale”, en la revista *Quaderni Storici*, núm. 35, 1977 y “¿Repensar la microhistoria?”, en revista *Entrepasados*, num. 10, Buenos Aires, 1996. También pueden verse algunas de las diferentes interpretaciones que se han hecho de esta microhistoria en los textos de Anacleto Pons y Justo Serna “El ojo de la aguja: ¿de qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?”, en la revista *Ayer*, núm. 12, Madrid, 1993 y también su libro *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Ed. Fronesis, Valencia, 2000; Jacques Revel “Microanálisis y construcción de lo social”, en revista *Entrepasados*, num. 10, cit. y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Contribución a la historia de la microhistoria italiana*, Ed. Prohistoria, Rosario, 2003 e “Invitación a otra microhistoria: la microhistoria italiana”, en revista *Prohistoria*, núm. 3, Rosario, 1999. Vale la pena ver también todo el dossier dedicado justamente al tema de “La microhistoria italiana” en este mismo número 3 de *Prohistoria*.

112. Es por eso que constituye un craso error *confundir* esta compleja postura

brosa variedad de inspiraciones intelectuales, que abarcan entre muchas otras, tanto los aportes de la antropología anglosajona como las lecciones de la Escuela de Frankfurt, las enseñanzas de Marc Bloch o Fernand Braudel, o los planteamientos del Instituto Warburg, esta microhistoria italiana se opondrá radicalmente a todas las variantes del postmodernismo dentro de la historia, criticando tanto a Hayden White como a Michel de Certeau, entre otros, y confrontándolos a través de las repetidas y agudas críticas realizadas por Carlo Ginzburg, Giovanni Levi o Eduardo Grendi, entre otros.

Microhistoria italiana o tercer polo fuerte de la historiografía occidental actual, que desde su origen y sobre el horizonte compartido del ya mencionado procedimiento del cambio de escala y del descenso al nivel microhistórico, se ha desdoblado en dos vertientes o ramas diversas, que a su vez se han concentrado en campos temáticos también diferentes. Así, una primera rama, que incluye los trabajos de Eduardo Grendi, de Giovanni Levi, de Simona Cerruti, o de Mauricio Gribaudi entre otros, se ha desplegado más en los terrenos de la historia económica y social, poniendo énfasis en el análisis exhaustivo e intensivo del universo microhistórico, y recuperando para ello, por ejemplo, tanto la “descripción densa” de Clifford Geertz como el “network analysis” de Frederik Barth<sup>113</sup>.

de la microhistoria italiana con la microhistoria mexicana de Luis González, o con la *local history* inglesa, o con la historia local española, o etc., etc., error sin embargo todavía muy frecuente en ciertos medios historiográficos poco informados de los desarrollos de la historiografía actual.

113. En este sentido, vale la pena consultar los libros de Eduardo Grendi, *Storia di una storia locale. L'esperienza ligure 1792-1992*, Ed. Marsilio Editori, Venecia, 1996 e *I balbi. Una famiglia genovese fra Spagna e Impero*, Ed. Giulio Einaudi, Turín, 1997; Giovanni Levi, *La herencia inmaterial*, Ed. Nerea, Barcelona, 1990; Simona Cerutti, *La ville et les métiers*, Ed. EHESS, París, 1990 y Maurizio Gribaudi, *Itinéraires ouvriers*, Ed. EHESS, París, 1987, aunque la lista podría alargarse fácilmente con los trabajos de Oswaldo Raggio, Franco Ramella, etc.

Junto a esta primera vertiente microhistórica, existe una segunda, representada sobre todo por los brillantes trabajos de Carlo Ginzburg, y concentrada en el ámbito de la historia cultural. Un nuevo y muy original modelo para la historia cultural, que no sólo reivindica y asume radicalmente su intención de construir dicha historia de lo cultural “desde el punto de vista de las víctimas”, es decir desde el punto de vista de las clases populares, oprimidas y casi siempre silenciadas y marginadas, sino que también ha explicitado el importante y hoy célebre “paradigma indiciario” que subyace no sólo al trabajo de los historiadores, sino también a la labor de otras ciencias sociales e incluso de las ciencias médicas, con todas sus complejas y enormes consecuencias epistemológicas.

A la vez y para completar esta peculiar aproximación microhistórica al campo de la historia cultural, la misma ha desarrollado también el método combinado morfológico-histórico, para desembocar, más recientemente, en la indagación más general de los supuestos mismos de toda construcción cultural posible, y en consecuencia, de los límites y las implicaciones de los diálogos e intercambios transculturales y multiculturales<sup>114</sup>.

Dos ramas o vertientes del trabajo microhistórico italiano, que aunque se han ido separando cada vez más entre sí e incluso, en el caso de sus representantes principales, alejando un poco de la propia revista mencionada de los *Quaderni Storici*, no dejan sin embargo de ganar cada vez más presencia e influencia en una

114. Estamos pensando, en este punto, en los agudos libros escritos por Carlo Ginzburg, entre los cuales podemos citar *El queso y los gusanos*, antes citado; *Mitos, emblemas, indicios*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1994 (libro en el que se incluye su excepcional ensayo sobre el paradigma indiciario); *Historia nocturna*, Ed. Muchnik, Barcelona, 1991; *Occhiacci di legno*, Ed. Feltrinelli, Milán, 1998 y *History, rhetoric and proof*, Ed. Brandeis University Press, Hannover, 1999. Véase también nuestro ensayo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “El queso y los gusanos: un modelo de análisis crítico para el estudio de las culturas subalternas”, en la revista *Prohistoria*, núm. 6, Rosario, 2002.

buena cantidad de espacios de la historiografía del mundo occidental, espacios que todavía hoy multiplican las traducciones de sus principales obras, a la vez que incorporan cada vez más sus diversas lecciones y enseñanzas.

Finalmente, un cuarto polo fuerte de la historiografía occidental actual lo constituye el grupo del *Fernand Braudel Center*, de la *State University of New York at Binghamton*, grupo liderado por Immanuel Wallerstein y que ha desarrollado en los últimos seis lustros la hoy difundida perspectiva metodológica del “*World-System Analysis*”. Un grupo cosmopolita y muy abierto, que ha encontrado su foro de expresión fundamental, a la vez que su mecanismo y lugar o espacio de concentración principal en la hoy importante revista titulada simplemente *Review*, una revista que *no* es sólo una revista de historia sino también muy declarada y conscientemente una revista crítica de ciencias sociales en general.

Perspectiva rica y polémica, que habiéndose inspirado doblemente en varias de las tradiciones tanto del marxismo original como de ciertos marxismos del siglo XX, y también en las lecciones esenciales del aporte contenido en las obras de Fernand Braudel, ha reivindicado permanentemente la centralidad e imprescindibilidad de construir análisis, desde perspectivas *globalizantes*, con una clara *densidad histórica* y desde la visión de la *larga duración*, y siempre ubicados en el horizonte de una postura radicalmente crítica<sup>115</sup>.

115. Para una primera aproximación a esta perspectiva del *World-System Analysis*, cfr. el ensayo de Walter L. Goldfrank “Intellectual background of Immanuel Wallerstein and his world-system”, en la revista *Modern Praxis*, núm. 7, Seul, 1988, texto que sin embargo ha quedado un poco rebasado dada su fecha de elaboración original. Para una síntesis predominantemente *descriptiva* del itinerario intelectual de Immanuel Wallerstein puede verse el libro de Orlando Lentini, *La scienza sociale storica di Immanuel Wallerstein*, Ed. FrancoAngeli, Milán, 1998. También puede verse el comentario a su libro más importante escrito por Harriet Friedmann, titulado “Promethean Sociology” en el libro

Así, y desde esta triple exigencia, totalizante, radicalmente histórica y profundamente crítica, común al marxismo y al “braudeliano”, la perspectiva del “análisis del sistema-mundo” ha comenzado por criticar frontalmente la implícita “unidad de análisis” abrumadoramente asumida por la inmensa mayoría de los científicos sociales de todo el siglo XX, y que es la unidad de la “sociedad” o el “Estado” o “el marco” nacionales, postulando que el capitalismo es un sistema histórico de vocación planetaria, y que en consecuencia la única unidad de análisis pertinente es y debe ser la del sistema-mundo capitalista concebido como entidad única y global<sup>116</sup>.

*Required reading. Sociology's most influential books*, editado por Dan Clawson, Ed. University of Massachusetts Press, Amherst, 1998 y nuestro libro y artículo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein. Crítica del sistema-mundo capitalista*, Ed. Era, México, 2003, y “Chiapas, América Latina y el sistema-mundo capitalista”, en el libro colectivo *Chiapas en perspectiva histórica*, Ed. El Viejo Topo, Barcelona, 2002. Igualmente y para una aproximación más directa es recomendable ver los libros del propio Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema-mundial*, tomos I, II, y III, Ed. Siglo XXI, México, 1979, 1984, y 1998; también *Después del liberalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1996 y también *Impensar las ciencias sociales*, Ed. Siglo XXI, México, 1998.

116. Sobre este punto, que es quizá la contribución más importante y original de esta perspectiva del análisis del sistema-mundo, Immanuel Wallerstein ha insistido reiteradamente. Véanse por ejemplo sus textos “Hold the tiller firm: on method and the unit of analysis” en la revista *Comparative Civilizations Review*, num. 30, Spring 1994; “World-System” en el libro *A dictionary of marxist thought*, 2ª. edición, Ed. Blackwell, Oxford, 1991, “An agenda for world-system analysis”, en el libro *Contending Approaches to World-System Analysis*, Ed. Sage, Beverly Hills, 1983, “World-System Analysis”, en el libro *Encyclopedia of Political Economy*, Ed. Routledge, Londres, 1999, o los artículos “¿Desarrollo de la sociedad o desarrollo del sistema-mundo?”, “Sistemas históricos como sistemas complejos” y “Llamado a un debate sobre el paradigma”, estos tres últimos incluidos en el libro *Impensar las ciencias sociales*, antes citado. Las dos obras que mejor ilustran las implicaciones y la novedad derivada de esta tesis central de la perspectiva del “world-system analysis”, son la obra de Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema-mundo*, ya mencionado, y de Giovanni Arrighi, *El largo siglo XX*, Ed. Akal, Madrid, 1999.

Criticando entonces ese “encerramiento” de las investigaciones sobre lo social, en los limitados horizontes de las fronteras nacionales, esta perspectiva del análisis del sistema-mundo, va a subrayar el hecho de que existe por encima y por debajo de cualquier dinámica nacional posible, una dinámica *global* y mucho más *universal* del sistema-mundo en su conjunto, dinámica que si es ignorada, va a falsear y a limitar necesariamente nuestros análisis e interpretaciones.

Con lo cual, Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi y todo el grupo de los defensores de esta perspectiva, van a exigirnos resituar siempre nuestras problemáticas dentro de un horizonte planetario o semiplanetario, interrogándonos acerca de las causas y los elementos que, desde esa dinámica universal y global del sistema-mundo en su totalidad, han influido de manera decisiva para la generación y modalidades de los fenómenos más locales, o regionales, o nacionales que nosotros intentamos explicar.

Así, y entre muchos otros ejemplos que podríamos citar, será posible comprender los múltiples movimientos de 1968 —es decir todos esos movimientos de los años de 1966 a 1969—, como otras tantas expresiones de una verdadera y profunda “revolución cultural” dentro del sistema-mundo en su conjunto, revolución que entonces y no casualmente va a *repetir* en prácticamente todo el planeta ciertos rasgos o trazos comunes, más allá de las evidentes diferencias y especificidades de su manifestación en cada lugar.

O también, y gracias a este enfoque planetario y global desde el sistema-mundo como unidad de análisis, será posible entender que los Estados Unidos se encuentran ya en la fase de claro declive de su poder hegemónico planetario, repitiendo desde la crisis de 1972-73 la misma decadencia hegemónica que vivió Holanda después de 1689, o Inglaterra después de 1870, y que explica por qué cada vez más los norteamericanos se batan en retirada en todo el mundo, mientras Japón y Europa Occidental comienzan ya a disputarse su

posible sucesión en ese puesto hegemónico del sistema-mundo actual. Decadencia hegemónica indetenible de los Estados Unidos, que explica también el desesperado y terrible maccartismo planetario que hemos padecido en todo el mundo, después de la tragedia del 11 de septiembre de 2001.

Introduciendo entonces en sus análisis esta dimensión más universal de la dinámica global del sistema-mundo, este cuarto polo fuerte de la historiografía occidental ha sido capaz de proponer tanto una nueva explicación de la historia entera del capitalismo moderno como también de los principales fenómenos y procesos históricos del siglo XX, desde el leninismo, la historia de la Unión Soviética y el proyecto del “socialismo en un solo país” hasta el ciclo de la hegemonía estadounidense, la revolución de 1968, el rol de la OPEP, la caída del muro de Berlín, las recientes guerras del Golfo Pérsico y de Kosovo, o los sucesos del 11 de septiembre y de la injusta invasión a Afganistán y a Irak, entre muchos otros temas<sup>117</sup>.

Además, y llevando hasta el plano epistemológico dicho cuestionamiento ya aludido de las “premisas no explicitadas” de nuestras propias ciencias sociales contemporáneas, esta perspectiva va a desmontar y criticar también los supuestos de la construcción de los actuales sistemas de los saberes, de las “culturas” y de las ciencias sociales, impugnando el modo

117. Para la explicación más detallada de todos estos importantes fenómenos, desde esta perspectiva del world-system analysis, el lector puede remitirse a los libros de Immanuel Wallerstein, *The capitalist world-economy*, coedición de Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1979; *The politics of the world-economy*, coedición Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1984; *Geopolitics and geoculture*, coedición Cambridge University Press y Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1991; *Después del liberalismo*, op. cit.; *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, Ed. Siglo XXI, México, 1998; *The end of the world as we know it*, antes citado, y el libro de Immanuel Wallerstein y Terence K. Hopkins, *The age of transition. Trajectory of the world-system 1945-2025*, también ya mencionado.

parcelado, cuadriculado y autonomizado de explicación de lo social, creado y afirmado en los últimos ciento treinta años, y frente al cual, esta perspectiva del world-system analysis va a defender la construcción de una nueva y más compleja *unidisciplinariedad*<sup>118</sup>.

Cuarto polo fuerte de los estudios históricos del mundo occidental que completa esta primera parte del mapa global de esta misma historiografía actual. Mapa que, sin embargo, no puede explicarse cabalmente sin la consideración de su segunda parte, constituida por los tres "polos emergentes" que hoy despuntan también en su interior.

\* \* \*

Junto a los cuatro polos fuertes que compiten hoy en el seno de la historiografía occidental, también es posible detectar varios polos "emergentes" que, si bien *no* poseen aún ni la fuerza, la presencia, el impacto y la difusión de dichos polos fuertes, sí representan en cambio perspectivas interesantes que, si en los próximos veinte o treinta años continúan afirmándose y consolidándose en la misma línea que ahora han esbozado podrían entonces, en el futuro mediato, terminar convirtiéndose quizá en los nuevos polos fuertes o referentes obligados dentro de los estudios históricos del mundo occidental.

Y ello no solo porque la vida de todas las corrientes y tendencias historiográficas es necesariamente finita, sino también porque con la nueva situación policéntrica de la historiografía occidental posterior a 1968 se ha intensificado y multiplicado enormemente

118. Sobre este punto véase los libros de Immanuel Wallerstein *Abrir las ciencias sociales e Impensar las ciencias sociales*, ambos citados anteriormente. Se abre aquí, una línea de investigación que se encuentra todavía en proceso de desarrollo por parte de los propios representantes de esta perspectiva del análisis del sistema-mundo.

la pluralidad y la diversidad intrínsecas de nuestro propio oficio de historiador.

Además, y como hemos apuntado ya en parte, cuando nos acercamos con más cuidado al examen de los cuatro polos fuertes que hemos reseñado, resulta claro que prácticamente todos ellos enfrentan, con sus peculiaridades y diferencias específicas, el enorme y urgente problema del relevo generacional. Y allí, y analizando con serenidad las distintas situaciones de esos varios polos fuertes, resulta claro que *no* son evidentes, ni mucho menos, las figuras que habrán de suceder a las personalidades que construyeron y que dieron fuerza y brillo a esos mismos polos historiográficos, que hoy se expresan en las más importantes revistas de historia del mundo occidental. ¿Dónde están, claramente ubicables, los sucesores de Bernard Lepetit, de Eric Hobsbawm, de Perry Anderson o de E. P. Thompson? ¿Y dónde los herederos intelectuales de Eduardo Grendi, de Giovanni Levi, de Carlo Ginzburg, de Immanuel Wallerstein o de Giovanni Arrighi? Porque si, en algunos casos, pero que son la *minoría*, podría aventurarse una posible respuesta, también es cierto que dichos herederos y sucesores están lejos de haber ganado ya la legitimidad intelectual y la fuerza institucional que les aseguren dicha sucesión.

Y aunque es cierto en general que el problema nunca aparece más que allí donde están ya dadas las condiciones de su solución también es verdad que una de las soluciones posibles a estas preguntas sea, simplemente, la de que tal o cual polo fuerte de la historiografía actual entrará en decadencia y se apagará tras la desaparición de alguna o algunas de sus figuras más prominentes.

Por ello, resulta importante también tratar de ubicar esos polos "emergentes" de la actual historiografía occidental, que eventualmente podrían tomar el relevo de dichos polos fuertes en el momento de su declive particular.

Así, un primer polo importante en vías de afirmación lo constituye el polo de la nueva historiografía rusa, que alimentada por

las enseñanzas de Marx, pero en ruptura con las simplificaciones y vulgarizaciones del “marxismo soviético” de los manuales, se ha desplegado sobre todo en el campo de la antropología histórica. Una historiografía que desde los años cincuenta, y en posición entonces herética y marginal, se mantuvo siempre atenta a los desarrollos de, entre otras, la corriente de los Annales —traduciendo al ruso, por ejemplo y ya en 1957, el libro de Marc Bloch, *Caracteres originales de la historia rural francesa*<sup>119</sup>— y que recuperando también entre otras las lecciones de los trabajos de Mijail Bajtin, se ha desarrollado con las investigaciones y los trabajos de autores como Yuri Bessmertnij o Aaron Gurevich.

Polo emergente de la historiografía actual, que se ha organizado en torno a la publicación regular del anuario *Odyseus*, desde el cual se trata de promover tanto la actualización y renovación de la historiografía rusa contemporánea como también la consolidación de una perspectiva propia y original dentro de los estudios históricos del mundo occidental<sup>120</sup>.

Enfrentando entonces el problema de las dificultades que implica el hecho de que sus principales trabajos y su propia revista más importante sólo son accesibles en ruso, y aún sin la fuerza y presencia necesarias para forzar o provocar la traducción siste-

119. Sobre esta temprana traducción rusa del libro de Marc Bloch, cfr. el artículo de Fernand Braudel “Marc Bloch à l’honneur”, en la revista *Annales. ESC*, año 14, núm. 1, París, 1959. En este mismo número está reproducida también la versión en francés del prefacio que la profesora D. Lublinskaya hizo para esta edición en ruso del libro de Marc Bloch.

120. Lo que explica, por ejemplo, su interesante crítica y debate amistoso con los “cuartos” Annales a los que antes hemos aludido. Sobre este punto, cfr. los textos de Youri Bessmertnij “Les Annales vues de Moscou”, en *Annales. ESC*, año 47, núm. 1, París, 1992 y también el debate entre Youri Bessmertnij, Bernard Lepetit, y Jean Yves Grenier, “A proposito delle nuove ‘Annales’”, ya citado y también el texto de Aaron Gurievich, “Invitation au dialogue. Lettre aux historiens français”, en la revista *MSH. Informations*, núm. 64, París, 1990.

mática a otras lenguas de dichos resultados historiográficos, este polo ruso emergente de los estudios históricos occidentales se encuentra además sometido a los vaivenes de su propio contexto inmediato, es decir a los cambios todavía hoy imprevisibles del destino inmediato y mediato de la propia Rusia.

Un segundo polo emergente de la historiografía occidental lo constituyen los representantes de la *Neue Sozial Geschichte* alemana. Porque es claro que aun ahora, en el año 2004, la cultura alemana, y con ella su historiografía, *no* ha terminado aún de asimilar y procesar, superándolos completamente, los terribles efectos del nazismo, del holocausto y de la Segunda Guerra Mundial. Y ello no sólo en el sentido de explicar y de autoexplicarse cómo un país con la cultura, con el desarrollo y con la fuerza de la Alemania de principios de siglo pudo engendrar tales elementos de barbarie, sino también en el sentido de reconstruir, dentro de la propia Alemania, esas ricas, profundas y muy elaboradas tradiciones intelectuales que tanto en la historiografía como en las ciencias sociales tuvieron todavía vida hasta los mismos años treinta de este siglo.

Inmersa entonces, todavía, en ese forcejeo intelectual, y aún con la asignatura pendiente de su superación definitiva, la historiografía alemana reciente ha empezado, no obstante, a producir interesantes trabajos, como por ejemplo los de la denominada "historia conceptual", incursionando también desde sus propias perspectivas en el vasto espacio de la historia social, y concretando obras como las de Reinhart Koselleck o Jurgen Köcka, entre otros<sup>121</sup>.

121. Lamentablemente, es hace muy poco tiempo que han comenzado a traducirse más sistemáticamente los trabajos de esta nueva historia social alemana, sobre la cual pueden verse, Jurgen Köcka, *Historia social y conciencia histórica*, Ed. Marcial Pons, Madrid, 2002 e *Historia Social. Concepto, Desarrollo, Problemas*, Ed. Alfa, Barcelona, 1989, y de Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, Ed. Paidós, Barcelona, 1993, *L'expérience de l'histoire*, Ed. EHESS-Gallimard-Le Seuil, Paris,

Una renovada historia germana, que al mismo tiempo que se reenlaza con sus propias perspectivas filosóficas nacionales y con esa rica herencia anterior al nazismo que abarca a la Escuela de Frankfurt, a Georg Simmel, a Max y Alfred Weber o a Norbert Elías, entre muchos otros, se ha abierto también al debate y a la recuperación crítica de los aportes de la corriente de los Annales, de la microhistoria italiana, de la historia de la vida cotidiana o de la historiografía socialista británica, entre otras<sup>122</sup>.

Así, si esta historiografía alemana lleva a buen término este *aggiornamento* historiográfico que ahora realiza, y si logra consolidar la propuesta original que parece apuntar en algunos de los trabajos antes mencionados, ella podría ser, en el futuro mediato, uno de los futuros polos fuertes de la historiografía por venir.

Finalmente, un tercer polo emergente de los estudios históricos

1997, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Ed. Paidós, Barcelona, 2001, *Aceleración, prognosis y secularización*, Ed. Pre-textos, Valencia, 2003, y junto con Hans-Georg Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Ed. Paidós, Barcelona, 1997. Sobre esta historiografía alemana reciente véase también el artículo de Walther L. Bernecker, "La historiografía alemana reciente", en la revista *Historia contemporanea*, núm. 7, 1992.

122. Por esta razón, no es para nada una casualidad la creciente traducción al alemán de los diferentes trabajos de todas estas corrientes, desde la corriente francesa de los Annales hasta los trabajos de la historiografía socialista británica, pasando también por los de la microhistoria italiana y la historia radical norteamericana. Y es ello lo que explica, también, la difusión y aclimatación de términos que se han vuelto corrientes en el discurso historiográfico alemán reciente, tales como los de *Mentalität*, *Mikrogeschichte*, *Alltagsgeschichte* o *Geschichteswerkstätten*. Al respecto cfr. el libro de Matthias Middell y Steffen Sammler, *Alles Gewordene hat Geschichte. Die schule der Annales in ihren texten*, antes citado, y también el libro de Alf Lüdtke, *Histoire du quotidien*, Ed. Maison des Sciences de l'Homme, París, 1994 (y en especial, el artículo de Hans Medick "Missionaires en bateau? Les modes de connaissance ethnologiques: un défi à l'histoire sociale") y también el artículo de Michael Wildt, "Los talleres de historia en Alemania: un análisis al final de la posguerra alemana", en la revista *Taller d'història*, núm. 4, Valencia, 1994.

occidentales más contemporáneos, está conformado por la cada vez más fuerte y difundida historia regional latinoamericana. Una historiografía que, igual que la civilización de América Latina, es todavía joven y pujante, y que reflejando la excepcional relevancia que la dimensión regional tiene en nuestro semi-continente —en donde la formación de naciones es mucho más tardía que en Europa y en donde el peso y las raíces de las identidades regionales se han mantenido durante siglos—, ha sido capaz de desarrollar de una manera muy creativa y original esta misma rama de la historiografía regional, que se refleja en los trabajos que dentro de este campo se han ido concretando en México, en Brasil, en Cuba, en Perú o en Argentina durante los últimos siete lustros recién transcurridos.

Multiplicando entonces una abundante producción, de alta calidad, de estudios, monografías y análisis de casos regionales, lo que le ha faltado a esta rica historiografía regional de América Latina ha sido *teorizar y explicitar* más, en términos *epistemológicos*, el conjunto de *lecciones generales* que se derivan de esos múltiples estudios empíricos. Así, y al no haber aún construido los modelos generales que decantaran esas lecciones de orden más global, implícitas en dicha producción monográfica y empírica, la historiografía latinoamericana reciente no ha podido aún franquear ese paso importante que quizá podría hacerla pasar de polo “emergente” a polo fuerte de la historiografía actual, insertándola de lleno, y con su contribución propia y original, en el debate historiográfico mundial hoy en curso de desarrollo.

Haciendo entonces gala de un cosmopolitismo también excepcional, que la ha mantenido siempre abierta a la recuperación de todos los aportes historiográficos posibles, independientemente de su lugar de origen, del idioma en que se transmitieran, o de la posición o postura historiográfica que representaran, esta historiografía de América Latina esboza ya en este rasgo suyo de antaño, uno de los trazos que deberán

caracterizar toda la historiografía occidental y mundial de este tercer milenio cronológico que acaba de comenzar<sup>123</sup>.

\* \* \*

Como lo han recordado repetidamente, tanto Henri Pirenne como Fernand Braudel, la historia más *contemporánea* plantea la enorme dificultad de que, para el historiador del presente, resulta muy complejo evaluar y discriminar cuáles son los hechos, fenómenos y procesos verdaderamente *históricos* —es decir cargados de consecuencias e implicaciones relevantes hacia el futuro—, separándolos de aquellos menos significativos y menos importantes. Pero se trata sólo de una dificultad suplementaria, que se agrega a todas aquellas que enfrenta el historiador en cualquier otra época que estudie, y que por lo tanto *no* disculpa ni justifica la muy difundida evasión de los seguidores de Clío frente a ese presente candente.

Entonces, si bien resulta un poco más difícil diagnosticar y explicar al presente en términos históricos que interpretar y examinar el pasado, también es cierto que, en compensación, cuando trabajamos sobre el presente trabajamos de manera más viva y directa con las líneas de fuerza de una realidad que se despliega frente a nuestros ojos, y sobre la que podemos incluso intervenir de manera activa y creadora.

Por eso, si con Michelet, “creemos en el futuro porque nosotros mismos participamos en su propia construcción”, bien vale la pena

123. Para ahondar un poco en los rasgos *generales* de esta historiografía latinoamericana reciente, véase el artículo de Alan Knight “Latinoamérica: un balance historiográfico”, en la revista *Historia y grafía*, núm. 10, 1998. Véanse también nuestros artículos, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La recepción de la historiografía francesa en América Latina. 1870-1968”, “La recepción del *Metier d’Historien* de Marc Bloch en América Latina” y “Fernand Braudel y la historia de la civilización latinoamericana”, todos incluidos en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, antes citado.

arriesgar nuestras herramientas y nuestros esfuerzos de historiador, en esta tarea generadora e inventiva de edificación de “nuestro más actual presente” y de nuestro más anhelado futuro.

## LAS LECCIONES DE MÉTODO DE LA HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL MÁS CONTEMPORÁNEA

“...la contrahistoria (...) será el discurso de los que no poseen la gloria o —habiéndola perdido— se encuentran ahora en la oscuridad y en el silencio.”

MICHEL FOUCAULT, *Genealogía del racismo*, 1976.

Una vez que hemos esbozado, en grandes líneas, la configuración del mapa general de lo que es la historiografía occidental actual, definiendo tanto sus trazos comunes más sobresalientes, como también sus “polos fuertes” y sus posibles “polos emergentes”, puede ser útil retornar a la consideración de cuáles han sido los aportes específicamente metodológicos que han sido desarrollados por esos cuatro polos fuertes de la historiografía occidental, durante los treinta y cinco años posteriores a esa fundamental revolución cultural mundial de 1968.

Y ello no solo para tener una idea más cercana de los perfiles esenciales de estas corrientes historiográficas que, en tanto herederas directas de esa gran ruptura cultural de 1968, van a ser también las que elaboren y propongan los *nuevos modos* de ejercer y de practicar la historia y la investigación histórica que son hoy los *modos de vanguardia* todavía vigentes dentro de los estudios históricos mundiales, sino también para precisar un poco más cuáles son las principales formas, los modelos y los horizontes de la manera en que hoy, en el año de 2004, se estudia, se investiga y se enseña la historia por parte de los mejores y los más avanzados defensores de la historia genuinamente *crítica* de una buena parte de todo el planeta.

Lecciones epistemológicas y metodológicas fundamentales de la historiografía de los últimos treinta y cinco años, que también son olímpicamente ignoradas por la mala historia positivista todavía dominante en vastos espacios de las historiografías nacionales de todo el mundo, pero que, junto a los aportes y las lecciones aún vivas de la historia marxista, y unidas también a las contribuciones desarrolladas por la corriente francesa de los Annales del periodo de 1929 a 1968, constituyen la *plataforma imprescindible* de los elementos formativos esenciales que, en la situación actual, debe poseer todo buen historiador genuinamente crítico, y que desee verdaderamente estar a la altura de nuestra propia época. Veamos entonces, brevemente, cuáles son estas lecciones de la historiografía de los últimos siete lustros, impulsadas y propuestas por esas corrientes nuevas o renovadas que son los cuatro polos fuertes de la historiografía occidental y tal vez mundial más contemporánea.

\* \* \*

Una primera lección que es posible derivar de esta historiografía post-68 está asociada a los desarrollos más recientes de la corriente francesa de los Annales, y en especial a lo que podríamos considerar su “cuarta generación” o cuarto proyecto intelectual fuerte, desplegado desde 1989 y hasta hoy<sup>124</sup>. Porque es sabido que después de 1968, la corriente de los Annales tuvo un viraje radical respecto del tipo de historia que había impulsado entre 1929 y 1968, historia esta última cuyos perfiles y enseñanzas hemos de-

124. Sobre esta cuarta generación de los Annales, cfr. Bernard Lepetit, “Les Annales Aujourd’hui”, en *Review*, vol. XVIII, núm. 2, Binghamton, 1995 y Carlos Antonio Aguirre Rojas, *La escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1999. (De este último libro citado existe también una versión en francés, *L’histoire conquérante. Un regard sur l’historiographie française*, Ed. L’Harmattan, Paris, 2000, que incluye una actualización de la Bibliografía final.)

sarrollado en otra parte<sup>125</sup>. Y entonces, entre 1968 y 1989, lo que los Annales hicieron fue dedicarse a la amorfa, ambigua y poco consistente “historia de las mentalidades”, historia que abordó tanto problemáticas y temas históricos bastante banales e inesenciales, como unos pocos estudios dedicados a temas más serios y relevantes, pero que en conjunto se autodeclaró una historia *ecléctica* desde el punto de vista metodológico, y también una historia sin línea directriz ni principios teóricos, que aceptaba absolutamente cualquier enfoque histórico posible, con la única condición de que abordara ese indefinido campo de las “mentalidades”<sup>126</sup>. Y resulta claro que desde el punto de vista de la historia crítica muy poco puede ser rescatado del conjunto que abarca esa historia de las mentalidades, desarrollada por la tercera generación de la corriente annalista.

En cambio, y es ésta la primera lección de esa historiografía francesa de los últimos quince años, resulta interesante el nuevo modelo de historia cultural que esta cuarta generación de Annales ha promovido, y que es el modelo de una historia social de las prácticas culturales, también caracterizado como una nueva historia cultural de lo social. Una historia que, frente al subs-

125. Al respecto, además de nuestro libro citado en la nota anterior, cfr. también Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Os Annales e a historiografía francesa. Tradições críticas de Marc Bloch a Michel Foucault*, Ed. Universidad de Maringá, Maringá, 2000, *Fernand Braudel und die modernen Sozialwissenschaften*, Ed. Leipzig Universitaet Verlag, Leipzig, 1999, *Tempo, Duração, Civilização. Percursos Braudelianos*, Ed. Cortez Editora, Sao Paulo, 2001 y *Braudel o Mundo e o Brasil*, Ed. Cortez Editora, Sao Paulo, 2003.

126. Para la crítica de esta historia de las mentalidades puede verse Fernand Braudel, “A manera de conclusión” en la revista *Cuadernos Políticos*, núm. 48, México, 1986, G. E. R. Lloyd, *Las mentalidades y su desenmascaramiento*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1996, Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Ed. Muchnick, Barcelona, 1981, Francois Dosse, *La historia en migajas*, Ed. Alfons el Magnanim, Valencia, 1988, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “¿Qué es la historia de las mentalidades? Auge y declinación de un tema historiográfico”, en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, Ed. Centro Juan Marinello, La Habana, 1999.

tantivismo autosuficiente de los estudios históricos de las mentalidades —que en ocasiones ha llegado hasta el idealismo abierto y confeso, como en la obra de Philippe Ariès—, va en cambio a representar un verdadero esfuerzo de una historia otra vez *materialista*, y otra vez profundamente *social* de los fenómenos culturales<sup>127</sup>.

Así, y asociada muy de cerca a los trabajos de Roger Chartier, esta historia social de las prácticas culturales nos propone analizar *todo* producto cultural como “práctica”, y por ende, a partir de las *condiciones materiales* específicas de su producción, de su forma de existencia, y después de su propia difusión y circulación reales. Por ejemplo, como en el caso de la historia del libro, que no sólo estudia los contenidos intelectuales y los mensajes culturales del mismo, sino también sus modos de fabricación, los procesos de trabajo de los editores, la composición material misma de los textos y su forma de presentación dentro del “objeto libro”, igual que las diferentes formas de su lectura y de su recepción, por parte de los muy diversos “públicos” que lo consumen y lo utilizan en una época dada. Es decir, una historia cultural que vista como esa síntesis de diversas “prácticas” es una historia *materialista* en el mejor sentido de este término.

Y también una historia de la cultura que es profundamente *social*, en la medida en que restituye y reafirma esa condición de los productos y de las prácticas culturales, como resultados siempre directos de la propia *actividad social*. Es decir, que tanto una práctica de lectura determinada como cierto conjunto de representaciones asumidas, determinado comportamiento cultural de una clase o grupo social, que una determinada moda-

127. Sobre este punto cfr. Roger Chartier, *El mundo como representación*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1992; *Libros, lecturas y lectores en la edad moderna*, Alianza editorial, Madrid, 1993; *Sociedad y escritura en la edad moderna*, Ed. Instituto Mora, México, 1995; y *Au bord de la falaise*, Editorial Albin Michel, Paris, 1998.

lidad de construcción del discurso, son todas distintas manifestaciones culturales que son siempre producidas, acogidas y reproducidas por una específica sociedad y en un cierto contexto histórico, lo que nos obliga entonces a partir siempre de ese referente social e histórico, para la explicación de toda práctica o fenómeno cultural posible. Un nuevo modelo de historia cultural, que si bien se encuentra *todavía en proceso de construcción*, y más precisamente en la vía de desprenderse de su matriz originaria, que fue esta historia del libro y de la lectura, para intentar convertirse en un modelo *más general* de historia cultural, podría eventualmente en el futuro llegar a producir y a proponer algunas perspectivas interesantes y útiles para los historiadores críticos contemporáneos.

Una segunda lección, mucho más cercanamente vinculada a la historiografía de esa cuarta generación de los Annales que hemos referido, es la de la reivindicación de una historia *social* diferente, focalizada en particular en reconstruir, de nueva cuenta, la compleja dialéctica entre individuo y estructuras, o entre agentes sociales, sean individuales o colectivos, y los entramados o contextos sociales más globales dentro de los cuales ellos despliegan su acción<sup>128</sup>. Así, tratando de ir más allá de las visiones esquemáticas que, durante décadas, redujeron la acción de los individuos y su rol social al de simples “marionetas”, unilateralmente determinadas en sus posiciones y en sus prácticas por dichas estructuras sociales, estos cuartos Annales proponen volver a revalorar el papel *activo y constructivo* de esos agentes sociales, que no sólo crean y dan cuerpo total a dichos entramados y estructuras sociales como fruto de sus acciones y de sus interrelaciones, sino que también disfrutan, permanentemente,

128. Para este proyecto de una nueva historia social, cfr. de Bernard Lepetit, “La historia pren els actors seriosament?”, en *Manuscrits*, núm. 14, Barcelona, 1996 y el libro que él coordinó *Les formes de l'experiencia. Une autre histoire sociale*, Ed. Albin Michel, Paris, 1995.

de ciertos márgenes de libertad en su acción cotidiana, eligiendo constantemente entre diversas alternativas y modificando con sus propias prácticas, a veces menos y en otras ocasiones mucho más, esas mismas estructuras sociales que, sin duda, establecen en cada momento los límites concretos de su acción.

De esta forma se restituye un enfoque mucho más dinámico y mucho más complejo de los agentes como creadores y reproductores de las estructuras, y de las estructuras como marco envolvente y como límite de la acción de los agentes, que sin embargo se interrelacionan e interinfluyen recíprocamente todo el tiempo; para transformarse mutuamente, esos cuartos Annales son capaces de mostrar, no sólo el carácter cambiante y móvil de los determinismos que las estructuras ejercen sobre los agentes —y que lejos de ser omnipresentes, fatales y de un solo sentido claro, son más bien determinismos generales, tendenciales y en ocasiones de varios sentidos posibles—, sino también el papel siempre activo, dinámico y creador de esos agentes sobre las estructuras, a las que no solo han construido ellos mismos en el origen, sino a las que reproducen todo el tiempo con su acción, y a las que por lo tanto pueden también modificar, incluso radical y completamente, en ciertas condiciones y en ciertos momentos históricos determinados<sup>129</sup>.

Se trata de otra historia social, que superando tanto la visión de la estructura omnipresente y todopoderosa sobre el agente pasivo y puramente receptivo, como también la vertiente opuesta del agente capaz de todo y demiurgo de la estructura y del mundo, que concibe a dicha estructura como reducida a mero "telón de fondo" subsidiario y marginal, intenta más bien reconstituir ese complejo va y viene, desde el individuo o desde el grupo hacia el contexto, y desde este último hacia los pri-

129. Al respecto cfr. Bernard Lepetit, *Carnet de croquis. Sur la connaissance historique*, Ed. Albin Michel, Paris, 1999, y "La larga duración en el presente" en el libro *Segundas Jornadas Braudelianas*, Ed. Instituto Mora, México, 1995.

meros. Restitución de esa compleja dialéctica entre los sujetos sociales y las situaciones o medios de su acción, que ha permitido corregir ciertas versiones deformadas de una historia objetivista y estructuralista, que había reducido el papel de los individuos, o de los agentes, o de los sujetos sociales, al de simples “portadores de su condición de clase”, o también al de mera expresión de la estructura, historia que prosperó tanto dentro del marxismo vulgar como fuera de él, antes de la importante revolución cultural de 1968. Pero que, al replantearse en términos de esta dialéctica de interinfluencias recíprocas, permite abonar el desarrollo de una historia realmente crítica, que puede desarrollarse dentro de todos los diversos campos de lo histórico, para aplicarse tanto a la historia cultural o a la historia económica como a la historia demográfica, política o social, entre otras.

\* \* \*

La tercera lección post-68 para una historiografía crítica se encuentra en cambio asociada a los desarrollos de las varias tendencias y subgrupos que han sido genéricamente calificados como la “historia marxista y socialista británicas contemporáneas”<sup>130</sup>. Y se trata de la propuesta, una vez más, de reivindicación de la historia *social*, pero aquí entendida, en particular, como el proceso múltiple de *recuperación* del conjunto de las *clases populares* y de los grupos oprimidos dentro de la historia. Recuperación concebida en muy diferentes líneas y niveles, que en un caso se despliega, específicamente, en el sentido del rescate

130. Para un primer acercamiento a esta historiografía socialista británica puede verse H. J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*, Ed. Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1989 y *The education of desire. Marxist and the writing of history*, Ed. Routledge, Nueva York, 1992, además de los números 18 y 25 de la revista *Historia Social*, de Valencia, consagrados a Edward P. Thompson y a Eric Hobsbawm, respectivamente.

de dichas clases y grupos populares en relación a su verdadera condición de *agentes* de la dinámica social y del cambio social, mientras que en otro caso avanza, más bien, como el proyecto de reintegrar la *voz* y la *memoria* de esos sectores populares en tanto que fuentes esenciales para la construcción del saber histórico. Pero también, en una tercera vertiente, respecto a la elección de la situación de estas clases mayoritarias como *observatorio* o punto de partida del análisis de la totalidad de lo social, al defender una historia construida *to bottom up* (desde abajo hacia arriba), en la que el criterio de estos sectores que son “los de abajo”, es el que define las formas de percepción y de análisis del grado, la intensidad, las formas y el curso concreto mismo de la confrontación y de la lucha de clases, en sus múltiples desenlaces y resultados posibles.

De este modo, una primera variante de este proceso multifacético de recuperación de las clases populares dentro de la historia, avanza en el sentido de revalorar profundamente, una vez más, el verdadero papel que han tenido esas clases populares y esos grupos oprimidos como reales *protagonistas y constructores* del drama histórico. Algo que, como es bien sabido, ha sido originalmente planteado y desarrollado por Marx, y que estos historiadores británicos, justamente marxistas, van a volver a recordar y a replantear con fuerza, frente a la historia positivista inglesa que ellos combaten e intentan superar. Y entonces, tendremos nuevamente, y apoyada e inspirada en parte en esta historia socialista inglesa, toda una nueva y vigorosa ola de trabajos concentrados en reconstruir las historias de la clase obrera, los itinerarios y el papel de los movimientos campesinos, las experiencias y las luchas de los trabajadores, los estudios y los análisis de los grupos marginales más diversos, igual que la popularización de obras y ensayos sobre la cultura popular y la conciencia obrera, sobre las cosmovisiones campesinas y sobre las formas de ver y de concebir el mundo características de esos diversos grupos y sectores sociales marginales

y marginados ya mencionados, entre muchas otras<sup>131</sup>.

Vasto conjunto de perspectivas y de historias de *todas* las clases sociales, y de los innumerables movimientos sociales, que habiendo cobrado nuevo auge después de 1968, se prolongan hasta el día de hoy como uno de los campos más fértiles para el ulterior desarrollo de las historiografías críticas de todo el planeta.

Una segunda variedad importante dentro de estos enfoques de la historia socialista británica es la que se ha concentrado en proponer el rescate directo de la voz y de la memoria de esas clases populares como instrumento y fuente para la construcción misma del saber histórico. Pues si esta perspectiva afirma que son esas clases populares las que *hacen* la historia real, entonces lo más lógico es que sean también ellas las que *escriban* la historia y las que elaboren los propios discursos históricos que intentan dar cuenta de sus obras, de sus luchas, de sus actividades y de sus papeles y roles específicos, dentro de los procesos sociales históricos globales<sup>132</sup>.

131. Nos referimos a las obras de historiadores como Rodney Hilton, Christopher Hill o Eric Hobsbawm, por mencionar solo a algunos de los más conocidos. Al respecto, cfr. el ensayo de Eric Hobsbawm, "El grupo de historiadores del Partido Comunista", en el número ya referido de *Historia Social*, núm. 25, Valencia, 1996, en donde se narran los orígenes y primeras actividades de los autores de esta primera variante de la historiografía marxista que aquí estamos refiriendo.

132. Hablamos de los trabajos del grupo liderado por Raphael Samuel, el grupo de la revista *History Workshop*. Al respecto cfr. los libros coordinados por Raphael Samuel, *Historia popular y teoría socialista*, Ed. Crítica Grijalbo, Barcelona, 1984, y *Village life and labor*, Ed. Routledge & Kegan Paul, Londres, 1982. También sus artículos, "Veinticinco años de talleres de historia en Gran Bretaña", en *Taller d'història*, núm. 4, Valencia, 1994, "Desprofesionalizar la historia" (Entrevista a R. Samuel), en *Historia oral*, Ed. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991, "¿Qué es la historia social?" en *Historia Social*, núm. 10, Valencia, 1991 y "La lectura de los signos" en *Historia contemporánea*, núm. 7, Bilbao, 1992. También el libro del mismo Samuel, *Theatres of Memory*, Ed. Verso, Londres-Nueva York, 1996.

Siguiendo entonces la idea de que la ciencia de la historia debe “dar voz” a los oprimidos, y de que debe conseguir que todo el mundo escuche dicha voz, al recuperarla sistemáticamente dentro de los elementos del propio saber histórico, esta historia socialista británica ha tratado de implementar los mecanismos para rescatar y reincorporar esa memoria de los verdaderos protagonistas esenciales de la historia real, recurriendo para ello a la construcción y a la revalorización de las técnicas de la historia *oral*, a la vez que fundaba los célebres *History Workshops* o “talleres de historia” en los que, juntos y combinando sus habilidades y sus saberes específicos, los propios obreros, o los habitantes de un barrio, o los protagonistas de un cierto movimiento social, o los campesinos de una localidad, trabajaban con los historiadores “profesionales” o de oficio, para hacer y escribir, o para rehacer y para reescribir la historia, de esa clase, de ese barrio, de ese movimiento o localidad particulares.

Una historia radical que, en la medida en que está incorporando a los propios trabajadores y sectores populares como generadores y constructores del propio saber histórico, se ha abierto entonces, de manera amplia y muy receptiva, al seguimiento, estudio y registro de prácticamente *todos* los movimientos antisistémicos contemporáneos, haciéndose eco sin excepción tanto del movimiento feminista como del movimiento obrero, de los movimientos pacifistas y antinucleares o de los movimientos estudiantiles, de los movimientos campesinos o de los movimientos antirracistas, así como de los movimientos indígenas, urbanos, territoriales o locales más diversos.

Una tercera versión de esta historia, derivada de las dos anteriores, es la de construir toda historia posible como una “historia desde abajo”, es decir como una historia que aunque se ocupe del análisis de las clases dominantes, o en otras ocasiones de la cultura de las élites, o del papel del Estado o del mercado, o de la nación, lo hará siempre desde *este observatorio específico* que es el del emplazamiento y la perspectiva de análisis de esas mismas

clases *populares*, viendo a los líderes desde el punto de vista de las masas, o al Estado desde la sociedad civil, a la vez que diagnostica a la cultura dominante desde la cultura popular, y a los explotadores y dominadores desde el punto de vista de sus víctimas, desentrañando los mecanismos del mercado desde la producción o construyendo la explicación del fenómeno de la “nación” desde el punto de vista del ciudadano ordinario y común.

Proponiendo entonces estudiar todo fenómeno histórico “desde abajo hacia arriba” (*to bottom up*), esta historiografía socialista británica quiere *descentrar* sistemáticamente la tradicional historia positivista también inglesa, siempre estatolátrica o adoradora del Estado, politicista, concentrada en los héroes y en los grandes hombres, e ignorante de esas clases populares antes mencionadas. Con lo cual, tendremos por primera vez dentro de los estudios históricos una perspectiva historiográfica que intenta construirse *desde el propio punto de vista de las clases populares*, desde los modos en que dichas clases sometidas han sentido, vivido y percibido, de manera concreta, todo el conjunto de los hechos y procesos históricos, desde los más cotidianos y aparentemente triviales, hasta los más espectaculares y llamativos<sup>133</sup>.

Lo que, evidentemente, se opone de manera frontal a la antigua concepción positivista tradicional, que siempre ha reproducido sin crítica solo el punto de vista de los vencedores y de las clases dominantes. Mientras que, en esta variante de la historia británica socialista, precisamente de lo que se trata es de reexaminar todos los hechos, situaciones y procesos de la historia desde las cosmovisiones de los campesinos y de los obreros, de los marginados y de los trabajadores, es decir, de todos aquellos

133. Nuevo tipo de historia cuyo principal representante es, sin duda, Edward P. Thompson. Sobre sus trabajos principales puede verse la lista bibliográfica “E.P. Thompson: una selección bibliográfica” en *Historia Social*, núm. 18, Valencia, 1994.

sujetos sociales cuyas visiones y percepciones específicas han sido casi siempre ignoradas y omitidas por los historiadores anteriores.

Por último, una cuarta línea de derivación importante de esta perspectiva historiográfica es la de la reivindicación del original concepto de “economía moral de la multitud”. Concepto este último que habiendo sido acuñado por el historiador Edward P. Thompson, nos proporciona una herramienta muy interesante y muy fecunda para la historia crítica de la lucha de clases y de los movimientos populares<sup>134</sup>. Pues recordándonos que esa lucha de clases *no* existe solo en los momentos culminantes o espectaculares de una revolución, de una revuelta popular o de la Toma de la Bastilla o del Palacio de Invierno, sino *siempre y permanentemente*, este concepto se nos ofrece como el esfuerzo de dar cuenta o de captar de modo más preciso el mecanismo o barómetro que, en la sensibilidad popular y desde el punto de vista de las propias masas populares, regula y establece en cada momento lo que es tolerable y lo que es intolerable, lo que es justo e injusto, lo que aún puede aceptarse frente a aquello que en cambio desencadena la ira popular y la indignación y la sublevación general, mecanismo que en cada situación histórica particular se ha construido siempre desde las tradiciones, la historia, las costumbres y los singulares modos de ver de cada grupo o clase popular, en cada circunstancia y tiempo histórico específicos.

Una “economía moral” de las clases populares, que solo es cap-

134. Sobre este importante y original concepto de “economía moral de la multitud” puede verse de Edward P. Thompson, su libro más importante, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Ed. Crítica, Barcelona, 1989 (2 vols.), y también su ensayo “La economía ‘moral’ de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII” en el libro *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Ed. Crítica, Barcelona, 1979. Igualmente, vale la pena ver también su ensayo “La economía moral revisada” incluido en el libro *Costumbres en Común*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995, junto a su libro *Thompson. Obra Esencial*, Ed. Crítica, Barcelona, 2002.

tada por sus líderes más auténticos y por sus portavoces más genuinos, pero que debe ser estudiada, analizada y reconstruida con cuidado por el buen historiador crítico, si es que éste desea realmente comprender, de manera concreta, fina y detallada, esa lucha de clases y ese decurso social de la historia que intenta explicar. Ya que sin esa radiografía cuidadosa de dicha “economía moral de la multitud”, será muy difícil entender por qué un motín, una revuelta, una insurrección, o hasta una revolución, estalla precisamente en el momento en que lo hace y no antes ni después, y además por qué los desenlaces de todas esas manifestaciones populares y de la lucha de clases, han sido en particular los que han acontecido y no cualesquiera otros diferentes.

\* \* \*

Una cuarta lección metodológica importante deriva en cambio de las contribuciones y desarrollos de la corriente italiana de la *microhistoria*. Una perspectiva historiográfica nacida directamente de los impactos de la revolución cultural de 1968, que recogiendo y superando a la vez todo el conjunto de las tradiciones de la historia social italiana posterior a 1945, va a irse estructurando durante los años setenta y ochenta alrededor de la publicación de la hoy conocida revista *Quaderni Storici*. Así, manteniendo una posición clara y definidamente progresista y de izquierda, este grupo de historiadores críticos de origen italiano va a elaborar, en primer lugar y como una primera herramienta heurística de la nueva historia crítica, el *procedimiento metodológico del “cambio de escala”*, procedimiento que al postular la posibilidad de modificar la “escala” específica en la que un problema de historia es analizado y resuelto, va en general a desembocar en la reivindicación de la recuperación recurrente de la *escala microhistórica*, o del universo de dimensiones históricas “micro” como el posible nuevo “lugar de experimentación” y de trabajo de los historiadores que, no obstante, continúan empeñados en explicar

y en comprender los grandes y siempre fundamentales procesos globales macrohistóricos<sup>135</sup>.

De este modo, y a la vez que critican los límites de los distintos modelos “macrohistóricos” precedentes, que al haberse afirmado dentro de las ciencias sociales y la historiografía del siglo XX, fueron simultáneamente *vaciándose de contenido*, al abandonar su fuente nutricia originaria, que era y ha sido siempre el análisis de los casos particulares y de las experiencias históricas singulares, los microhistoriadores italianos van en cambio a defender este cambio de escala y este retorno sistemático al nivel microhistórico, pero *no para renunciar* al nivel de lo general y de la macrohistoria —como *sí* hacen la mayoría de los historiadores locales o regionales tradicionales y positivistas—, sino justamente para renovarlo y enriquecerlo, replanteándolo de modo más complejo y elaborado, a partir de los resultados de esa experimentación y de ese trabajo realizado dentro de los universos de la escala microhistórica.

Porque el núcleo de este procedimiento microhistórico y de cambio de escala consiste precisamente en esta *recuperación integral* de ese círculo de va y viene que constituye a la dialéctica compleja de lo macrohistórico o general con lo microhistórico o particular. Recuperación que avanza tomando una o algunas hipótesis centrales de un modelo de explicación *general o macro-*

135. Para tener una primera idea *general* sobre este proyecto de la microhistoria italiana cfr. nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Contribución a la historia de la microhistoria italiana*, Ed. Prohistoria, Rosario, 2003. También pueden verse Anacleto Pons y Justo Serna, “El ojo de la aguja: ¿de qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?”, en *Ayer*, núm. 12, Madrid, 1993, y *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Ed. Frónesis, Valencia, 2000, Jacques Revel “Microanálisis y construcción de lo social”, en *Entrepassados*, núm. 10, Buenos Aires, 1996, Bernard Lepetit, “Architecture, géographie, histoire: usages de l'échelle” en *Genèses*, núm. 13, Paris, 1993, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Invitación a *otra* microhistoria: la microhistoria italiana”, en *Transverso*, núm. 1, México, 2001. Vale la pena revisar también el dossier dedicado al tema de “La microhistoria italiana” en *Prohistoria*, núm. 3, Rosario, 1999.

*histórico* ya establecido o aceptado, para entonces “hacer descender” esta o estas hipótesis a una nueva escala, que es precisamente la escala microhistórica. Escala o universo micro, en el cual dichas hipótesis generales serán puestas a prueba y verificadas, sometiendo su capacidad explicativa a la prueba del caso singular microhistórico elegido, el que al servir de “test” o de “lugar de experimentación” de esas mismas hipótesis, va a terminar siempre modificándolas, enriqueciéndolas, complejizándolas, y a veces hasta refutándolas totalmente, para reformularlas de una manera muy distinta. Y por lo tanto abriendo siempre la posibilidad y hasta la necesidad de retornar de nuevo a los niveles macrohistóricos o generales, desde los resultados del “experimento microhistórico”, para reponer entonces *nuevas* hipótesis generales y *nuevos* modelos macrohistóricos, más sutiles, más complejos y más capaces de dar cuenta real de las distintas situaciones histórico concretas a las que ellos aluden<sup>136</sup>.

Procedimiento microhistórico del cambio de escala que, entonces, no es solo radicalmente diferente de la tradicional y muy frecuentada historia local, o también de la propia historia regional —y por ende, igualmente *diverso* de la difundida “microhistoria mexicana” de Luis González y González—, sino también de cualquier historia puramente anecdótica, de las “cosas pequeñas” o de los “espacios” o “problemas reducidos” dentro de la historia. E incluso, es un procedimiento que podría, precisamente, explotarse en el futuro para tratar de *renovar* esas historias locales, regionales, o anecdóticas, que en su inmensa mayoría terminan derivando justamente en la pura descripción

136. Para poder medir las complejas implicaciones de este procedimiento microhistórico vale la pena acercarse a los principales textos metodológicos de la corriente. De ellos, citemos solamente Carlo Ginzburg, “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, antes citado, Giovanni Levi, “Sobre microhistoria”, en el libro *Formas de hacer historia*, Ed. Alianza Editorial, Madrid, 1993, y Edoardo Grendi, “Microanalisi e storia sociale”, en *Quaderni Storici*, núm. 35, 1977 y “¿Repensar la microhistoria?”, en *Entrepassados*, núm. 10, Buenos Aires, 1996.

puntual, acumulativa y finalmente intrascendente de hechos y anécdotas locales o regionales correspondientes a esos diversos microuniversos históricos, que aquí son considerados solo de manera *aislada y en sí mismos*, descripciones que son tan comunes y tan utilizadas por parte de la mala historia positivista.

Una quinta lección, también asociada a la microhistoria italiana, y directamente conectada con el procedimiento microhistórico que acabamos de explicar, es la de las posibilidades que abre, para el buen historiador, el *análisis exhaustivo e intensivo* de dicho universo microhistórico. Es decir, que al reducir la escala de análisis y tomar como objeto de estudio ese “lugar de experimentación” que es la localidad, o el caso, o el individuo, o la obra o el sector de clase elegido, se hace posible llevar a cabo un análisis prácticamente *total*, tanto de todos los documentos, las fuentes, los testimonios y los elementos disponibles dentro de ese microuniverso, como también de los diversos y múltiples *sentidos* involucrados en las acciones, las prácticas, las relaciones y los procesos desarrollados por esos personajes, o comunidades, o situaciones microhistóricas investigadas.

Pues a diferencia de los estudios puramente macrohistóricos, que necesariamente seleccionan uno o unos pocos elementos de la totalidad, a los que investigan y analizan a través de casos o ejemplos, o de situaciones más o menos ilustrativas y/o representativas de las tendencias *generales*, lo cual es totalmente pertinente, útil y necesario, —siempre y cuando *no* se caiga en el vicio ya mencionado de “vaciar” el modelo general de sus referentes empíricos y de terminar imponiéndolo como molde rígido y obligatorio de la explicación de las múltiples realidades concretas—, el análisis de un caso microhistórico permite, en cambio, mantener el horizonte exhaustivo de *agotar* prácticamente *todos* los niveles de la realidad, y todas las dimensiones y aristas de una situación, de una comunidad, o de un personaje histórico cualquiera, reconstituyendo por ejemplo, la entera *red de relaciones* de un individuo a lo largo de toda su vida, o también *el*

*mapa de vínculos*, alianzas, matrimonios y disputas de todas las familias de un pequeño pueblo, o también las formas de vida, los espacios de ocupación, las expectativas familiares y los comportamientos culturales y políticos de una cierta clase obrera determinada, o también todos los contextos sociales múltiples de la redacción y de la recepción social de una cierta obra intelectual, etc.<sup>137</sup>.

Al mismo tiempo, y junto a este estudio que agota todas las dimensiones de la realidad micro bajo examen, se hace posible también un análisis más *intensivo* de los testimonios y de las fuentes diversas. Un análisis que ubicándose ahora desde el punto de vista del *sentido* de los hechos históricos, intenta también agotar *todos* los sentidos imbricados dentro de cada problema histórico, multiplicando las perspectivas de interrogación de dicho problema y los puntos de observación de los mismos, para tratar de construir, también dentro de la historia, lo que el antropólogo Clifford Geertz ha llamado “descripciones densas” de los problemas. Es decir, descripciones que sintetizan y combinan en un solo esquema explicativo las muy diversas maneras en que la situación o el problema analizado ha sido visto, percibido, y procesado, por todos y cada uno de los actores y agentes sociales en él involucrados. Un análisis exhaustivo y al mismo tiempo denso del “lugar microhistórico”, que acerca de inme-

137. Los ejemplos referidos en el texto son, junto a algunos trabajos más, los de Edoardo Grendi, *Storia di una storia locale. L'esperienza ligure 1792-1992*, Ed. Marsilio Editori, Venecia, 1996 e *I balbi. Una famiglia genovese fra Spagna e Impero*, Ed. Giulio Einaudi, Turín, 1997, Giovanni Levi, *La herencia inmaterial*, Ed. Nerea, Barcelona, 1990, y *Centro e periferia di uno Stato assoluto*, Ed. Rosenberg & Sellier, Turín, 1985, Maurizio Gribaudi, *Itinéraires ouvriers*, Ed. EHESS, París, 1987 y Simona Cerutti, *La ville et les métiers*, Ed. EHESS, París, 1990. Para el punto de la recuperación de la teoría de las redes sociales, cfr. Michel Bertrand “De la familia a la red de sociabilidad” en *Revista Mexicana de Sociología*, año LXI, núm. 2, 1999 y el libro coordinado por Mauricio Gribaudi, *Espaces, Temporalités, Stratifications*, Ed. EHESS, Paris, 1998.

diato a los historiadores hacia el horizonte de la historia global, y también hacia el punto de vista de la totalidad, los que hemos ya mencionado y desarrollado anteriormente.

La última lección hasta ahora aportada por la microhistoria italiana, y que es la sexta lección de la historiografía posterior a 1968, es la de la importancia de reconocer, cultivar y aplicar el *paradigma indiciario* dentro de la historia<sup>138</sup>. Y ello, en general, pero también y muy especialmente cuando nuestro objeto de estudio es el conjunto de elementos y de realidades que corresponden a la historia de las clases populares, de los grupos sometidos, de los “derrotados” sucesivos en las diferentes batallas históricas, y más en general de todas esas “víctimas” dentro de los procesos históricos, cuya historia ha sido siempre silenciada, omitida, marginada, reprimida o hasta eliminada y borrada de diferentes maneras.

Porque ha sido precisamente en el intento de reconstruir los elementos que componen la cultura *popular* italiana y europea del siglo XVI, pero *no* vista y analizada desde el punto de vista de las clases dominantes, sino viéndola desde el propio punto de vista de esas mismas clases populares, como Carlo Ginzburg ha explicitado ese paradigma indiciario. Paradigma basado en el desciframiento de ciertos indicios históricos, cuya esencia consiste en que el historiador se capacite y entrene para ser capaz de *leer e interpretar los múltiples indicios que, habiendo sobrevivido a los procesos de recodificación, filtro, deformación, conservación*

138. Nos referimos al importante artículo de Carlo Ginzburg, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en el libro *Mitos, emblemas, indicios*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1994, artículo que es el más importante texto de metodología histórica escrito en los últimos treinta años. De los múltiples ecos que suscitó este artículo, mencionemos solamente el debate, en el que participa el propio Carlo Ginzburg, publicado en la revista *Quaderni di Storia*, nums. 11, 12 y 14, de los años 1980 y 1981. La intervención del mismo Ginzburg en ese debate, está ahora incluida bajo el título “Intervención sobre el paradigma indiciario” en el libro *Tentativas*, Ed. Universidad Michoacana, Morelia, 2003.

sesgada, y reescritura de la historia por parte de las clases dominantes, permiten todavía hoy acceder de manera *directa* a esos puntos de vista y a esas cosmovisiones de la cultura popular, al modo de huellas, síntomas o trazos que, adecuadamente leídos e interpretados, logran aún revelarnos esas realidades silenciadas y marginadas sistemáticamente que conforman esa misma cultura popular.

Y es que si partimos del hecho de que las clases populares *no* saben leer ni escribir sino hasta fechas muy recientes, entonces es comprensible que los testimonios y documentos sobre su cultura sean en general escasos, y a veces hasta inexistentes. Y si a ello añadimos que la historia la hacen siempre los vencedores, entonces resulta evidente que lo que ha llegado hasta nosotros, cuando ha llegado, sobre esa cultura popular, son sólo y sobre todo las visiones de las clases dominantes sobre dicha cultura de las clases que ellos mismos han sometido y explotado, visiones que además de *no* comprender adecuadamente dicha cultura, la banalizan, deforman, y distorsionan, a través de los ineludibles filtros, interesados y nada imparciales, de su propia posición de clase hegemónica. Por ello, lo único que ha llegado hasta nosotros de esa cultura popular, eminentemente oral y siempre negada y expulsada de la historia oficial, es ese conjunto de pequeños *indicios*, o rasgos y elementos *aparentemente* insignificantes para cualquier mirada ordinaria, pero en realidad profundamente *reveladores y esclarecedores* para la mirada aguda y para el olfato especialmente entrenados del historiador crítico, que ha cultivado esta búsqueda de los indicios, y esta capacidad de leerlos e interpretarlos adecuadamente.

Por eso, Carlo Ginzburg juega, para explicar este paradigma indiciario, con la comparación metafórica entre la actividad del historiador, por un lado, y por el otro con toda una serie de actividades que incluyen, por ejemplo, el trabajo del detective, o también la labor del psicoanalista, o la pesquisa de un juez, así como el diagnóstico de un buen médico, o la investigación del especialista de arte que es capaz de atribuir acertadamente

la autoría de un cuadro supuestamente anónimo, entre otros. Pues en todos estos casos se trata de saberes *indiciarios*, que a partir de esos elementos sólo aparentemente secundarios o insignificantes, que son los rastros dejados involuntariamente por el culpable, o los actos fallidos del paciente, o las contradicciones o lagunas presentes en la deposición de los testigos, o los síntomas diversos de un enfermo, o también los modos recurrentes y totalmente singulares de pintar una uña, una oreja, una zona del cabello o un pliegue del vestido, logran *descubrir* y establecer esa realidad *oculta y de difícil acceso*, pero finalmente “atrapable” y descifrable por el buen investigador o pesquisador<sup>139</sup>.

Un saber indiciario que es, también, uno de los *modos permanentes y milenarios del saber popular*, del saber de esas mismas masas y clases populares, que aprehenden el mundo por la vía de la experiencia cotidiana y de la observación atenta del entorno circundante. Y por lo tanto, *también* a partir de esa capacidad de leer los indicios y de interpretarlos adecuadamente, como en el caso del saber de los cazadores, de los marineros, de los carpinteros o de los curanderos y médicos populares.

Un saber apoyado en indicios que, bien aprendido y bien aplicado, es una herramienta preciosa tanto para el rescate de todos esos temas difíciles y que se “resisten” a darse fácilmente al historiador —lo que hace que el mal historiador positivista, simplemente los ignore, y pase de largo olímpicamente frente a ellos—, como, más en general, para el desarrollo más rico y complejo de esa buena historia crítica, que recupera esos elemen-

139. Para estas comparaciones realizadas por Carlo Ginzburg, cfr. *El juez y el historiador*, Ed. Muchnik, Barcelona, 1993, *Rapporti di forza. Storia, retorica, prova*, Ed. Feltrinelli, Milán, 2000, “El inquisidor como antropólogo”, en *Tentativas*, recién citado, “Revisar la evidencia: el juez y el historiador”, en *Historias*, núm. 38, México, 1997 y Carlo Ginzburg y Adriano Prosperi, *Giochi di Paziienza*, Ed. Einaudi, Turín, 1975.

tos de la historia popular, pero siempre desde el propio punto de vista de las víctimas.

\* \* \*

Una séptima lección importante de la historiografía posterior a la revolución cultural de 1968 está vinculada con el desarrollo de la cada vez más difundida perspectiva del “world-systems analysis” (del análisis de los sistemas-mundo). Perspectiva que habiéndose desarrollado también a raíz de la ruptura de finales de los años sesenta en Estados Unidos ha ido difundiéndose y ganando popularidad en todo el mundo a lo largo de los últimos seis lustros. Perspectiva crítica, que se reivindica también como directamente inspirada en los trabajos de Marx, y cuyo representante principal es Immanuel Wallerstein, que hoy es, entre muchas otras cosas, director del conocido *Fernand Braudel Center* de la Universidad de Binghamton. Centro Fernand Braudel, que igualmente podríamos considerar el espacio de concentración más importante para la reproducción e irradiación mundial de este mismo enfoque<sup>140</sup>.

Así, esa séptima lección referida, es la que alude al paradigma que afirma que la *unidad de análisis* obligada para el examen y explicación de cualquier fenómeno, hecho, o proceso acontecido

140. Para un primer acercamiento a esta perspectiva del *World-System Analysis*, cfr. el ensayo de Walter L. Goldfrank “Paradigm Regained? The Rules Of Wallerstein’s World-System Method” en la revista electrónica *Journal of World-Systems Research*, vol. XI, num. 2, 2000, en el sitio <http://csf.colorado.edu/jwsr>, Harriet Friedmann, “Promethean Sociology” en el libro *Required reading. Sociology’s most influential books*, Ed. University of Massachusetts Press, Amherst, 1998, y nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein: Crítica del sistema-mundo capitalista*, Ed. Era, México, 2003. Para una síntesis predominantemente *descriptiva* del itinerario intelectual de Immanuel Wallerstein puede verse también el libro de Orlando Lentini, *La scienza sociale storica di Immanuel Wallerstein*, Ed. FrancoAngeli, Milán, 1998.

durante los últimos cinco siglos, es la *unidad planetaria del sistema-mundo capitalista*. Es decir, una propuesta metodológica que afirma que, para poder explicar *cualquier* fenómeno social de la historia capitalista del último medio milenio, es imperativo y forzoso mostrar sus conexiones y vinculaciones con esa unidad de referencia, siempre presente y siempre esencial e imprescindible en términos de una explicación adecuada, que es justamente el sistema-mundo capitalista en su totalidad.

Lo que implica entonces que, para esta perspectiva sean siempre inadecuados y hasta encubridores de la realidad los marcos conceptuales que intentan encuadrar y explicar esos mismos fenómenos sociales, desde el marco de la “nación”, o del “Estado”, o de la “sociedad”, o de cualquiera de las combinaciones que derivan del acoplamiento de estos términos, como son el Estado-nación, la sociedad nacional o la sociedad estatal. Porque al afirmar que el verdadero marco en el que se desenvuelven *todos* los procesos capitalistas es el marco del sistema-mundo semiplanetario o planetario, según las épocas, lo que se reivindica es la existencia de una *dinámica global* igualmente planetaria, que estaría siempre actuante y siempre presente durante el último medio milenio transcurrido, y que sería la *dinámica última y determinante* del conjunto de realidades, situaciones, sucesos y acontecimientos desplegados dentro de los límites de este mismo sistema-mundo capitalista<sup>141</sup>.

Y entonces, no se trataría simplemente de “sumar” o de “agregar”

141. Sobre este punto, véanse Immanuel Wallerstein, “Hold the tiller firm: on method and the unit of analysis” en *Comparative Civilizations Review*, núm. 30, Spring 1994; “World-System”, en *A dictionary of marxist thought*, 2ª. edición, Ed. Blackwell, Oxford, 1991, “An agenda for world-system analysis”, en *Contending Approaches to World-System Analysis*, Ed. Sage, Beverly Hills, 1983, “World-System Analysis”, en *Encyclopedia of Political Economy*, Ed. Routledge, Londres, 1999, e *Impensar las ciencias sociales*, antes citado. Para algunas implicaciones de esta asunción de la unidad de análisis, cfr. nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Immanuel Wallerstein: Crítica del sistema-mundo capitalista*, recién mencionado.

los “factores externos”, o extranacionales, a los “factores internos”, nacionales o estatales, de una “sociedad” determinada, lo que siempre se hace tomando a dichos factores externos como un mero complemento, marginal y secundario, de esos factores internos, sino más bien de lo que se trata es de *invertir y de transformar* radicalmente nuestros modos de explicación y de interpretación habituales, reubicando también en el *centro* de nuestras hipótesis y de nuestros modelos esa dinámica supranacional de las tendencias globales del sistema-mundo, dinámica que, solo en un segundo momento, va a especificarse y a concretarse en las diversas dinámicas regionales, nacionales y locales particulares.

Reubicación de ese marco global del sistema-mundo, como referente más general de nuestras explicaciones, que entonces nos obliga a comenzar por preguntar si el problema o tema investigado se ha desplegado en una zona central, semiperiférica o periférica de ese sistema-mundo, y también si ha acontecido dentro de una fase ascendente o descendente, en primer lugar, del ciclo Kondratiev, pero también y en segundo lugar, de los ciclos hegemónicos de las potencias del sistema-mundo, y en tercer lugar, dentro de qué fase, etapa o momento temporal dentro de la curva integral de vida del sistema-mundo en su conjunto. Preguntas que al ser respondidas nos dan ya, según esta perspectiva del análisis del sistema-mundo, las *primeras coordenadas esenciales* para la explicación concreta de ese problema histórico analizado<sup>142</sup>.

142. Para la explicación más detallada de estos fenómenos mencionados y de otros conectados con ellos, desde esta perspectiva del world-system analysis, el lector puede remitirse a los libros de Immanuel Wallerstein, *The capitalist world-economy*, Coedición Cambridge University Press/Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1979, *The politics of the world-economy*, Coedición Cambridge University Press/Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1984, *Geopolitics and geoculture*, Coedición Cambridge University Press/Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge, 1991, *The essential Wallerstein*, Ed. The New Press, Nueva York, 2000, *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social*, Ed. Nueva Sociedad, Caracas, 1999,

Una octava lección, también ligada a esta perspectiva del análisis del sistema-mundo, es la que se refiere a la necesidad de repensar nuevamente, de manera crítica, la *forma de organización del sistema de los saberes humanos* en general, y en particular, la *episteme hoy vigente* dentro del conjunto o universo de las llamadas *ciencias sociales*. Porque recuperando en este punto la exigencia antes referida de una historia verdaderamente globalizante o totalizante, y proyectándola en particular hacia el problema de la historia de la construcción de las diversas disciplinas o ciencias que hoy abordan los diferentes renglones de lo social humano en el tiempo, este paradigma del world-system analysis va a criticar radicalmente la actual *configuración disciplinar* del estudio de lo social, que sigue encerrando nuestras reflexiones e investigaciones dentro de la ya arcaica división de esas supuestas ciencias autónomas y separadas que son la economía, la antropología, la ciencia política, la historia, la geografía, la sociología, la psicología o la lingüística, entre otras. En contra de esta parcelación del saber sobre lo social, cada vez más paralizante y cada vez más limitada, esta perspectiva va en cambio a pugnar abiertamente por “abrir las ciencias sociales”, para reconstruir una nueva y abarcativa “unidisciplinariedad” para el estudio de lo social, que fundada y apoyada en una sola epistemología global, sea capaz de edificar la “ciencia social-histórica” que deberá sustituir a esas actuales disciplinas mencionadas de la antropología, la economía, la ciencia política, la historia o la sociología, etc.<sup>143</sup>.

*Después del liberalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1996, *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, Ed. Siglo XXI, México, 1998, y *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, Ed. Siglo XXI, México, 2001.

143. Sobre este punto, además de los libros de Immanuel Wallerstein *Abrir las ciencias sociales*, *Impensar las ciencias sociales*, y *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*, citados anteriormente pueden verse también sus ensayos “La historia de las ciencias sociales”, Ed. CIICH – UNAM, México, 1997, “¿Hay que ‘impensar’ las ciencias sociales del siglo XIX?” en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, Barcelona, 1988, “El fin de las certidumbres

Revisando y cuestionando entonces de raíz las específicas divisiones epistemológicas que fundan este esquema parcelado y cuadrículado de las distintas disciplinas o ciencias sociales contemporáneas, esta perspectiva desarrollada en parte por Immanuel Wallerstein, va a demostrar lo estéril e insostenible de seguir intentando separar el pasado del presente, lo político de lo social y lo social de lo económico, así como el estudio de las civilizaciones europeas del de las supuestas culturas o civilizaciones no europeas. Divisiones y separaciones que hoy se revelan como insostenibles y como puramente artificiales, y que cada vez resultan más paralizantes y restrictivas para la adecuada comprensión de lo social, siendo sin embargo el verdadero fundamento último de la justificación de esta configuración disciplinar actualmente vigente. Divisiones que urge entonces criticar y eliminar, para abrir el paso a la construcción de ese nuevo horizonte *unidisciplinar* en el análisis de lo social, hacia el cual tienden de manera espontánea todas las perspectivas y todas las corrientes más innovadoras desarrolladas recientemente dentro de esas mismas ciencias sociales actuales.

Invitándonos entonces a repensar con seriedad estas premisas no explicitadas de nuestro actual sistema de construcción de la ciencia sobre lo social, Immanuel Wallerstein explica entonces la actual crisis que vive esta episteme todavía dominante, crisis que *no* se resolverá nunca, ni con la interdisciplinariedad, ni con la multidisciplinariedad, pero tampoco con la transdisciplinariedad o con la pluridisciplinariedad, las cuales siempre parten finalmente del dato de respetar, sin criticarlo, ese mismo fundamento de la división en diferentes disciplinas, al que en el fondo consideran válido y legítimo, y del cual solo quieren paliar o modificar sus “malas” consecuencias, pero sin transformar de raíz ese

en ciencias sociales”, Ed. CIICH – UNAM, México, 1999 y “Social Sciences in the Twenty-first Century” en el sitio del Centro Fernand Braudel, Sección ‘Papers’ en <http://fbc.binghamton.edu>.

mismo fundamento. Mientras que, por el contrario, desde la perspectiva del análisis del sistema-mundo, de lo que se trata es justamente de deslegitimar y de eliminar por completo dicho fundamento de la división disciplinar, reconstruyendo desde la base *otro modo o episteme* diferente para ese mismo estudio de lo social, una episteme precisamente *unidisciplinaria* para la comprensión y examen de lo social-humano en el tiempo.

Con lo cual, la actual crisis que viven las ciencias sociales actuales solo puede ser superada si abolimos completamente dicha parcelación en disciplinas, y si volvemos a esas visiones unitarias y unidisciplinarias sobre lo social que existieron, todavía, hasta la primera mitad del siglo XIX, por ejemplo en el propio caso de Karl Marx. Nueva visión unidisciplinaria en la que, por lo demás, habrá que recuperar todo el conjunto de las contribuciones importantes desarrolladas por estas mismas ciencias sociales parceladas, en sus ciento cincuenta años de desarrollo en general. Una recuperación compleja y sutil, en la que los aportes hasta hoy desarrollados, en particular por la historia, deberán ocupar un rol central y de primera magnitud, al contribuir a esclarecer los mecanismos temporales de la continuidad y del cambio, y más en general, todas las implicaciones y conexiones de esos fenómenos sociales con esta dimensión profunda y omnipresente de la temporalidad<sup>144</sup>.

\* \* \*

144. En torno a este complejo desafío actual para los científicos sociales contemporáneos, cfr. por ejemplo el libro de Boaventura de Sousa Santos, *Toward a new common sense*, Ed. Routledge, Nueva York, 1995, y Carlos Antonio Aguirre Rojas "La larga duración: in illo tempore et nunc", en el libro *Ensayos Braudelianos*, Manuel Suárez Editor, Rosario, 2000, el capítulo IV del libro *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996 (cuya versión en alemán, ligeramente modificada, hemos citado antes), y "Repensando las ciencias sociales actuales: el caso de los discursos históricos en la historia de la modernidad" en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, antes mencionado.

Estas son, brevemente resumidas, las principales lecciones que nos aportan las más importantes corrientes historiográficas hoy vigentes y fundamentales dentro del panorama universal de los estudios históricos más contemporáneos. Lecciones que constituyen, sin duda, las herramientas más cotidianas y los referentes más usuales de los historiadores *críticos* contemporáneos. Y es claro que resulta abusivo, y finalmente hasta mentiroso, autodenominarse “historiador” si uno no conoce y domina, por lo menos, a esta serie de autores, paradigmas y propuestas que, en su conjunto, son el legado más reciente, y también las perspectivas todavía vivas y vigentes, correspondientes a los modos más actuales en que se ejerce hoy ese apasionante oficio de la historia, dentro del cual continúa resonando con fuerza la pregunta acuciosa que Marc Bloch se planteara a sí mismo hace ya más de sesenta años, y que no ha perdido hoy nada de su vigencia y urgencia: ¿para qué sirve la historia? Cual nueva esfinge moderna, la diosa Clío nos interroga aún con este difícil enigma, al que sin duda sólo son capaces de responder aquellos que conocen seriamente y que cultivan sistemáticamente la rama de la historia de la historiografía, y con ella el estudio crítico de ese horizonte problemático fundamental que es la historiografía del siglo veinte histórico.

## ÍNDICE

Introducción	9
1. El rol de la historiografía contemporánea dentro de los discursos históricos y los saberes sociales de la modernidad	17
2. La periodización del itinerario de la historiografía contemporánea en el "largo siglo XX historiográfico": 1848-¿2025?	42
3. Los aportes del marxismo a la historiografía crítica del siglo XX	81
4. Los efectos de 1968 sobre la historiografía occidental	105
5. La historiografía occidental hoy. Elementos para un balance global	132
6. Las lecciones del método de la historiografía occidental más contemporánea	176